

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 18-24 septiembre 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Núm. 355

LA ESTRATEGIA DEL GENERAL PERON

LA OPORTUNIDAD
EN LAS MANOS DE
UN POLITICO



FUERZAS EN EQUILIBRIO:
LA C. G. T. Y EL EJERCITO

DIALOGO EN
MOSCU

Información del
viaje del canciller
Adenauer, en la
página 11

«EL CANTO
DEL GALLO»,
PELICULA
PROHIBIDA

Vicente Escrivá, en
la página 52

LAS NUEVAS
MARAVILLAS
DE
EL ESCORIAL

Reportaje por
E. Salcedo, en la
página 15

Carta del director al padre Abad Isaac Maria Toribios (pág. 8) ● Emigrantes a Venezuela, por Luis Diego Cuscoy (pág. 19) ● Espinosa de los Monteros, por nuestra enviado especial Blanca Espinar (pág. 23) ● Italia o la alegría de vivir, crónica desde Milán, por M. Blanco Tobío (página 29) ● La Plaza Mayor de Salamanca, por nuestro enviado especial Diego Jalón (pág. 32) ● Entrevista con el profesor Artigas, por Carlos Ruiz Alvarez (pág. 45) ● "Berlín 1955", por Ewan Butler (pág. 48) ● La concentración parcelaria, por Anfonso Barra (página 55)

"ROMERO SOLO", NOVELA por Eduardo Crespo (Pág. 40)



*Para una jornada
lúcida y efectiva*

Todo lo que usted necesita para mantener la salud y la buena condición física e intelectual es el vaso matinal de esta bebida depurativa, tónica y refrescante que iguala la acción de la fruta fresca y madura

**"SAL DE
FRUTA"
ENO**

MARCAS

REGIST

REGULA LA FISILOGIA

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

LA ESTRATEGIA DEL GENERAL PERON

LA OPORTUNIDAD EN LAS MANOS DE UN POLITICO

2 FUERZAS EN EQUILIBRIO: LA C. G. T. Y EL EJERCITO

DESDE la plaza de Mayo, mirando hacia la catedral donde se guardan, simbólicamente, las cenizas del general San Martín, «el padre de la Patria», se pueden sentir todos los latidos de la vida argentina. Si no tienen, ustedes, cosa mejor que hacer, pueden atravesarla desde las oscuras paredes del Obispado hasta las de la Casa Rosada y habrán conocido, de esa forma, dos áreas que guardan todavía el sello de los pasados acontecimientos. Si, además, desde las proximidades de la Casa Rosada, o palacio del Gobierno, miran hacia el fondo, recogiendo en toda su profundidad la amplia perspectiva, verán la avenida de Mayo por la que desembocan las manifestaciones sindicalistas. Quizá, les sea dado enlazar con la pleamar de alguna de ellas que tenga como término, parada y fonda (que en algunas manifestaciones, por su larga duración, la gente ha tenido que comer alguno que otro bocadillo) el ancho vivac de la plaza.

Lo cierto es que el porteño, como el «postero», el peón o el gaucho de las grandes haciendas provincianas, concede una enorme importancia a lo que ocurre en ese rincón de Buenos Aires, bien próximo, por otra parte, al Río de la Plata. Todo el mundo sabe que fue punto de cita de la revolución del 25 de mayo de 1810 y que allí, con los notables de la ciudad, deliberó Saavedra, el coronel de los «patriotas», después de haber expulsado al Virrey español. De aquella ocasión se dice, cierto o no, que cuando la Junta Revolucionaria se encontraba reunida en la plaza, llegó un mensaje popular, más bien con malos modos, que decía: «el pueblo quiere saber de qué se trata».

Como en la jornada clásica de la revolución argentina, podrían recogerse aquellas palabras y hacerlas nuestras: «¿De qué se trata?». Porque los cambios, la confusión y la contradicciones fabulosas que han gobernado, desde el 16 de junio, la vida argentina, difícilmente encuentren comparación con ninguna otra. Ahora

bien, todo ese inmenso acertijo tiene algún sentido, ¿puede formar parte acaso de un conjunto lógico y coherente?

Para comprenderlo, o mejor dicho, para intentarlo, conviene examinar objetivamente las etapas que van desde que el coronel Juan Domingo Perón se mezcla en la vida política de su país hasta nuestros días. Ese proceso, quizá por su propio peso, pueda explicar muchas situaciones oscuras.

CON EL G. O. U., EL GOLPE DE ESTADO POR LA PUERTA ESTRECHA

El acto que sitúa a Juan Domingo Perón de cara al público es un golpe de Estado. Recordándolo, uno de sus biógrafos advertirá: «fue una experiencia importantísima». No era él, sin embargo, quien lo había organizado. El jefe de la sublevación era el general Rawson y la víctima, si así cabe llamarla, era el doctor Castillo, presidente en funciones por enfermedad del Jefe del Estado, doctor Ortiz.

Juan Domingo Perón, ese día, el 4 de junio de 1943, era casi desconocido. Tenía cuarenta y ocho años y no pasaba de ser un oficial subalterno aunque, condiciones personales que no pueden dejar de calificarse como importantes y una hoja militar con altas calificaciones, le habían hecho formar parte de diversas Misiones militares argentinas en el extranjero. En ese tiempo, precisamente, acababa de regresar de Europa, donde, desde Italia, había seguido una serie de experiencias del arte de la guerra en la montaña y se había podido asomar, con ojo militar, al enorme impulso bélico de la «guerra relámpago» alemana.

Ya de regreso en Buenos Aires, y quizá desde antes, forma parte,



oficialmente, del misterioso G. O. U., la liga de coroneles («Grupo de Oficiales Unidos») donde por primera vez aparece con cierta autoridad sobre los demás. El G. O. U. que se disolvería, por órdenes severísimas, algún tiempo más tarde, ocupa un puesto importante en aquellas horas. Cooperó con la sublevación del general Rawson, pero tiene ideas propias y determinadas. Los jóvenes oficiales miraban ya inevitablemente, nuevos campos de acción. Argentina, toda ella, estaba cambiando rápidamente y, por primera vez, se buscaban soluciones de consecuencia imprevistas. Un mapa económico y un manual de Historia eran las armas del coronel Perón en el G. O. U.

El mapa, en localizaciones geográficas exactas, señalaba que, en poco tiempo, se habían instalado 60.000 industrias y que se contaba con un millón de obreros. Que en la Pampa, fabulosa y casi des poblada, el peonaje y los emigrantes podían convertirse en una fuerza ciega. El éxito de Perón, quizá el que ha tenido más importancia en su vida, fue descubrir y sospechar que existía ya, por primera vez, una masa política disponible, apta para que se actuara sobre ella de una forma u otra. El coronel volvía de Europa y había visto, con poderosa intuición, la enorme repercusión de lo social en el viejo mundo.

En cuanto al manual de Historia, la lección no podía ser más

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES
Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.



Perón inaugurando con el disparo de honor un Campeonato internacional de tiro al blanco

clara. Desde 1816, fecha de la Declaración de la Independencia en Tucumán, Argentina había sido conservadora durante un siglo. En 1916, y hasta 1930, gobiernan los radicales y, desde 1930 hasta el 4 de junio de 1943, otra vez los conservadores. Las masas políticas no habían intervenido, reflexiva o irreflexivamente, en el concierto de las cosas. A una burguesía radical, sucedía una aristocracia (la famosa «oligarquía» pampera) del campo o de los negocios. Y nada más. El colosal hecho de la historia de los doce años peronistas, es precisamente esa intuición: la intervención amplísima, pero indiscutible, de las masas humanas.

Mientras tanto, Perón, que no ocupa ningún puesto brillante en la revolución inicial de junio, puede observar con la tranquilidad que le da el no pertenecer a la primera línea, el espíritu de división y de contradicción del Ejército. A los dos días de la sublevación, cuando aún está caliente el golpe contra el Gobierno, el general Rawson se ve obligado a entregar el mando al general Ramírez.

Así cuando llega la hora de ocupar los puestos de gobierno, frente a los gastos de asombro de sus camaradas del G. O. U., el coronel Perón no busca ni desea, aparentemente, ningún alto cargo. Casi rehuye, efectivamente, esas posibilidades y escoge, por propia decisión personal la organización de la secretaría del Trabajo y de la Previsión Social.

Nadie lo da importancia. Sin embargo, desde ese momento, Perón da su primer golpe de Estado. Un golpe de Estado por la puerta estrecha e inofensiva, pero que le proporcionará, con una velocidad asombrosa e increíble, vía libre al Poder. Toda su originalidad fué, en aquella situación, adivinar el punto político de una masa social enorme que, hasta entonces, prácticamente no había tenido intervención decisiva.

COMO SE EXPLOTA UNA SITUACION POLITICA

Nadie podía sospechar nada, efectivamente, porque la sensibilidad de los «ocupantes» del Poder—tanto ellos como la oposición—estaba dedicada a otros menesteres. Pero, desde los primeros momentos, con una decisión imprevista que sorprende al propio equi-

po revolucionario del 4 de junio, la Subsecretaría de Trabajo y Previsión se convierte en el núcleo de una tormenta.

Gradualmente, organiza todas las ramas de la actividad social y económica convirtiendo su despacho, a fin de cuentas, en un aviso-sindical. Por los pasillos se cruzan los socialistas y los comunistas, los demócratas y los conservadores. Las medidas en favor de los trabajadores se suceden: aumento de salarios, reducción de la jornada de trabajo, decretos de pensiones y primas de enfermedad. Pero, todo ello, es sólo su trabajo aparente. La obra a la que dedica su atención esmeradísima, es a la de conquistar para él al sindicalismo.

Con una indiscutible audacia se convierte en el árbitro de la lucha intestina de la C. G. T. Esta es la gran batalla.

LA DIVISION DEL SINDICALISMO ES UNA BAZA QUE SE JUEGA EN LA NOCHE

Desde finales de 1935 la Confederación General del Trabajo se encontraba en manos de los socialistas. Con invariable monotonía, desde esa fecha, todos los Congresos de la C. G. T. registran la pugna entre vencidos y vencedores. Sin embargo, por su proximidad a los acontecimientos de 1943, el Congreso de 1942 iba a ser de gran importancia.

Se había reunido el Congreso en diciembre de aquel año y, antes de comenzar, se conocía la decisión. Dos corrientes políticas se disputaban, inflexiblemente, brecha a brecha, el mando. En una y otra corriente, como es natural, había socialistas—dice Debayle—, pero la diferenciación, aunque sutil, quedaba clara para todos: con Pérez Lairós, estaban los comunistas. En la otra banda, Domenech, que era ferroviario, encabezaba la postura clásica de los socialistas.

La ruptura se precisó, definitivamente, al reunirse el Comité confederal, en marzo de 1943, para nombrar al secretario general. Las listas de los candidatos de las dos tendencias estaban presididas, como unos meses atrás, por Domenech y Pérez Leirós. Pero lo curioso, sí cabe hablar de extrañeza, es que en ambas listas se presentaba un candidato de segunda fila. Se llamaba Angel Borlenghi y sería, posteriormente, durante nueve años ministro de Perón.

Borlenghi había ingresado en el partido socialista por los años

1929-30, cuando la sede oficial se encontraba en las cercanías de la iglesia de Nuestra Señora de Pompeya, y dos enormes retratos de Jaurés y Pablo Iglesias presidían las reuniones en el salón principal. Rápidamente, Borlenghi, hábil, frío, demostró unas condiciones enormes que le pusieron al frente de la Federación de Empleados de Comercio... aunque él no lo fuera y viviera ya, exclusivamente, dedicado a la política.

El que, Borlenghi, hubiera podido ser presentado por las dos ramas enemigas demuestra, sin tener que hacer ninguna alusión más a ello, su capacidad manio-brera. Sin embargo, nada salvó a la C. G. T. de la escisión. De la noche a la mañana la Confederación se partía en dos y quedaban constituidas las C. G. T. núm. 1 y la C. G. T. núm. 2.

Con el agua al cuello, y en la necesidad de tener que decidirse por una de ellas, Borlenghi se encuentra al lado de Pérez Leirós. Es decir, con los comunistas. Dos de ellos, desde luego, destacados y de renombre: Chiaranti y Tadioli.

Al ocurrir la revolución de junio de 1943, el nuevo régimen se encontró con la división sindical. El ministro del Interior, general Gilbert, decretó rápidamente que, desde el punto de vista gubernamental, no existía nada más que una C. G. T.: la de Domenech. La rama de Pérez Leirós, en la que militaba Angel Borlenghi, quedó disuelta. Se clausuraron los locales en los que habían conservado la mayoría y se prohibieron sus reuniones. Es decir, quedaban al margen del nuevo estado de cosas y, de facto, en la oposición.

Juan Perón no perdió la oportunidad de aparecer como árbitro. Los dos hombres que durante años iban a estar espalda contra espalda—Perón y Borlenghi—se entendieron rápidamente. Así, mientras el ministro del Interior, creía que todo estaba acabado, en la vieja sala del departamento de Trabajo, noche tras noche, se presentaba la pareja Borlenghi-Pérez Leirós. Es de suponer que, Perón consideró los pros y los contras de la situación con meticolosa atención porque en momentos de íntima gravedad, en el año 1947, no se recató de decir: «Mi compañero y amigo Angel Borlenghi estuvo siempre a mi lado».

Es de suponer, que las palabras anteriores reflejen, con toda evidencia este hecho simplísimo: en la conquista de los sindicatos, Perón, atraído por extraña fortuna primero al ala comunista y luego al ala socialista, dedicó mayor atención a la primera, y no la perdió nunca de vista, pero extrajo de ella un colaborador decisivo, Borlenghi.

En cuanto a Domenech, pocos meses después, en un acto de los obreros ferroviarios que se realiza en Rosario, ofrece al coronel Juan Domingo Perón, en nombre de la C. G. T. número 1, el título de «Primer trabajador argentino».

No quedaba nada más que dar la vuelta a las cartas y provocar una jugada que dejara atrás, completamente, los rencores partidistas. La solución era... un nuevo partido. Ese partido, el «justicialista» o peronista, consideraba a la C. G. T. como una presa personal de Perón. Al fin y al cabo, sus cabezas oficiales adversas o no, coincidían en el despacho del Departamento de Trabajo.



Presidiendo el funeral por Eva Perón vemos en esta foto, de izquierda a derecha, al doctor Remorino, al almirante Olivieri, a José Espejo, a Juan Duarte y al general Perón

CUANDO YA ES TARDE PARA RETROCEDER, SE PRODUCE UN HECHO DECISIVO: EL EJERCITO NO ES DUENO DE LA SITUACION

La popularidad de Perón, apoyada en el elemento demagógico, orientada por un técnico en el arte de la lucha sindical como Borlenghi, encuentra inesperados y utilísimos auxiliares en todos los lugares. Sobre todo, en los barrios obreros de Buenos Aires, hasta donde llega la voz, curiosamente emotiva, ronca y apasionada, comenta por Radio Belgrano, la política social de Perón. Esa voz, de una joven «speakerine», es la de Eva Duarte.

En esos momentos, quizá decisivos, en el curso de la vida del coronel, se plantea por vez primera, un hecho que no ha tenido que dejar de meditar desde que escogió la trinchera del Departamento de Trabajo: ¿Qué harán sus compañeros de sublevación?

A éstos les ha cogido de sorpresa. De pronto, por el gran acontecimiento que ya es, en sí misma, la orientación sindicalista de Perón, les obliga a pensar que, en realidad, el verdadero ganador de los acontecimientos que puso en marcha la máquina militar del 4 de junio es un oscuro coronel.

La respuesta inmediata que dan a su compañero, es la detención. No hay duda que, en cierto modo, todo cuanto hace Perón en la Subsecretaría de Trabajo se ha realizado, quiérase o no, contra ellos. Lo que ocurre es que ya es tarde para retroceder al punto de partida y volver al momento inicial. Dos años escasos han servido a Juan Domingo Perón para tener a su lado, como un muelle elástico, un mundo que diez años antes no existía.

La detención de Perón se verifica en la calma. Días antes se había visto obligado a dimitir de todos sus cargos: ministro de la Guerra, vicepresidente, en funciones, del Consejo y secretario de Trabajo. Tropas militares cierran el cuadro a su alrededor y le llevan a la isla de Martín García. Aparentemente no hay nada que hacer. Corre, en los sindicatos, todavía no maduros, un viento de sorpresa. La actitud de Borlenghi, siempre sinuosa («nuestro Beria»), han dicho de él los argentinos), no parece muy clara en esos mo-

mentos de incertidumbre. Años después, en la Cámara de Diputados, en la sesión celebrada el 4 de julio de 1947, el coronel Pomar lanzaba esta gravísima acusación: «Yo no sé mentir. Me consta que el ministro del Interior conspiraba contra el coronel Perón». Todavía da nuevos testimonios. «Los conspiradores se reunieron en la calle Tres Sargentos y con el ministro, antiguo socialista—recalca—, iban tres títopógrafos.» ¿Qué había de cierto?

Lo cierto es que, cuando el 9 de octubre de 1945 hace Perón el discurso de renuncia, se juega un dado importantísimo en su porvenir. Ahora se sabrá si su presencia y su misterioso trabajo de acercamiento y conquista del sindicalismo en el departamento de Trabajo ha arrojado algún fruto.

Desde la isla de Martín García, donde se encuentra detenido, no sabe que una mujer, Eva Duarte, ha comenzado ella sola, por sí misma, una campaña frenética. Habla en las plazas públicas, desde los balcones de cualquier casa de los barrios obreros. Recorre y n e s a t e m e n t e los viejos barrios, los arrabales de Buenos Aires (que tiene casi la cuarta parte de la población de la República), y sin saber cómo se presenta ante la plaza de Mayo con una inmensa m u c h e d u m b r e que está dispuesta a asaltar la Casa Rosada si no se pone en libertad al coronel Perón.

Paralizada la vida de la ciudad, abandonado el trabajo, detenidos los transportes, un grito inmenso estalla

bajo los balcones del Presidente, el general Farrell. Allí están reunidos y asombrados de su propio número los «descamisados» del coronel. Nadie lo duda: el partido peronista ha nacido.

La lección de ese día, 17 de octubre de 1945, es la siguiente: en 1916, en 1930 y en 1943, los cambios de régimen se habían producido con el apoyo del Ejército. El suceso nuevo e inesperado es la aparición de una enorme masa política. Ante ella, el general Farrell da explicaciones, y el 17 Perón recobra la libertad.

Unos días más tarde, el 24 de ese mismo mes, contra matrimonio con Eva Duarte. Matrimonio de amor, pero que arrojaba en la balanza de Perón una gran



LUCE MAS...

una muchacha bonita, si tiene hermosos cabellos.

AHORA, usted misma puede tener una hermosa cabellera, que aumentará sus encantos...

Los cabellos cuidados con

LOCION AZUFRE VERI

están LLENOS DE VIDA, no tienen caspa, son brillantes, suaves, vigorosos y con mucha frecuencia ondulados.

Frascos de 5 tomoños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente sólo cuesta Ptas. 17/10; el tamaño pequeño Ptas. 11 (impuestos incluidos).

CON GARANTIA FARMACEUTICA

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apart. de 12-Juliador

PUBLICITAS

baza política, ello demostraba el frío análisis de la situación por el coronel. Piensa, quizá, que ella cuenta ya de una forma decisiva entre los «descamisados» con una fuerza auténtica, irrazonada o romántica, pero el político se inclina ante los hechos.

Es curioso, si se quiere, examinar el discurso de Perón el 17 de octubre. Sentimental, sin violencias, parece auscultar, como hará en otras ocasiones, el fondo de todo aquello. «Pido a todos los trabajadores amigos—les dice—que reciban mi cariño por las preocupaciones que han tenido por este humilde hombre que hoy les habla.»

Extrañas palabras, casi asustadas, pero que parecen como tantas otras veces en el próximo porvenir, una toma de aire, un compás de espera antes de comenzar el rápido paso.

EL LIBRO AZUL Y EL FAMOSO «SLOGAN»: ¿BRADEN O PERÓN!

En política internacional, Perón se había definido siempre como antinorteamericano. Exacerbando el nacionalismo, creó, por inercia, un recelo enorme en el embajador norteamericano, Braden. Y, sin quererlo, el propio embajador proporcionó, efectivamente, el triunfo personal de Perón, que el 11 de diciembre de ese mismo año se presentaba candidato a la Presidencia.

En plena campaña de elecciones, Braden publicaba, después de una campaña contra el antiguo secretario de Trabajo, un Libro Azul (el Departamento de Estado) que recogía las relaciones de Perón con las potencias del Eje.

Un «slogan» clásico, sencillo y sin complicaciones, apto para la comprensión de todas las gentes, sirvió a Perón más que muchos discursos. Era sólo esto: «¡Braden o Perón!»

La elección, como sabe todo el mundo, la ganó el coronel Perón, sobre su contrincante José Tamborini con cierta facilidad.

El argumento del Libro Azul ha sido, posteriormente, recogido y ampliado. Una serie de documentos se encontraron más tarde, según informaciones soviéticas, en el Banco Alemán Transatlántico, que trabajaba o, al menos, era muy conocido en los países de América del Sur. Según esas informaciones, se encontró un «dossier» concerniente al espionaje en América del Sur en provecho de Alemania que tenía las firmas de Juan Domingo Perón.

Nadie sabe exactamente lo que haya de cierto en todo ello, porque según la misma información, algunos de los documentos son indiscutibles.

Pero, una vez más, Perón aprovecha las circunstancias para hacerlas jugar a su favor. La campaña del embajador Braden sirve para preparar al pueblo para una denuncia virulenta contra el imperialismo extranjero. Los capitales norteamericanos están lejos, al menos durante esa época, de encontrar una ocasión favorable a su desarrollo en la Argentina. Esta, tradicionalmente, ha visto invertir grandes capitales británicos en sus tierras, pero estas operaciones, extraordinaria-

mente rentables, habían llegado hasta tal punto que un embajador inglés podía decir: «Argentina es nuestra mejor colonia.»

Ya en la revolución de 943, uno de los motivos fundamentales había sido el de romper la unión financiera entre la clase dominante argentina y los británicos. El coronel Perón aprovecha, en esencia, todos esos grandes racimos de cólera y acelera cuanto puede la autarquía interior. Sus tres primeros años de gobierno se caracterizan, además, por una creciente riqueza, consecuencia de la situación exterior, la guerra y por la sucesiva y continua llegada de las misiones extranjeras dispuestas a comprar en un país que había sido, durante mucho tiempo, «la reserva agrícola—así declaraba el mismo embajador—de la Gran Bretaña.»

Esta ola de prosperidad dura tres años. Ya en el año 1945 el excedente de la balanza comercial arroja un saldo favorable de 1.671 pesos. Suben los salarios y se crea, peligrosamente, la sensación de que nunca acabará el éxito.

Durante esos años, Perón intenta y persigue la formación de un bloque latinoamericano. Primero es el ala Argentina-Brasil-Chile. Después, más tarde, al variante Argentina-Bolivia-Chile.

Años de desbordante trabajo. Se siente el ancho respirar de la inmensa nación agrícola. Para realizar los planes quinquenales propuestos se necesita más dinero, más divisas, y comienza a aparecer, como una nube lejana, el conflicto del petróleo. En 1949, el peso se desvaloriza en dos ocasiones para dar un mayor impulso a las exportaciones. Con enorme orgullo, Perón había dicho: «Me dejaré cortar un brazo antes que aceptar un préstamo...»

En 1950 solicita y obtiene de Norteamérica, deseosa de corregir los malos oficios de Braden, un préstamo de 125 millones de dólares.

La oposición cae sobre él.

LA SEGUNDA ELECCION A LA PRESIDENCIA

La reforma de la Constitución situaba a Perón, ascendido a general de división por el Senado en 1949, ante la posibilidad de ser nuevamente elegido. Sólidamente, la C. G. T. dispone de varios millones de afiliados. El Ejército, alejados los elementos más discolos, aparecía inserto en su tarea sin muchas posibilidades. Sin embargo (los motines, complots, golpes de mano y situaciones de peligro rodean siempre la experiencia política de Perón), en 1951, ante el solo anuncio de que Eva Perón pudiera presentarse a la vicepresidencia, hay un levantamiento de poca importancia dirigido por el general retirado Menéndez. Este año, con el 52, son años terribles para la economía argentina. Una sequía extraordinaria compromete las cosechas, y las cifras de exportación llegan a índices bajísimos. La circulación fiduciaria no cesa de aumentar, y de 4,8 millares de millones de pesos pasa a 21,3 a fines de 1952.

En ese tiempo, es decir, en medio de esa cifra, se desarrolla la campaña de las elecciones.

El peronismo se esfuerza en conquistar y tener siempre en su mano la masa obrera. El sindicalismo llega a La Pampa, donde los peones y los posteros, los gauchos y los agricultores, comienzan a gozar de nuevos privilegios. Hay campañas de «justicialismo» en todas las zonas. Disminuye, sin perderlo de vista, porque es un estímulo aprovechable el tono contra el «imperialismo extranjero».

La oposición, por la parte liberal, se muestra contraria a la violencia del lenguaje empleada por el «cegatismo» de los sindicatos. Los socialistas, que han fundado su partido en Buenos Aires en 1894, se muestran menos dispuestos a colaborar. Pero, al fin, una doble maniobra de Perón liquida el partido prácticamente. Una fracción importante, la de Dickmann, se pasa con armas y bagajes al peronismo. La otra continúa editando en Montevideo, en el exilio, su periódico, «La Vanguardia».

Queda, naturalmente, el opositor más fuerte: el partido radical. Al contrario de lo que se ha dicho, son sus divisiones internas, demostradas a raíz de los últimos acontecimientos, las que le arrebatan su mayor fuerza. Cuando se verifica la elección, las mujeres argentinas votan, en noviembre de 1951, por vez primera. Es un voto de «Evita». El resultado de las elecciones es el siguiente: 4.652.000 votos contra 2.348.000 de los radicales. Los conservadores consiguen 170.000 votos. Los socialistas, 70.000. Los comunistas, 50.000. ¿Cómo se desarrollan las elecciones? Oigamos a la oposición: «Las elecciones, técnicamente, han sido honestas, pero los antiperonistas no han podido disponer de propaganda, periódicos, ni tiempo para realizarla. Los nuevos 500.000 votos femeninos también han influido. Un 65 por 100 ha votado por Perón. Ha sido fácilmente comprobable, porque han votado en distintos colegios. Periódicos tan famosos como «La Prensa» han sido incautados hace años, y la misma suerte han corrido otros...»

LA LUCHA CONTRA LA IGLESIA CATOLICA

El examen objetivo de la situación anterior ofrece, como primer punto de arranque, la idea de un realismo práctico, duro, violento y cauto, pero con un acierto original: haber descubierto que existía una masa política.

Aparece claro que, en todo este proceso, la convivencia ha estado claramente perfilada y orientada por hombres que pertenecían a campos de izquierda. Borlenghi, por ejemplo, es una muestra exacta. Todo ello, cumplidamente, como en el caso de Vuletich, antiguo secretario general de la C. G. T., que fué quien pidió públicamente la separación de la Iglesia y el Estado, han proporcionado un lenguaje al peronismo que quizá éste no lo hubiera tenido por sí mismo. Pero los hechos mandan. En la lucha contra la Iglesia católica, desarrollada en un período aproximado de un año, se han empleado toda serie de amena-

zas o de violencias. En todo caso hay que considerar que la masa católica no se ha sentido lejos, en sus comienzos, del peronismo ni de sus objetivos de justicia social. ¿Cuáles han sido las causas, pues, del espíritu de la C. G. T. y del general contra la Iglesia? En primer lugar, hay que negarse a creer que Perón haya sido arrastrado por los acontecimientos, «por el ala izquierda» y todo eso. Hasta ahora ha dominado siempre, perfectamente, los problemas y ese extraño y misterioso «statu quo» con todos sus colaboradores socialistas o comunistas. Se ha dicho, también, que la campaña tenía un objeto: desviar la atención de las dificultades económicas. Parece poca cosa para arriesgar tanto. Hay causas más concretas. Y esa causa, mejor dicho, esa gran causa, es la juventud. Esa es la gran partida.

Parece público y evidente que la juventud, a pesar de los sorprendentes servicios deportivos y las instalaciones realizadas para la U. E. S. (Unión de Estudiantes Secundarios) o para las Universidades, no ha conseguido modificar su actitud. En la Universidad de Córdoba, famosa en toda Hispanoamérica, los estudiantes manifiestan su oposición completa y decidida. La Iglesia, a pesar de su prudencia, no puede permanecer como un grupo social aislado, y se manifiesta en favor de la juventud católica, pero sin que haya sido posible considerarla en rebeldía. En el terreno polémico la C. G. T. ataca a la Iglesia por la enseñanza religiosa y por el avance (ellos dicen infiltración) de la Acción Católica en los Sindicatos y en los medios obreros.

DOS BALONES DE ENSAYO: LOS PADRES ROTHAMEL Y BEDANELLI

Fuera de la pública y oficial campaña contra la Iglesia, el clero y la «Internacional» católica, ha habido una forma de reacción verdaderamente clásica en los países del otro lado del telón de acero: la conquista de algún sacerdote. En este caso, al parecer: los padres Rothamel, de la archidiócesis de Paraná, y el padre Bedanelli, de la archidiócesis de Santa Fe, han llegado a criticar, en una serie de cartas abiertas o declaraciones periodísticas, la posición del Vaticano o de la jerarquía eclesiástica. Tomando el rábano por las hojas, siguiendo la línea de determinados «progresismos», claramente condenados por la Iglesia, se detienen a examinar, con carácter exclusivo, los soportes materiales de los beneficios, que nadie discute, del régimen, para terminar considerando que es todo ello culpa de los obispos. Las declaraciones de los padres publicadas en «Crítica» y «Democracia», constituyen un ensayo, quizá el más perverso de todos, de conseguir lo imposible. Los padres han llegado a hablar de una iglesia nacional argentina.

EN EL COMPAS DE ESPERA, PERON EN LA GRAN OPORTUNIDAD

El gran oportunista se ha encontrado, después del 16 de julio, con que el Ejército ha permanecido fielmente sujeto en su mano. El Ejército, a su vez, parece haberse desquitado, únicamente, del 17 de octubre (1945), cuando fueron los «descamisados» los que salvaron, frente a las tropas, al general Perón. Parece evidente que los cuadros militares han variado mucho. Las nuevas conscripciones han situado en filas a millares de hombres que son adictos al Presidente. Este, además, ha abierto los rangos y colocado de suboficiales y oficiales a promociones fieles. Este hecho parece ser reflejo fiel, transmitido por diversos observadores, de la situación.

Como en otras ocasiones, por tanto, Perón se atribuye el papel de árbitro. La engrasada C. G. T., dócilmente uncida a la plaza de Mayo, le ha dado, después de ocho horas de «pie derecho» ante los balcones de la Casa Rosada, la oportunidad esperada: abdicar de su primera abdicación. Por otra parte, la C. G. T. forma, ahora, frente al Ejército, el equilibrio. Perón no quiere olvidar que, ahora, las fuerzas son equilibradas y que él las mantiene en esa raya entre la desconfianza y la lealtad.

Como primera medida, y para proceder con mayor holgura, ha demostrado, prácticamente, que la oposición, a la que había dado la ocasión de la paz, está completamente dividida y sin jefes. Porque, aún en el caso de Frondizi, el más indicado candidato a la presidencia por parte de los radicales se ha demostrado que les cogió demasiado inesperadamente el gran juego. Perón, al ofrecer la mano a la oposición, más bien daba la impresión de que lo que estaba en juego, efectivamente, era su sucesión, y, cada partido, se dividió en dos o tres bandos para estar más

cerca de cualquier posibilidad. Creyendo, que se trataba de una crisis definitiva, rechazando la «colaboración», demostraron al tiempo sus propias divisiones, y cuando se restablece el equilibrio impusieron a Perón ellos mismos como árbitro.

Ahora, curiosamente, cuando comienza con el lenguaje de máxima violencia, de castigo de los culpables, «de mano fuerte» y todo eso, es cuando se desprende de todo el equipo irreligioso. De Vuletich, el antiguo y virulento secretario de la C. G. T. De Borlenghi, sostenido durante tanto tiempo, pero caído al fin, y cuya animosidad contra la Iglesia era evidente. De Apold, secretario de Prensa, a cuyo cargo está la movilización de la Prensa contra el catolicismo. De Méndez San Martín, el ministro de Educación Nacional, que se apresuró a retirar la enseñanza religiosa de las escuelas.

A los nuevos cargos vienen, en algunos casos, economistas muy favorables a la entrada de capitales norteamericanos. La firma del acuerdo con la Standard Oil para el petróleo argentino, que significa, por completo, un cambio de frente, y cuya aprobación aun no tiene conseguida, prueba que el general, cautamente, recobra posiciones y restablece equilibrios. Puede ser, en última instancia, que la fidelidad del Ejército haya servido, precisamente, para demostrarle que no era necesario hacer más concesiones demagógicas a la C. G. T. que las precisas.

Tales son, hasta el presente, las premisas que se han cumplido o se están cumpliendo. Hay que tener en cuenta que si la ordenación del petróleo se realiza por norteamericanos, el partido radical le reprochará, precisamente, lo que ha sido el «slogan» del peronismo durante doce años. Por lo pronto, la tormenta ha servido para modificar el signo y el carácter de sus colaboradores. ¿Qué significará?

Enrique RUIZ GARCIA



El Presidente Perón acompañando a Gina Lollobrigida durante la visita que ésta hizo a la Argentina

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

AL REVERENDO PADRE ABAD ISAAC
MARIA TORIBIOS

PARA medir lo temporal en Silos hay que valerse de la cifra mil, porque todos los otros guarismos son muy inferiores, mientras que de mil en adelante los números se despiritualizan para reservarlos a las distancias astronómicas, a los presupuestos del Estado y a los millonarios. Mil son los metros sobre los que se levanta el monasterio, y Santo Domingo vino allí cuando el optimismo cristiano había vencido a los terrores del milenario, casi hace mil años. Un milenio parece una cosa compacta, pero un milenio se desgrana como un siglo, hasta como un lustro, del mismo modo que el Santo Rosario de Santo Domingo de Guzmán (el burgalés ayudado a bien nacer por el monje desterrado de la Rioja, por este Santo Domingo de Silos), a pesar de su gracia mística, de su solidez sobrenatural, se descompone en cuentas y en misterios. Los mil años de Silos pueden dividirse en otros tantos meses de septiembre, cuando los rayos solares, dominicales (el domingo es el día del Sol consagrado al Señor), se sienten como báculos cascados, a la manera del bastón de la ancianidad del Santo, que asistió al último alumbramiento de la esposa de Alfonso XIII, como también estuvo en las alcobas de los Monarcas medievales. El mes de septiembre es el mes de la vocación, cuando nacemos por segunda vez, atraídos por los llamamientos y las aficiones. Antes de comenzar el año social en octubre el adolescente elige carrera en el mes de septiembre (mes de convocatorias y exámenes previos mes en que se anuncian las Academias y las Escuelas preparatorias), esto es, escoge cuál ha de ser su camino. También, Reverendo Padre, existe septiembre como mes escogido para lo eterno.

Llegamos a Silos durante la ceremonia de una toma de hábitos de tres muchachos españoles que se convirtieron en novicios de Silos. Así es que nuestra visita al cenobio no fué turística, sino providencial. No éramos huéspedes para el hospedero, ni los que bucean en el arte sonado lo que no se vende en los quioscos de nuestras ciudades, pero que la Edad Media, con su enormísima vitalidad, permitía a los que labraban los alfárjes o las «paciencias» de los escaños corales; ni tampoco éramos los maníacos en fotografiar los capiteles del claustro. Nosotros no somos monisgótics, cuando se inició el principio del monasterio, ni románicos, ni góticos, ni barrocos, ni neoclásicos del siglo XVIII, cuando se prepetraron más constructivas barbaridades, sino que somos hombres a las puertas del siglo XXI, a quienes importa haber presenciado cómo ingresa en la Orden un futuro benedictino. Presidía toda aquella liturgia inicial Su Reverencia, con su mitra blanca, su magnífica estola y su báculo. Parecía el Abad más erguido, más solemne, más de una época lejana, como si sus facciones se hubiesen evadido de algún códice. Hablaba despacio y con cadencia gregoriana; le relumbraban el anillo y el pectoral en medio de la Comunidad, con los niños oblatos al fondo, asistido por los padres, junto a los hermanos y a los novicios, situados ritualmente. Era una estampa que se ve pocas veces, aunque se haya repetido durante más de mil años. Una estampa sobria, a la par armoniosa, según la Regla de San Benito, que ha previsto el pasado, el presente y la eternidad. Los padres ya conocen sus palabras, porque palabras semejantes se pronuncian en Silos de cuando en cuando, palabras macizas, pero que se empujan cual el ciprés. Los hermanos trabajan entre plegarias y cánticos, escuchando la perspectiva que presenta el Abad a los que ingresan, pero saben que la labor ordenada y puesta al lado de la oración y de la música no es un insoportable sacrificio. Los niños oblatos esperan a que crezca la mies y a que lleguen los venideros septiembrés, aprendiendo el latín y la obediencia. Los novicios, a los que van a pertenecer los tres muchachos procedentes de

Madrid, Valencia y Ciudad Real, son los que ponen su juventud, sus pasiones, sus veleidades a prueba. Por esta perplejidad les advierte el Abad lo que debe ser un benedictino. Los novicios bajan por las escaleras al claustro y se detienen un instante allá abajo, puesto que a su derecha les inspira devoción y respeto una Virgen descomunal con una ternura hieratizada. En el muro contiguo tienen que leer dos inscripciones funerarias encima de las lápidas que se adosan a la pared. La primera es la tumba del primer Abad después de la restauración, del francés padre Guepin, arribado desde el monasterio de Salesmes con unos cuantos monjes de su país para reparar en 1880 cuanto habían destrozado las ideas francesas en 1835. La segunda es la tumba del segundo Abad, el padre Luciaro Serrano, y más hacia adelante se ha descubierto en la roca el primitivo sepulcro de Santo Domingo de Silos, casi las huellas de su cuerpo. Los novicios encuentran la perennidad, la continuidad, mientras que arriba gesticula el mundo abigarrado y medieval del alfárje, y a la mano izquierda, las columnas antiguas sostienen a la fauna y a la flora de los capiteles, mientras que las auténticas flores del jardín claustral ofrecen su melodía renovada y transitoria.

La ceremonia ha continuado con los cirios encendidos con las genuflexiones, con sus voces rítmicas, sin fausto y con sosiego. Todo está dispuesto con mil años de antemano, porque este muchacho, si su vocación no cede, será un padre que se dedicará a salvar su alma, las almas ajenas y la sabiduría, en tanto que éste y aquél, los que acaban de desprenderse de la chaqueta civil para meterse dentro del hábito negro con capucha, serán simples y laboriosos hermanos.

Septiembre es un mes de elección de vida, ya que el estío acaba con su plenitud y comienza la nostalgia del otoño. Estamos en el 7 de septiembre de 1955, que es un miércoles cualquiera del calendario, pero el Reverendo Padre Abad Isaac Maria Toribios, recuerda sin decirlo otro 7 de septiembre de hace cuarenta y dos años, cuando es el mismo mes y es el mismo día que la ceremonia recordada de su toma de hábito. Entonces, en 1912, don José Canalejas y Méndez, natural de El Ferrol, era el presidente del Consejo de España, como en 1955, Francisco Franco Bahamonde, natural de El Ferrol, es el Caudillo de los españoles. Hubo un caudillo que se llamó Fernán González cuando ya existía el cenobio de Silos. Franco es un Caudillo de la estirpe militar y religiosa de Fernán González, mientras que don José Canalejas, buen estadista, pero que no se quitaba el defecto de mancharse por la parte delantera los pantalones, según testimonio de su sastrer, se enfrentó con la Iglesia, por culpa de la propia ideología que iba a asesinarle, baleándole dos meses después. El niño Isaac Maria Toribios había salido de un pueblecito palentino denominado Santoyo, cerca de Fromista, donde un notario que se ha sobrevivido unía la desesperación de Castilla con el extraviado amor a la Patria.

La Castilla de Fernán González, la Castilla de Julio Senador Gómez, la Castilla de Franco pasan siempre por Silos, donde los benedictinos hilan el tiempo. Hay Castillas que coinciden con Silos, y entonces prosperan ensanchándose la nación, mereciéndonos el Imperio, y hay Castillas que se deshacen al igual que sus hombres, hundiéndonos en la nada. La única esperanza en lo peor es la esperanza en la victoria divina, que quiere a los cristianos con su existencia a cuestas, a la manera de una cruz invisible, yo he visto en el monasterio de Silos como cada cual portaba la suya. El Abad con su mitra, con su báculo, con su pectoral y su anillo en el dedo, y los tres novicios con sus biografías juveniles en busca de la gracia. Me ha parecido ver cómo el Abad, no obstante sus advertencias reglamentarias, estaba presto a sostener un tanto con su inmensa bondad, con su paternal afecto, las cruces, las vidas de los jóvenes.



Ante el nuevo
CURSO
ESCOLAR

70.000 Centros de Enseñanza aproximadamente, con un total cercano a los tres millones de niños y niñas, abrirán sus puertas, dentro de breves fechas, y empezarán la tarea de formar a las nuevas generaciones españolas.

EL CORTE INGLES también inicia su campaña escolar, presentando completísimos equipos colegiales para todos los Colegios y Centros de Enseñanza.

Para niñas y jovencitas: PLANTA QUINTA
Para niños y muchachos: PLANTA CUARTA

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

DIALECTICA Y OPTIMISMO

A la historia de los ideales políticos de un pueblo, de la biología política y social de un sistema, como a la vida íntima y espiritual del hombre, les es conveniente, necesario y a veces urgente detenerse en el camino del quehacer diario para realizar, con los ojos vueltos hacia el camino andado, un honrado y exigente examen de conciencia. Un examen que no sea el estricto sobrepasar de unos plátanos en la balanza, sino la exposición sencilla, espontánea, sincera de los hechos cumplidos, de los ideales llevados a la práctica y de ese posible tramo que entre las realidades y el ideal queda siempre por hacer en toda obra humana.

A veces esta exposición de hechos, este examen de conciencia pueden servirnos para evitar el error o para exigirnos el arrepentimiento. Otras, afortunadamente, nos valen de base para justificar el optimismo o para combatir limpiamente ciertas acusaciones manoseadas y retorcidas de una crítica puramente negativa a ese quehacer nuestro. Las palabras del Ministro Secretario General del Movimiento pronunciadas recientemente en Cádiz con motivo del homenaje que la provincia ha dedicado al que fué heroico Tercio «Mora Figueroa», y su discurso a la Vieja Guardia gaditana han tenido este último y doble sentido. En los dos discursos del Ministro hay razones para el op-

timismo y razones para argumentar en una dialéctica contra el pesimismo, la desgana o el desaliento nacidos de interpretaciones falsas y de juicios equivocados.

«En cualquier orden de la vida española que examinemos se ha de admitir no ya por nosotros, sino por los que son nuestros enemigos, el enorme salto que se ha dado, y la mejor prueba de ello está en que las críticas que se hacen son siempre los mismos manoseados argumentos, en los que ya nadie cree ni a nadie impresionan.»

Desde el día en que el destino de España comenzaba a ser regido por la mano de nuestro Caudillo, la vida española cambió de signo para convertirse en el símbolo de una paz segura y firme y de una prosperidad abundante y cargada de sanos frutos. Por caminos difíciles, porque así lo exigieron las circunstancias, se buscó la implantación de un justo orden social, el establecimiento de una economía que respondiese a los esfuerzos de una política nueva y revolucionaria, inspirada en la voluntad de hacer resurgir a un pueblo ya relegado a unas fuerzas que no poseía. A esta restauración de la vida política, social y económica dentro de la Nación ha correspondido el absoluto e indiscutible triunfo de una política internacional que ha sabido, mostrando su verdad, demostrar al mundo la incongruencia de una postura inexplicablemente absurda. Como elemento integrante del Movimiento Nacional, a la Falange corresponde, por un esencial y propio derecho, la parte más importante en esta transformación y cambio de España.

Unas veces habrá sido la creación directa, otras ha sido el espíritu de la Falange el que ha impulsado y estimulado el ambiente propicio, el clima ideal para sembrar en tierra abonada.

«¿Ha cumplido la Falange la misión que le correspondía o que aspiraba a cumplir en la vida pública española?» Es posible que algunos, enemigos o espíritus pusilánimes, se hayan asombrado de esta sencilla y espontánea pregunta formulada por el mismo Ministro en su discurso. La respuesta es clara y contundente: «Si comparamos el ideal de nuestra doctrina con las realizaciones hechas podrá existir todavía un espacio sin llenar; pero si valoramos en sí misma la obra realizada y las especiales circunstancias en que se ha hecho, hemos de reconocer que ha sido inmensa.»

Las razones para el optimismo no son, claro está, razones para sueños utópicos o lamentaciones estériles. Es la realidad en que diariamente nos movemos, y junto a la realidad, ese otro campo de posibilidades en la que podemos y debemos movernos, el único testigo que puede darnos la tranquilidad de una conciencia nacida del deber honestamente cumplido. Hoy, si no es valiéndose de la habilidad sofisticada e impertinente de una pretendida ignorancia, a nadie le es lícito dudar de que la Falange ha venido realizando la alta misión histórica que un día se le asignase en la vida política y social de España.

Cuando los ideales de una doctrina se fijan elevados a una altura donde nunca pueden llegar las ambiciones rastreras, es justo reconocer que entre las realizaciones y el ideal existan «espacios sin llenar». Pero también es naturalmente justo reconocer los espacios cubiertos de promesas cumplidas, de realidades practicadas en todos los sectores de la vida nacional española. Es de aquí de donde nace el optimismo y de donde nace la fuerza para toda dialéctica.

EL ESPAÑOL

¡NO HAY HOJA MALA!
¡NO HAY JABON MALO!
¡NO HAY BARBA DIFICIL!
DONDE HAY

Kexttery

EVITA EL DOLOR - REGENERA EL CUTIS

Especialmente indicado para barbas fuertes, irritadas, enfermas, con granos, hirsutas "imposibles", delicadas, etc., y con la barba normal se afeitará muchísimo mejor.

EL MEJOR, MAS COMPLETO Y MAS ECONOMICO DE LOS MASAJES

Tubo normal 11'65 ptas.
Doble concentrado. . . 14'80 " "

DE NO ENCONTRARLO EN SU LOCALIDAD, LO REMITIREMOS A REEMBOLSO.

Apartado 1.185 - Barcelona



DIALOGO EN MOSCU

**"LA UNIDAD ALEMANA
ES INDESTRUCTIBLE"**

EL VIAJE DE ADENAUER



Adenauer a su llegada a Moscú saluda desde los micrófonos y revista las fuerzas que le rindieron honores en el aeródromo

El avión que llevó a Moscú al canciller Adenauer, un «Superconstellation» plateado, con los colores de la Lufthansa, tenía un equipo simbólico: un piloto norteamericano, otro alemán y dos ayudantes rusos. Debía ser el signo de la coexistencia, y de ella, quierase o no, debió impregnarse el canciller, porque durante el viaje aprendió la única palabra en ruso que conoce: «zdravstvuyte». Es decir, «buenos días».

Cuando descendió del avión, con su traje gris muy oscuro, la cabeza desnuda, el vivo aire que se había levantado media hora antes en el aeródromo de Vnoukovo le obligó a llevarse la mano a la cabeza. Durante un instante el canciller levantó la vieja mirada de setenta y nueve años y vio flotar en el cielo de la tarde la bandera negra, roja y oro de la República Federal. El avión se habían detenido al borde mismo de la pista, y Konrad Adenauer tuvo que andar unos pasos escasos para encontrarse con la representación rusa. Todos los grandes magnates,

desde Bulganin a Molotov, estaban presentes. Sólo Krústchev, que tenía anunciada su llegada, no apareció.

La compañía de honor rusa, que inauguraba un uniforme especial de gala de misterioso color azul, presentaba la armas, mientras, a pie firme, en el aire frío («hace más frío en Colonia que en Moscú», decía unos minutos antes el ministro de Asuntos Exteriores alemán a Bulganin), se escuchaban los dos himnos nacionales.

Por primera vez desde la famosa llegada de Von Ribbentrop a Moscú para firmar, en nombre de la Alemania hitleriana, el pacto con Rusia, no se había vuelto a escuchar el «Deutschland über alles...»

Hubo un pequeño y divertido accidente. Adenauer parecía cansado y dispuesto a escapar pronto de aquellos primeros momentos. Ya se marchaba hacia el «Mercedes» que había venido de Alemania para su uso particular, cuando uno de los fotógrafos protestó: no le habían hecho fotografías. Adenauer, en compañía

de Bulganin, se dirigió a una pequeña barrera, detrás de la cual estaba un grupo de periodistas y fotógrafos extranjeros, y se prestó sonriente al asalto de las cámaras.

El «Mercedes», negro e impecable, había llegado a Moscú en los doce vagones que, en la estación, son algo así como la Embajada de Alemania en Rusia.

Para el observador menos objetivo las cosas estaban claras: eran ya unas «relaciones diplomáticas» las que se preparaban aquel día. Los mismos soldados, con su nuevo uniforme, daban la noticia veladamente... Si había fracasado, Adenauer sería el gran culpable.

**UN VIAJE ESPERADO
DESDE EL 7 DE JUNIO**

La invitación rusa de celebrar una entrevista rusoalemana con



Al subir al avión para trasladarse a Moscú, Adenauer saluda a quienes acudieron a despedirle al aeródromo de Bonn

la presencia del canciller Adenauer está registrada en los archivos internacionales con la fecha del 7 de junio. La nota rusa no era tampoco misteriosa. «Al objeto—decía—de intentar resolver la posibilidad del establecimiento de relaciones diplomáticas.»

¿Había la posibilidad de hablar de otra cosa? Si no existía, y a pesar de todas las desesperanzas, Alemania entera ha tenido en la cabeza obsesionadamente este viaje. La Conferencia de Ginebra, que dejó bien claras las ideas de Rusia sobre el procedimiento único para hablar de una reunificación alemana, no había dejado muchos resquicios a la posibilidad de un acuerdo «sorpresa». Aun así, ¿por qué no?—pensaba mucha gente—, pueden ocurrir muchas cosas.

Lo que podía ocurrir, las conversaciones «directas» y en «solitario» entre Alemania y Rusia, no alejadas de muchas cabezas, era uno de tantos problemas que llevaba con él, misteriosamente prendido de su traje gris, el canciller Adenauer. El campeón de Europa, «el Viejo», no puede dejar de considerar que Alemania occidental, con la «detente» pacífica, ha impuesto a Alemania una situación extraña. Por una parte, quiérase o no, todos los plazos previstos para el rearme quedan en suspenso. La situación de Alemania, que era la «fronte-

ra militar» más próxima al «telón de acero», perdía los puntos que antes de Ginebra poseía. El propio Adenauer quedaba entre la espada y la pared.

La espada era la opinión pública, manejada hábilmente por Moscú, que pretende acusarle (en eso han sido campeones los socialistas alemanes) de preferir la definitiva división de Alemania a retroceder en los pasos dados al lado de los occidentales.

Situado entre la espada y la pared, con guerra en los dos frentes, el valeroso canciller se dedica a impedir, de un lado, que los aliados, ganados por el optimismo de la ofensiva de la sonrisa, puedan hacer cualquier movimiento que vaya en detrimento de Alemania. Del otro, resiste la ofensiva psicológica de Moscú, que pretende considerarle como el principal obstáculo de la división. En los periódicos de Alemania oriental, sin un desfallecimiento, Konrad Adenauer es presentado siempre igual: como el hombre que impide la reunificación con las armas; es decir, con los Acuerdos de París, o en otros casos, como el hombre que prefiere, como católico, la división actual por considerar que la Alemania occidental, con mayoría católica, es preferible a la unión con la Alemania protestante.

No hay que decir que ninguna de estas razones, sobre todo la última, tienen sentido alguno. Pe-

ro el efecto malévolo de estas insidias, sobre todo la última, le han obligado a presentarse en Moscú dispuesto a tantear todos los terrenos.

Considerando que la socialdemocracia aprovecharía la ocasión para denunciar su política como sumisión integral a Washington, Adenauer ha preferido llevarse con él una expedición importante, más de doscientas personas, entre las que van, con Carlos Schmidt, figura representativa de la socialdemocracia, muchos socialistas. Era un acto de realismo.

Sin embargo, antes de la salida del canciller Adenauer ha comenzado a levantarse, sutil, pero insistentemente, un nuevo balón de ensayo. Esta nueva corriente de propaganda, cuyo origen es Moscú, pero que es manejada por periódicos y hombres muy representativos de Occidente, es el temor de que Adenauer intentase directamente un nuevo pacto germanorruso y se volviera de espaldas a todo su pasado.

No hay que olvidar que esa, al fin y al cabo, era la herencia política de Bismarck: la paz y el acuerdo con Rusia. En los medios militares, amargamente desilusionados de dos guerras que han tenido siempre el mismo final, no se puede olvidar que la «estepa», la guerra sin «fondo», que decía Rommel, ha sido culpable de la derrota.

Con todas esas premisas, Adenauer no tiene otro remedio que hacer lo que ha hecho: jugar lo que ya sabía no iba a ser nada más que otro ensayo de Rusia de dividir y de hacer resaltar la enorme y fabulosa división de Occidente. Si se quisiera saber exactamente lo que piensa Adenauer, no habría nada más que seguir el hilo de su pensamiento político, realista y concreto a lo largo de estos últimos años: «Los rusos dicen que la articulación de Alemania en el bloque occidental es la causa de la no reunificación de Alemania. Yo digo simplemente que la neutralización de Alemania sería entregarla a una rápida y total soviética.» Eso sería, desde luego, el fin de Europa. Sobre todo, teniendo en cuenta las circunstancias políticas que atraviesan naciones como Francia e Italia. Pero su pensamiento se completa y se cierra así: «La unidad alemana es indestructible y no se puede alterar por ningún procedimiento.» Pero quede bien claro, según Adenauer, su neutralización sería igual a la bolchevización. Ante esa disyuntiva no hay problemas. Al menos, hoy, cuando Adenauer gobierna, pero ¿se puede mantener efectivamente una posición así? Parece que no. Los alemanes, hoy por hoy, prefieren la unidad aunque sea un riesgo.

LOS PRISIONEROS. A DIEZ AÑOS DE ESCRAVITUD

En la mañana del 9 de septiembre, Adenauer, firme en su posición anunciaba a la Delegación rusa que «las condiciones esenciales para la normalización de las relaciones con la U. R. S. S. dependían de la liberación de los prisioneros de guerra».

A diez años del final de la gue-

rra, solamente hablar de este asunto paraliza un poco el corazón y el entendimiento. Diez o más años de esclavitud. Cientos de millares de hombres, el rostro anónimo, que no saben, ni aun eso, si son un recuerdo o una esperanza para sus propias familias, es algo que aterroriza.

Antes de comenzar la primera reunión, durante diez minutos, se permitió a los fotógrafos y a los periodistas que pasaran al interior de la sala. Molotov, el hombre que ha visto pasar todas las depuraciones y el único que conserva una visión personal de los días en que se firmaba el pacto con Ribbentrop, se apresuró a dar excusas a Adenauer por lo exiguo de la sala, sobre todo en aquellos momentos de invasión periodística. Sonriente, le decía este extraño proverbio ruso: «La falta de sitio no engendra la disputa»

Bulgánin, vestido de paisano, con un traje gris a rayas, la corbata oscura y el pelo blanquísimo y muy peinado, ofrecía a los presentes los primeros cigarrillos de la mañana. Krustchev, que parece estar siempre dispuesto a demostrar que cumple el primero, implacablemente, las consignas del buen humor, se dirigió sonriente a Bulgánin, advirtiéndole que no le convenía fumar.

—Puedo fumar mucho todavía sin ningún peligro—decía el mariscal.

Los alemanes, a quienes los traductores les iban dando a conocer la breve conversación, afirmaron que se inclinaban por Bulgánin. «Nosotros también somos fumadores», le decían.

La contestación de Krustchev, rápida, fué la siguiente: Será la primera divergencia entre nosotros.»

Cuando se han reanudado las sesiones de la primera jornada de trabajo, la división de puntos de vista era evidente. La Delegación rusa esgrimía una amenaza velada y significativa, que volvía a poner las cosas en su punto inicial: guerra contra Adenauer.

El procedimiento, políticamente hábil, se desarrollaba en estos términos. De una parte, el Gobierno soviético propone oficialmente el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la U. R. S S. y la República Federal alemana, mediante el establecimiento de una Embajada en Moscú y otra en Bonn. En segundo lugar, y he aquí la clave, «el Gobierno soviético—palabras textuales de Bulgánin—expresa la esperanza de que el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y la República Federal contribuirán al restablecimiento de la unidad de Alemania».

Se advertía, no tanto a Adenauer como a la representación alemana, que, en caso de fracaso, se debería, una vez más, al canciller y, además, se dejaba suspendida en la reunión, de una forma evidente, el problema apasionante para los alemanes de la unidad.

El tema, candente y encendido, fué tomado por el canciller en todo su valor. Dirigiéndose a Bulgánin, Adenauer advirtió:



Función de gala en la Ópera de Moscú, en honor de Adenauer, que ocupó el palco presidencial con Bulgánin y otros personajes

«No se tomen mis palabras como una declaración provocadora, pero yo afirmo que las relaciones normales entre los dos países serían «inconcebibles» sin haberse procedido a la liberación de los prisioneros.»

Con una gran emoción, añade: «La división de Alemania es anormal. Ella está así contra las leyes divinas y humanas y contra la Naturaleza.»

DIALOGO DECISIVO CON TORMENTA

Las conversaciones se han desarrollado, en la mañana del segundo día, en el palacio Spiridonavka. Hubo un momento de fuerte dramatismo cuando Bulgánin, al hacer referencia a las palabras de Adenauer sobre los prisioneros, señaló que «entendía que se trataba de un equívoco. No hay prisioneros alemanes en Rusia, sino «criminales de guerra». ¿Era el fin de la conversación?

La atmósfera estaba tensa, silenciosa, cuando Bulgánin se fue extendiendo sobre las atrocida-

des cometidas por los alemanes durante la guerra.

—Las tropas soviéticas han cometido — dijo apasionadamente Adenauer—los mismos delitos en Alemania.

El ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, Von Brentano, interviene para seguir el hilo del pensamiento de su jefe. Se habla, por parte de la Delegación alemana, de centenares de miles de prisioneros. Pero, en medio de un impresionante silencio, los rusos dicen que no existen en tierra rusa nada más que 9.426 prisioneros alemanes. Eso es todo.

Hay en esa sesión azarosa una intervención inesperada. Krustchev, que está sentado a la derecha de Bulgánin, se levanta para decir que protesta enérgicamente de las palabras de Adenauer sobre el comportamiento de los soldados soviéticos. Añade este sabroso comentario: «Los

soldados soviéticos no han hecho nada más que cumplir con su deber sagrado de continuar la guerra sobre suelo alemán.»

Fué un día de ásperas respuestas. Molotov, en determinado momento, se dirigió a Adenauer preguntándole cómo no fué posible que no se hubiera encontrado en Alemania una forma cualquiera para deshacerse de Hitler.

La pregunta tuvo una inesperada respuesta. Una respuesta que tuvo cierta vivacidad: «Muchos alemanes, como yo mismo, éramos opuestos a Hitler; pero se habían inquietado e indignado al ver cómo muchas naciones rivalizaban para conseguir los favores de Hitler.»

Estaba claro que, dura y cristalinamente, se hacía mención del favor que había tenido dentro de Rusia la firma del pacto rusoalemán.

Sin embargo, a pesar de la violencia contenida durante las tres horas y media de sesión, Adenauer ha invitado a Bulganin y a Krustchev a tomar el té en la casa de campo que han puesto a su disposición en las afueras.

En la tarde, a pesar que Adenauer tenía previsto dedicar unas horas a conocer la ciudad, ha renunciado a la visita a Moscú y se ha encerrado en las habitaciones del hotel Sovietkaia (todo él dedicado a la representación alemana). En la noche, la cocina del hotel, y en su honor, le ha preparado una comida típicamente rusa y típicamente internacional: caviar, pescado, pollo y vodka. El canciller ha tomado con gusto el caviar, pero ha rechazado el vodka.

Todavía, al día siguiente, el canciller ha seguido tomando contacto con la comida rusa—la Delegación alemana traía sus propios alimentos—, ya que la Delegación soviética les ofreció un gran almuerzo. Siguiendo la costumbre tradicional, famosa ya desde los documentos de Yalta, los rusos han brindado en numerosas ocasiones. De una parte y otra, con escrupuloso cuidado, se evita tocar en los brindis cualquier tema político. Se habla de «amistad», de «en honor de tal o cual cosa», pero fuera de los peligrosos campos de aventura del día anterior.

Cuarenta eran los invitados. Con Bulganin, Krustchev y Molotov se sienta a la mesa Malenkov. En la nueva ofensiva de la sonrisa, Malenkov es presentado

poco más o menos que como un fantasma que hubiera conseguido, por extraños y misteriosos caminos, alcanzar una representación carnal. Es siempre un éxito presentarle... vivo.

El almuerzo duró tres horas. Para los que tienen curiosidad de saber lo que es un banquete diplomático les diré el menú. Consistió en lo siguiente: Caviar (esto es inevitable), salmón ahumado, escalope vienesa, pollo y macedonia de legumbres. Al final se sirvieron helados. Hubo, naturalmente, vodka abundante y dos vinos, aparte del champaña de Crimea. Este champaña tiene ya cierto prestigio diplomático. En Yalta, la primera vez que lo tomó el difunto Presidente Roosevelt, advirtió a Stalin: «Sería un buen negocio, cuando termine mi mandato presidencial, dedicarme a vender este champaña en Norteamérica.»

El canciller Adenauer no bebió nada más, durante toda la comida, que a la hora de los brindis.

Otra cosa curiosa: la vajilla, la mantelería y la plata pertenecían a la época de los Zares.

LAS DOS ALEMANIAS, EN LOS PASILLOS DE MOSCÚ

La reunificación alemana, a la que tiene que dedicar toda su atención Adenauer para no quedar en una posición aun más débil en Alemania, tiene que hacerse contando con una serie constante de pasos atrás y adelante. Los rusos invitan a que las Delegaciones de las dos Alemanias se reúnan. Esto, políticamente, sería tanto como reconocer su situación. Adenauer niega al Gobierno de la República de Alemania del Este todo derecho para hablar en nombre de los 18 millones de habitantes, pero está dispuesto a transigir, si ello puede ser interesante, en cuanto a los prisioneros de guerra, la gran preocupación y la gran ansiedad del canciller. Esta es una de tantas situaciones inevitables con las que tropieza Adenauer.

LAS CONVERSACIONES DE MOSCÚ, ANTICIPO, POR LO PRONTO, DE LA CONFERENCIA QUE COMENZARA EN GINEBRA EN EL MES DE OCTUBRE

Dictada esta crónica un día antes de terminar la reunión de Moscú, cabe hacer algunas reflexiones episódicas.

Es evidente, como ya hemos dicho, que la presencia de Adenauer en Moscú se produce por una enorme presión popular, ascendente cada día, que piensa que lo primero es la reunificación y consideran, abandonando toda otra cuestión, que importan más para ello las conversaciones con Rusia que con los occidentales.

Por otra parte, Rusia ha juga-

do en esta ocasión al simple juego de «divide y vencerás», porque al presentar a Adenauer como inexcusable el «reconocimiento diplomático» antes de dar pasos en otra dirección, Adenauer se encuentra con que de esa forma, oficialmente, se encontraría en «relaciones» con la Alemania del Este y abierto el camino a las conversaciones directas con Alemania.

EL RESTABLECIMIENTO DE RELACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE RUSIA Y ALEMANIA

Pase lo que pase es evidente que Adenauer tiene que dar el paso adelante del restablecimiento de relaciones diplomáticas, porque no puede presentarse ante su pueblo con las manos vacías y como enemigo declarado, por razón que tenga, de todo acuerdo. Más cuando la Delegación rusa se ha encargado de pregonar bien claramente que ese paso decisivo traería como consecuencia, con el estudio de las reunificaciones, una posibilidad importante para la recuperación de los prisioneros.

Así ha sido posible que, al cabo de diez años, como mínimo, de esclavitud organizada, lo que debería ser un suceso revelador de la barbarie comunista se convierte en una carta de triunfo que se puede manejar victoriosamente en unas conversaciones con Adenauer.

Hecho, pues, desde los primeros momentos, y aun antes de salir de Alemania el canciller Adenauer, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, hay que contar que todo ello, al fin y al cabo, sirve inequívocamente para debilitar la situación misma de Adenauer, que, mal o bien, se ha visto obligado al acuerdo.

Si se tiene en cuenta que lo que ha pasado estos días en Moscú va a tener una importancia posterior en la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los «cuatro grandes», a celebrar en Ginebra desde el 27 de octubre, no cabe ocultarse que, frente al inmovilismo occidental, siempre detrás de la fría elasticidad soviética, Rusia va cumpliendo sus objetivos. El primero, del que no fué posible hacerla transigir en Ginebra porque, en el fondo, contaba con la complicidad de Francia y de otros aliados, es que se van dando pasos para llegar al hecho decisivo: intentar arrancar a Alemania, quierase o no, de la O. T. A. N. y de los acuerdos de París. A todo eso se llama «establecimiento de un pacto de seguridad europea». Un pacto de seguridad europea, naturalmente, con Rusia, para que ésta pueda con toda facilidad emplear sus procedimientos políticos en Europa con toda seguridad y bajo la trinchera de «la sonrisa y de la pacificación». Nunca como en los momentos presentes de los «buenos modos» el mapa de Europa está cubierto de tan grave suma de conflictos sociales. Francia es un buen índice. Y el caso de Inglaterra es una manifestación de no menos claridad.



Las maletas de la Delegación alemana que acompañó a Adenauer



MAS MARAVILLAS EN EL ESCORIAL

El Monasterio de El Escorial ha estrenado en estos días galas nuevas. Su tesoro artístico se ha engrandecido y aumentado al quedar colgando de las viejas paredes restauradas antiguos y lujosos tapices, cuadros y retratos de las más variadas escuelas y pintores, relojes, arañas y candelabros que esconden en el bronce de sus pies retorcidos cuatro siglos de historia. Mesas reposteras de roble sostienen vajillas y cristalerías que van desde la época del Rey Prudente hasta Isabel II, la última reinante que vivió en El Escorial largas temporadas.

Seis son los nuevos salones que, desde el día 27 del mes pasado, han quedado abiertos a la curiosidad del visitante. A fin de exponer parte de la riqueza que el Patrimonio Nacional atesora, se han habilitado, aplicándolos al uso que en otro tiempo tuvieron, cuatro habitaciones en la parte del palacio que reformara Carlos III. Los otros dos salones quedan en el primitivo palacio del Rey fundador.

En la moderna restauración hay algo fundamental que salta a la vista del turista menos experto en la historia de tapices, de cuadros o en los secretos de la minuciosa historia de arañas, porcelanas y vajillas. Es, sencillamente, la correspondencia estricta a la verdad histórica. Los números que marcan la esfera amarilla de un reloj, las estrias finas, casi imperceptibles de un vaso de cristal, el dorado de una cornucopia o la postura casi arrogante de un pelicano que quiere salirse del lienzo, sirven aquí como de epígrafes a las épocas históricas que nacen en el Imperio

español y mueren con los últimos Austrias y Borbones.

Comedores de Estado, como les llama el padre Sigüenza; saías para caballeros de cámara y mayordomos de palacio, aposento para embajadores, éstos fueron los primeros oficios que prestaron las seis habitaciones que hoy

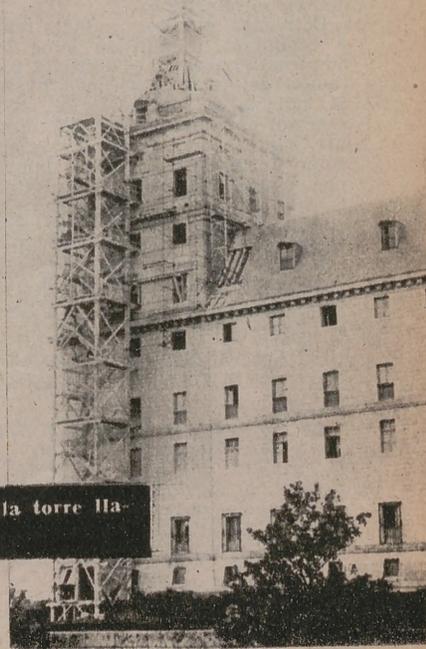
han venido a rejuvenecer el arsenal artístico que el Monasterio de El Escorial encierra tras sus muros macizos de granito y piedra berroqueña, sus severas fachadas dóricas, bajo la pizarra y planchas de plomo de sus tejados y las nueve torres altas que le rodean, como queriendo compensar la pesadez de la piedra con la delgada y ágil filigrana de las nueve cruces en el aire.

La belleza y la elegante severidad de El Escorial hay que buscarla exclusivamente en los ideales que alentaron su construcción. El Escorial tiene el mismo origen inicial que la catedral de Toledo, o la catedral de Burgos, o Las Huelgas, o la iglesia de San Juan de los Reyes. Nacen desde sus cimientos con un inmenso gesto de gratitud, como una acción de gracias a Dios cumpliendo una promesa hecha en el mismo campo de combate. Es lo mismo que

SU TESORO ARTISTICO SE HA ENGRANDECIDO CON LA APERTURA DE SEIS NUEVOS SALONES

LA LUCHA CONTRA LAS TERMITAS

Se realizan nuevos trabajos en la torre llamada del Prior





Uno de los nuevos salones abiertos a los visitantes en el Palacio de Felipe II

la batalla se llame de San Quintín o de las Navas de Tolosa, que el enemigo vencido sea el musulmán o el francés. Al mismo tiempo Felipe II busca el modo de cumplir el mandamiento que le dejara su padre, el Emperador Carlos V: una tumba donde dignamente reposara su cuerpo. El fundador piensa también que la nueva fábrica sea un magnífico centro cultural, donde las letras y las ciencias, el arte y la cultura, el pergamino, el manuscrito y el libro incunable tengan un aposento noble. En parte, la apertura de estas seis habitaciones y el afán con que el Consejo de Administración del Patrimonio Nacional y sus directivos artísticos han buscado y rebuscado lienzos, tapices, vajillas, porcelanas y cuadros de la época, responde a la continuación de uno de los ideales que precedieron a la histórica fecha del 23 de abril de 1563, en que en presencia del Rey, a las once en punto de la mañana, Juan Bautista de Toledo, ayudado de algunos padres jerónimos, colocaba la primera piedra de la octava maravilla del mundo, como ya en el mismo siglo XVI comenzaba a llamarse el Real Monasterio.

Convento, panteón, palacio real y biblioteca. Según se sube la empinada cuesta que desde la estación del ferrocarril lleva hasta la puerta del Monasterio, bajo este sol pegajoso que en septiembre sigue siendo tan abrasador como en agosto, el turista puede pensar que este paralelogramo de piedra grisácea, de aristas que cortan el viento, de torres altas rematadas en cruces en el aire, responde sencillamente a esas cuatro palabras, a estas cuatro ideas que fueran los cimientos de El Escorial.

EN MARCHA UN RELOJ QUE TIENE CUATRO SIGLOS

La escalera, construida por Juan de Villa nueva, da paso a la primera de las salas restauradas, perteneciente a la parte del palacio reformado por Carlos III. Es una pequeña sala de espera. Un guía vestido de azul

con dorados en las bocamangas, un manojo de llaves en la mano, va dando todas las explicaciones, sin necesidad de que surja la pregunta. A fe de que es el mejor cicerone que he visto en mi vida. El perfecto cicerone debe ser como este hombre, que responde a la curiosidad sin que el curioso pregunte.

—Estos cinco retratos son de Carlos III y su familia, debidos al pincel de Mengs. Aquí está el conde de Lecce y la princesa Antonia de Borbón Parma. Los dos retratos son obras de Lacoma. Mignard pintó este cuadro de doña María Teresa, hija de Felipe IV y esposa de Luis XIV. Las dos marinas que ven ustedes en las sobrepuestas son, con toda certeza, de Spolvorini y Canaletto. Esta joven, ni se sabe quién es ni quién el autor del retrato, aunque el dibujo es de indudable influencia de la escuela francesa, del siglo XVII.

El guía sigue dando vueltas a las llaves, y una puerta que cierra en recodo nos lleva a otra habitación. El decorado cambia.

Al principio parece como si la luz de este mediodía entrase aquí con más fuerza, con más viva claridad. La luz es la misma. Son los mismos amplios y largos ventanales. La luz, la claridad está en los cuadros; paisajes de la escuela napolitana y la mano visible de Goya en los conocidos retratos de Carlos IV y su esposa. Más lienzos con figuras reales y cierran la exposición cuatro cuadros alegóricos de Rosalva Carrera que representan los bustos de cuatro mujeres jóvenes de una belleza incomparable. Son cuatro rostros casi imaginarios, que en la fantasía de la artista serían como los cánones con que medir una ideal y exigente estética de caras femeninas. Vitriñas repletas de lujosas vajillas, cristalerías de diferentes épocas y dos lienzos, sobre uno de los cuales se posa un pelicano tomado de un grabado de Durero, y en el otro, el acoso por una jauría de una pieza de caza, componen la nueva estancia del «Chinero».

En la puerta del «Chinero», el cicerone anuncia:

—Estas son las cuatro salas restauradas en esta parte del palacio. Los muebles, los candelabros, las cornucopias y porcela-



El padre Ramiro Fincias muestra un trozo de viga atacado por las termitas

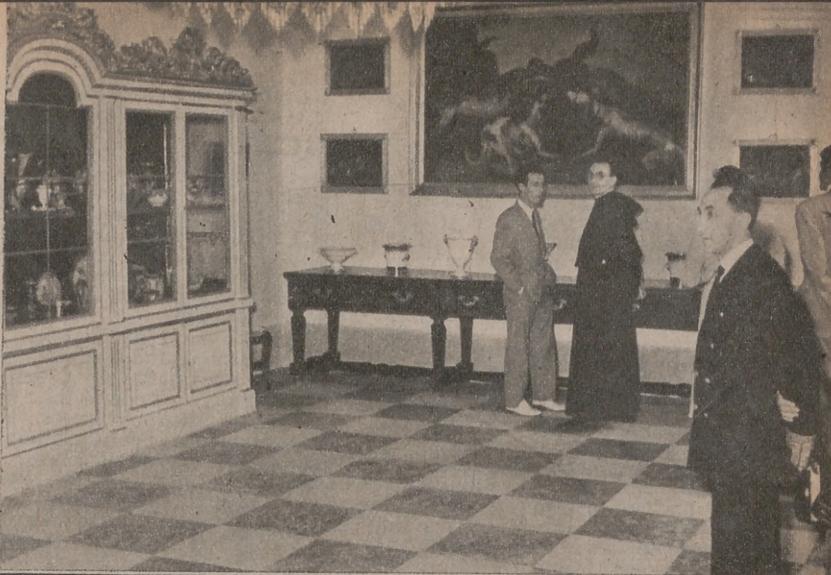
nas que adornan las habitaciones son todas de las épocas de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII. Ni más antiguas ni más modernas. ¿Quieren los señores pasar al comedor?

La invitación del amable cicerone la cumplimos todos al pie de la letra, aunque no precisamente como comensales. Es el comedor de gala, por donde se cruza a los dos salones últimamente restaurados. Antes de pasar al comedor, en el salón de Embajadores, el famoso «Choricero» de Bayeu, que representa a un tal Pedro Rico, natural de Candelario, Salamanca, y que probablemente abastecía de embutidos a la Corte de Carlos IV. Sin menospreciar la industria chacinera de Candelario y a juzgar por la buena ristra que lleva en la mano, Pedro Rico mereció nacer, por lo menos, en Cantimpalo.

En el departamento regio de Felipe II, en el escritorio, hay un viejísimo reloj de la época. Lo interesante no es que haya un reloj—relojes de entonces hay muchos por aquí—, sino que desde el día en que se inauguraron las salas este reloj está funcionando como en el mismo momento que salió de las manos del relojero. Su mecanismo no debe ser muy sencillo. Confieso que, a pesar de la buena voluntad del hombre vestido de azul para explicar su funcionamiento, yo no me enteré muy bien. Por allí había una flecha y un candil, como partes integrantes del artefacto, que no sé exactamente qué misión tendrían en esto de dar la hora. Algunos turistas franceses pusieron sus flamantes «omegas» o sus cronómetros «re-lis» por la hora que marcaba el viejo reloj. Allá ellos.

UNA SILLA CON HISTORIA

Desde uno de los ventanales de estas inmensas galerías que conducen al salón del Trono, restaurado, se divisa, junto al Ayuntamiento de El Escorial de Abajo la torre que perteneció al convento provisional donde se había establecido algo así como el cuartel general de operaciones para las obras de la gran fábrica. Aparente para los padres jerónimos recién llegados, hospital para los obreros, casa para el arquitecto, depósito de víveres, escritorio de



Magníficas vajillas se exhiben en las nuevas salas de El Escorial

cantorales y vivienda para el alguacil. El padre Sigüenza, en su *Historia de la Orden de San Jerónimo* nos cuenta con su estilo depuradamente clásico cómo fueron los comienzos de la obra: «Y porque se vea de cuán humildes principios se fué levantando todo esto, diré brevemente el estado en que en este año de 63 tenían las cosas. Era la casilla en que los religiosos vivían hartó pobre. Escogieron un aposentillo para capilla, el retablo fué un crucifijo de carbón pintado en la misma pared de mano de un fraile que sabía poco de aquello; tenía por cielo, porque no se pareciesen las estrellas por entre as tejas, una mantilla blanca de nuestras camas; la casulla y el frontal eran de una cotonia vieja. Y con poco mejor estado estaba el palacio del Rey.»

Durante muchos años Felipe II pasaba largas temporadas aquí, junto a los frailes. Vivía en casa del cura y solía sentarse en una banqueta de tres pies de un tronco de árbol «porque estuviese con alguna decencia rodeaban la silla con un pañuelo francés, que de puro viejo y deshilado daba hartó lugar para que le viesen por sus agujeros. Desde aquí oía misa y podía bien, porque estaba todo tan estrecho que fray Antonio de Villacastín, que servía de acólito, hincado de rodi-

llas, llegaba con sus pies a los del Rey».

Sentado quizá en esta misma silla, Felipe II visaba y revisaba pacientemente todas las notas y cuentas que a la construcción se referían. Todas las comunicaciones quedaban anotadas al margen de su puño y letra. Cuando las cosas no marchaban mal o las cuentas salían como estaban ordenadas, el Rey se limitaba a escribir al margen «Está bien esto así», pero si las sumas no cerraban bien, su pluma escribía: «El o ellos mienten». Cuando el arquitecto Juan Bautista de Toledo, sin previa consulta, despidió de la obra al aparejador Pedro de Tolosa, enterado el Rey de la pelea escribió a su secretario una nota: «Será menester dar a ambos buenas reprensiones, pero que no sepan que yo me he enterado.»

La causa de los peores y más serios contratiempos fué, sin duda, la falta de medios económicos para proseguir la obra. En cierta ocasión Juan Bautista escribía al Rey una carta poniéndole las cosas en último extremo. Decía el arquitecto que el dinero para la fábrica era tan necesario como el aire y el rocío para las plantas, y que así como la planta se seca sin rocío y sin aire, él se vería obligado a parar las obras si no recibía más ayuda. El Rey, que no estaba ajeno a este estado de cosas, se limitó a comentar la carta con su secretario don Pedro de Hoyos: «Bien filosofea aquí sobre la falta de dinero.»

Hoy, desde estos mismos ventanales y mientras bajo a las habitaciones que se acaban de inaugurar, al tiempo que esta torre vieja, único vestigio de lo que fué el convento provisional y testigo de la humildad y pobreza de los primeros pascs, se ven también el cimborrio y las ocho torres que coronan la grandeza y la majestad del monumento artístico incomparable.

EL DOSEL DEL EMPERADOR

Al salón del Trono se pasa por la antecámara del Rey. A su entrada, una puerta lujosamente labrada, seguida de dobles columnas a los lados, frisos, cornisas, pedestales con otras labores y



Don Pedro Ortega, administrador del Patrimonio Nacional, nos habla.

embutidos de maderas. En un cartel, con números romanos, se lee: «MCLXVII». Treinta y dos metros de longitud por siete de ancho son las medidas del salón regio. Entre los once balcones, ornamentados con cuadros antiguos, se ha visto a colocar la colección de mapas, «de estampa fina y bien colorida», que fué ordenada por Ortelius y constituían, según el historiador, «excelente entretenimiento para caballeros y príncipes». Junto a los mapas, el magnífico «San Cristóbal» de Patinir y «La multiplicación de los panes» de Sandras, que cuelgan de los testeros.

Frente al balcón central, sobre una tarima, se ve la silla de campaña que utilizó Carlos V. En este mismo muro lucen tres antiguos tapices: «La adoración de los Reyes Magos», de origen flamenco, con marcada influencia italiana, y que se contó entre los que el Emperador llevó consigo a su retiro de Yuste. En el centro, «La Pentecostés», con un fino entrelazado de seda plateada y ribetes de oro. El tercer tapiz que adorna el salón del Trono es el zócalo o paño inferior del que llamaban «dosel del Emperador».

Don Pedro Ortega, administrador del Patrimonio Nacional, a quien he saludado mientras recorro las últimas galerías, al hablarme de este último tapiz dice:

—No hay duda de que en un tiempo perteneció a El Escorial. En los inventarios figura la entrega que de él hacía la Casa Real a los padres jerónimos. El conjunto está tejido en Bruselas, en el taller de Pedro de Panemaker, por orden de doña Margarita de Austria, de quien, en el año 1530, lo heredó Carlos V.

—¿Se sabe el autor?

—Es opinión de los eruditos que el cartón es obra de Quintín Metsys, pero no hay seguridad.

Dos lujosos bargueños, algunos viejos sillones y una valiosa colección de cordobanes cubriendo las banquetas, se adosan a las paredes.

EL CARRO DE HENO

Por vez primera la voz serena, pausada del cicerone se ha visto cortada por un acento chapurreado de castellano. Es señor francés que ha preguntado:

—¿Quiere decirme, por favor, a quién representa este retrato?

Comprendo que el guía no lo haya explicado. Todos lo conocíamos. Hasta creo que está en algún manual de historia de los

que estudiamos en la escuela. Pero este caballero es francés y, naturalmente, puede muy bien no conocerlo.

—Perdón, señor. Este retrato de cuerpo entero sobre la cáminea representa, también a Felipe II. Es obra de Antonio Moro, de gran valor iconográfico. Le recuerda con la misma armadura que vistió el día de la toma de San Quintín.

Estamos en el último salón de los seis inaugurados hace poco. Es la antecámara de la Reina. «Las tentaciones de San Antonio» ocupa dos finos tapices, también propiedad de la Corona y que llevan sellada la marca de Bruselas.

—Es posible que «Las tentaciones...» se tejieran sobre cartones de Pedro de Brueghel, seguidor de las fantasías del Bosch.

Un paño central, obra de Jerónimo Bosch, representa un globo y encima, inclinada a la derecha, una cruz. El motivo es el mismo de la tabla central del tríptico colocado en el aposento del Rey Prudente y conocido por «El carro de heno». El guía, con su misma voz pausada, entrecortada, explica el motivo:

—Son los deleites mundanos que los hombres de todas clases pretenden alcanzar.

Fieras, peces, aves, monstruos, toda la fantasía desbordada del Bosch queda plasmada en estos lienzos de la antecámara de la Reina. La bellísima obra de Tiziano «Santa Margarita de Cortona», es broche de oro. Aquí terminan las salas y aquí termina, por hoy, el itinerario de los turistas. No queda ya tiempo para seguir. Al El Escorial hay que llegar siempre sabiendo que hay que volver.

LAS TERMITAS, FRESQUITAS Y COLEANDO

Ya en la puerta del Monasterio, el administrador del Patrimonio Nacional y el padre Ramiro Fineias, director del colegio de San Lorenzo del Escorial, que desde 1885 rigen aquí los padres agustinos, me invitan a dar un paseo por el recinto del Monasterio. Hablamos de la nueva obra que se está realizando en la torre del Prior, recubierta de andamios y de hierros, y, naturalmente, hablamos de las termitas, esas horriguitas de color crema que miden unos ocho milímetros y que le han declarado la guerra a las vigas de maderas del Monasterio.

—¿Todavía existen?

—No quieren abandonarlas. Ellas trabajan siempre en la oscuridad, si no las vería usted en esas mismas maderas que están amontonadas en ese rincón. En la Real Oficina de la Farmacia del Palacio de Oriente puede verlas en el laboratorio. En los marcos de las ventanas que están frente al muro de la iglesia, las que están a Poniente, se ha descubierto hace unos días un verdadero ejército de termitas. Siempre acuden donde hay menos luz.

—Y... ¿las tienen aquí en exclusiva?

—No, no. Hace poco, en la calle de la Montera se derrumbó una casa carcomida por estas hormigas. Se han visto en la Universidad Central, en el caserón de San Bernardo, y en la misma biblioteca del Vaticano parece ser que van constituyendo un peligro. Hay dos clases de termitas: obreros y soldados. Los soldados tienen como un casco negro y son las que dirigen la construcción de galerías y la marcha del ejército devastador. Los obreros se encargan de llevar el polvillo roído a sus graneros.

—¿Cómo las descubrieron ustedes?

—Fué allá por junio del año pasado. El servicio de obras del Patrimonio, al desmontar el chapitel de la torre de la Botica, se dió cuenta que las vigas pesaban menos de la cuenta.

Aquí, los fabricantes de insecticidas pueden tener la palabra. El nombrecito de la hormiga casi se presta a un fácil «slogan» comercial.

De regreso, camino de la estación, recostado en una de las magníficas butacas de estos coches que hacen la línea Estación-Monasterio, oigo la voz de una chica italiana, componente de un grupo de turistas, que en buen castellano me pregunta:

—Oiga, ¿es verdad que El Escorial es la octava maravilla del mundo?

—Pues... sí ¿No lo cree usted así?

—Desde luego. Pero... ¿y cuál es la primera?

Uno casi sintió la tentación de sentirse galante por un momento, pero ¿qué iban a pensar de mí los jardines colgantes de Babilonia, y las pirámides de Egipto, y el coloso de Rodas y el Partenón, el Foro de Alejandría, el célebre Mausoleo, el Palacio del Vaticano? Preferí no inventar una más.

Ernesto SALCEDO



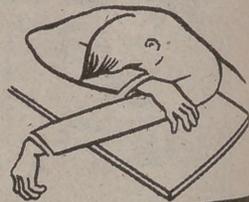
ocasiona

DOLORES DE CABEZA

ANSIEDAD - INSOMNIO

Cálmelos con este

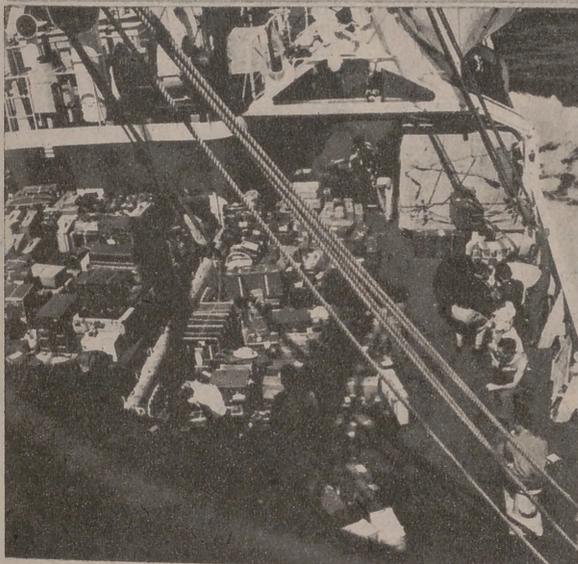
remedio eficaz



**CALMANTE
VITAMINADO**

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR
Y TONIFICA LOS NERVIOS

EL RIO DE LA AVENTURA ARRASTRA A MUCHOS HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS



EMIGRANTES A VENEZUELA

El "Francisco Morosini" es un buque que sabe muy bien las rutas que van del Mediterráneo al Caribe

De cada 100 italianos regresan 70; de cada 100 españoles regresan 50; portugueses no regresa ninguno

EL «Francisco Morosini» es un buque que sabe muy bien las rutas que van del Mediterráneo al Caribe y las que enlazan puertos del golfo de Méjico. Embarca hombres para la aventura americana —más exactamente, venezolana— en puertos de Italia, España y Portugal. El último puerto que toca es el de Santa Cruz de Tenerife. Aquí voy a embarcarme. Lo hacen también los emigrantes canarios. Los es-

pañoles, además de hacerlo aquí, se han embarcado en Cádiz. Los italianos en Génova, Livorno o Nápoles. Los portugueses en Lisboa.

Acaba de amanecer cuando subo a bordo. La isla despierta. Vendedores en los muelles. Ju-

guetes, calados y bordados, paco-tilla mentirosa y relumbrante, que siempre hay ojos que sólo se contentan con un brillo cualquiera. Las tierras que duermen al otro lado de las montañas envían frutos jugosos y maduros para que los viajeros regalen su paladar. A última hora se regatea el precio de la botella de coñac o de jerez.

Todavía hay gente que llora al lado de los hombres dispuestos a

Arriba: Momento del embarque en Santa Cruz de Tenerife, y las maletas sobre cubierta. Abajo: Fiesta a bordo, y ropa tendida, como en un patio de vecindad



arrima al barco. Las hélices hacen remolinos blancos y azules. Los italianos cantan a coro canciones napolitanas. Acordeones. El pico del Teide se deja ver por detrás de las montañas. La proa de la nave deja atrás el muelle. La ciudad blanquea y se dora al sol naciente. Después, la costa tinerfeña del Sur, yerina y blanca. Después, el faro de Punta Restinga, en la isla de Hierro. Después, el mar...

LA VIDA EN EL BARCO

La Dirección General de Trabajo, a través del Servicio de Emigración, facilita asistencia médica y ejerce inspección de las instalaciones y tutela del emigrante durante la travesía hasta dejarlo en puerto. Para ello es preceptivo que lleve a bordo médico, practicante, enfermero o enfermera y camareros.

Como los emigrantes que lleva el «Francesco Morosini» están constituidos en su mayoría por italianos, portugueses y españoles, lleva el personal necesario para que todos puedan ser atendidos debidamente.

Además del comisario administrativo, el buque lleva un comisario gubernativo, que es el representante del Gobierno italiano a bordo. Va también un médico de la misma nacionalidad. Un comisario y un médico portugueses cuidan de sus compatriotas, y un médico español asume en este viaje, además de sus funciones sanitarias, la de inspector de emigración a bordo.

Ningún buque dedicado al transporte de emigrantes puede hacerlo si antes las autoridades de Marina y Emigración, previa inspección, no emiten informe favorable de que la nave reúne todos los requisitos que la ley de Emigración exige.

Ya a bordo, el emigrante cuenta con asistencia médica y farmacéutica gratuita durante todo el viaje. Acude al consultorio a las horas fijadas para ello; pero el servicio de urgencia es permanente.

El equipo de ropa que se le entrega se compone de dos sábanas, funda de almohada, una manta de lana y una toalla.

Es natural que existan una disciplina y un horario, ya que, de otra forma, no sería posible una buena organización, dado el crecido número de los pasajeros que componen la clase de emigrantes. Van varios centenares en este viaje.

A las siete de la mañana es preciso desalojar cabinas y dormitorios para proceder a su limpieza, trabajo que, naturalmente, realiza el personal de a bordo. Los locales se desinfectan periódicamente. Se les advierte a los emigrantes que cuiden de no dejar puertas abiertas para que no batan a causa del movimiento del buque y de cerrar debidamente los grifos.

Los juegos de azar están prohibidos y se vigila para que la prohibición sea efectiva. Igualmente, está prohibido fumar dentro de los camarotes. Están tomadas todas las precauciones para casos de incendio, y durante la travesía se les ilustra sobre el modo de usar los salvavidas. Se hacen ejercicios de hombre a agua y de abandono del buque.

En estos ejercicios participan tripulantes y viajeros en general, y con los salvavidas puestos es preciso colocarse al lado del bote que a cada cual corresponde. En este viaje se han realizado dos veces estos simulacros.

Después del desayuno las cubiertas se pueblan. Se forman grupos y tertulias. Orquestas completan van de proa a popa, como en animada parranda. Los italianos son los más alegres, y a su cargo corre el dar conciertos, animar a los cantadores y organizar bailes. Durante el día se divierte cada cual como mejor puede, y por la noche hay función de cine, a la que asisten todos los viajeros.

En las cubiertas de popa se monta una piscina, y durante el día el agua se renueva dos veces. En este viaje el Comando y Comisariado del buque han organizado competiciones deportivas, pruebas de habilidad y sorteos gratuitos, con valiosos premios para los vencedores y los afortunados.

El agua potable está refrigerada, y la destinada para lavado y duchas, esterilizada. Hay lavaderos en las cubiertas y planchas eléctricas instaladas para el uso de los emigrantes. Siempre hay hombres y mujeres en los lavaderos, y a muchos hombres he visto luchando con el cuello de la camisa o con la rebelde raya del pantalón.

La ventilación de alojamientos, por «hublots» y extractores, es constantemente vigilada por el médico, el que también interviene, en colaboración con el comisario del buque, en la preparación del menú y en la inspección de la comida.

Y ya que hablo de comida, no estará de más recoger, en líneas generales, el menú de a bordo. Desayuno: Pan, mantequilla y café con leche.

Almuerzo: Entremeses; plato a base de macarrones, arroz, garbanzos, judías o potaje; carne o pescado con patatas, fruta y café. Vino, un cuarto de litro por persona en cada comida.

Cena: Sopa o potaje, carne o pescado. Si la temperatura es muy alta, cosa natural en el trópico, el segundo plato de la cena se sirve frío, y consiste en embutidos variados, lengua fría y ensalada. De postre, helado y dulce.

Con el médico he visitado los dormitorios de hombres y he presenciado el reparto de comida y servicio de comedores. Dado el número de emigrantes que lleva el buque, hay dos turnos para comer, y entre uno y otro se hace la limpieza completa del comedor desde las mesas hasta los pisos.

No sólo por la acción tutelar de las leyes, sino por el decidido interés que a bordo ponen todos en cumplirlas, la triste historia del emigrante, en lo material, ha cambiado de faz. Lo que a su intimidad pertenece es otra historia. Las condiciones materiales han cambiado y ya no mueve a compasión este hombre que deja atrás sus orillas. Conmueve en otro sentido. Pero ésta es también otra historia. Quisiera saberla contar.



Coros y acordeones animan las horas nostálgicas de la travesía



El médico español, rodeado de emigrantes, al llegar a La Guaira



El comandante del «Francesco Morosini» repartiendo los premios

la marcha. Mujeres viejas y jóvenes que disuelven su ternura en lágrimas. Niños que no saben lo que está pasando.

Las cosas grandes comienzan con aparentes menudencias. La escala del buque suena, al golpe de los pies, como un xilofón sin melodía. Los hierros de la borda están fríos, y la mano que los toca tiembla. Ruido agrio de grúas y chigras. Jarcias tensas y cabos anudados. Humo negro, gritos de la sirena del buque. El aire es tibio. Se sueltan las amarras. Un remolcador panzudo se

LA TENTACION DE LA AVENTURA

El «Francesco Morosini» es una gran escuela para estudiar tipos: centroeuropeos herméticos, italianos desbordados, portugueses silenciosos, españoles de a mal tiempo buena cara. Pero españoles que arrastran la geografía diversa al estremecido de la aventura. Aquí puedo decir, sin que me arrastre el tópico, porque las cosas están bien patentadas: gallego y melancolía, andaluz y locuacidad, madrileño y gracejo, castellano y sobriedad, levantino y sosiego, canario y equilibrio. Después, esa otra geografía marginal, que tanto importa: árabes y hebreos del Marruecos español que hablan nuestra lengua.

Y, por otro lado, el negro mirar de los jordanos, que llevan toda la familia a cuestas. Y hay uno que es de Jerusalén, y que fué capaz, desde tan lejos, de snifar el destello del bolívar.

A todos les ha tentado la aventura. Para partir ha habido necesidad de romper cordiales ataduras y deshacer todo un andamiaje levantado trabajosamente. Cada hombre que parte es algo muy valioso que se le resta a la patria de origen. Hacer hombres no es una empresa sencilla. Perderlos es algo que debe mover a serias reflexiones. Pero lo cierto es que el río de la aventura arrastra a muchos hombres, mujeres y niños.

Más de una mujer va a tener su nuevo hijo en las nuevas tierras: a sembrar sangre sobre el nuevo surco, a saber cómo duele la carne bajo otros cielos. Porque es sangre la que se trasvasa entre los dos Continentes, no sueños e ilusiones solamente, sino cuerpos y almas de hombres, de mujeres y niños.

Más la tentación de la aventura tiene su estadística, sus cifras deshumanizadas. En los dos últimos viajes de este buque han marchado a Venezuela unos 160 españoles, distribuidos en la siguiente forma por profesiones:

Profesiones liberales	2 %
Agricultores	70 %
Empleados	10 %
Mecánicos	4 %
Carpinteros	3 %
Electricistas	3 %
Conductores	5 %
Otras profesiones	3 %

No están incluidas las mujeres, para las que reza: Profesión, su casa. Ni los menores, cuya aventura precoz se explica con un sencillo: aprendiz.

En cuanto, al estado civil de los que se marchan, el porcentaje es el siguiente:

Casados	45 %
Solteros	55 %

Por edades:

Entre los doce y los veinte años	15 %
Entre los veinte y los treinta años	50 %
Entre los treinta y los cuarenta años	30 %
De más de cuarenta años	5 %

¿Se quedan todos los que se van?... Dispongo de datos muy incompletos y no podré obtener

los directamente a la vuelta porque el «Francesco Morosini» va a Jamaica a hacer un cargamento de negros con destino a Europa. Europeos a América, negros a Europa... Bueno, es posible que hable de esto después de pasar por Jamaica y de hacer el retorno con la expedición de negros.

Digo que por los datos que me manejado con relación a los que regresan a Europa después de la aventura americana, se deducen consecuencias que valdría la pena meditar alguna vez. Veamos: De cada 100 italianos regresan setenta, aunque muchos repiten la aventura; de cada 100 españoles regresan 50 (mujeres, sólo una de cada cien); portugueses no regresa ninguno.

Según un informe que me merece suficiente confianza como para referirme a él, pasan de cien los repatriados mensualmente por medio del Gobierno español. ¿Se ha pensado en ello? ¿Se ha clasificado a estos hombres por profesiones? ¿Se han investigado las causas de su fracaso?

La aventura, despojada de su arrebatado y de su fiebre, queda reducida a un trasiego de ilusiones y de fracasos. Pero de ello habló Cervantes, y con sabiduría, en el «Coloquio de los perros». El hombre va con el hombre.

LA LARGA TRAVESIA

Son cientos de hombres sobre el mar, contenidos por la borda del buque, desparramados por las cubiertas. A medida que se avanza por el trópico el calor se hace pegajoso, denso, y los cuerpos se desmadejan y fatigan. Son muchos días de navegación. Mucho mar, mucho sudor. Se disputa por cualquier cosa. Se han matado días y días a inofensivo golpe de naipe, se ha agotado el repertorio de las orquestas, se han inflado y desinflado muchas veces los acordeones. Se ha hablado ya todo lo que se tenía que hablar, y las confidencias no van a estar repitiéndose una y otra vez.

Los últimos días están dominados por una irritación de carácter que acentúa el trópico, por un desasosiego que alimenta la impaciencia. Como descubridores a destiempo, cientos de hombres otean los horizontes. Cualquier cosa llama la atención: el delfín, el pez volador, las algas flotantes, las primeras aves. A proa va siempre algún hombre solitario y melancólico que no hace más que ver cómo el tajarar abre el azul. A la popa van los fatigados, los que saben cosas que no tienen interés en contar.

Cuando una mañana se enteran que se navega por el Caribe, que Barbados ha quedado atrás, que a mediodía se avistará Granada, de las Pequeñas Antillas, vuelve la calma a bordo. Vuelven a sonar los acordeones y a organizarse los coros. Se apresura el lavado y planchado de ropa. Ya falta menos para el final.

Un amanecer se divisa, por fin, la costa americana. Avanzado en el verde Caribe se divisa «El

Centinela», roque que vigila la costa venezolana. Aquella costa que va subiéndola, azul y vaga, es ya tierra nueva, el término de la aventura por ahora. Quedan escasas horas. Entre las olas verdes nadan cinco tiburones.

LA LLEGADA

La mañana, a bordo, está tensa de conversaciones y gritos. Hay quien calla y mira a la cercana orilla. Las nubes son inmensas y el amanecer las embellece. Una geografía poderosa se multiplica en repliegues, y una vegetación desenfadada baja desde las montañas hasta las orillas.

Movimiento a bordo. Los altavoces del «Francesco Morosini» difunden por el buque las últimas instrucciones. Entre los emigrantes—esos sencillos agricultores—los hay tan cándidos que ignoran lo que es una aduana. Gente, en parte, en estado de inocencia, con lenguaje de gente sin letras y lógica de tranquilos campesinos.

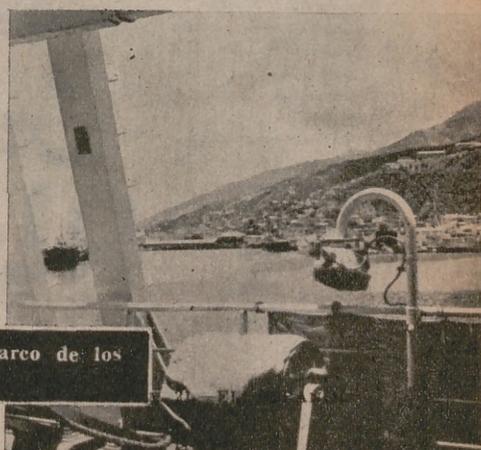
El buque, después de graciosa maniobra frente a los muelles de La Guaira, se dispone a dejar esa carga palpitante que ha cuidado durante la travesía. Quema el sol, el aire es la boca de un horno, la atmósfera está atravesada como por chorros de vapor. La ropa se pega a la piel.

Costó mucho preparar el viaje. Como a la salida, Policía, autoridades y funcionarios de la inmigración. Trámites de pasaporte. Uno a uno, uno detrás de otro, lentos, sofocados. Los niños siguen sin entender. Papeles en las manos, etiquetas en las maletas y bultos, con números, con nombres, con un letrero: «Inmigrante». Se marca el ganado. Se le cuelgan etiquetas, al hombre, en la solapa; a las mujeres, en el pecho. Números, letreros, etiquetas, sellos, estampillados: Inmigrante. La casta de los centauros ha quedado en eso.

Por la escalerilla van descendiendo hombres, mujeres y niños. Gritos de tierra al buque, y de éste a la tierra. Hay quien espera y quien saluda. Ahora comienza la aventura. Y comienza con números, con letreros, con etiquetas, con sellos, con estampillados y con un letrero: «Inmigrante».

Camino de Caracas, con una delicia de aire en la cara, uno iba pensando en esas cosas que no sabe decir. Cosas de esos hombres, de esas mujeres, de esos niños. Allí se quedaron con sus maletas, con su sorpresa, con su ansiedad.

Luis DIEGO CUSCOY
(Fotos del autor.)



Vista de La Guaira desde el barco de los emigrantes

CONTABILIDAD NACIONAL

Por Juan Antonio ORTIZ

La contabilidad nacional es una exposición en forma cuantitativa del conjunto de la economía de un país. Su técnica consiste (expuesta de manera muy somera) en dividir en varios sectores la economía del país, dentro de los cuales se agrupan todos cuantos intervienen en las transacciones económicas. A su vez, para cada sector se abren un cierto número de cuentas. Todas estas cuentas, en sistema de partida doble, recogen en su Debe y Haber, por partidas significativas, los movimientos o corrientes monetarias habidas entre las distintas cuentas de todos los sectores. La elección del número de sectores y cuentas depende fundamentalmente de la calidad y cantidad de los datos estadísticos de que se disponga que permitirán un mayor o menor detalle. Así por ejemplo, en el «rapport» del profesor Richard Stone, que fué aceptado por un Comité de expertos de las Naciones Unidas en el año 1947, se enumeran los sectores de: empresas productivas, intermediarios financieros, instituciones de seguro y de seguridad social, consumidores definitivos y resto del mundo. En otro trabajo de las Naciones Unidas sobre contabilidad nacional, dirigido preferentemente a países poco desarrollados, se proponen sólo tres sectores: empresas, unidades familiares y gobierno general. Como cuentas para cada uno de los sectores se indican en este segundo caso las de producción, consignación, conciliación de capital y transacciones con el exterior.

Como se trata de una contabilidad en sistema de Partida Doble, toda partida figura en el Debe de una cuenta y en el Haber de otra. Así se establece un enlace que permite apreciar de forma sistemática, la interrelación entre los distintos sectores y también por simple suma, de las partidas oportunas, obtener datos macroeconómicos de

gran interés nacional, tales como renta nacional, renta interior, producto bruto, producto neto, etc.

No hará falta insistir mucho, para hacer ver la ayuda que una contabilidad nacional ofrece para la mejor dirección de la política económica de un país. Todos los países son hoy intervencionistas en materia económica en mayor o menor grado y, reconocido esto, cualquiera que sea lo que se pueda opinar sobre si es o no conveniente, habrá que aceptar que cuanto de más datos se disponga, más fácil será acertar en el camino a seguir. Ha pasado la época, si es que existió alguna vez, de los arbitristas, de los que operan por «intuición». Una política económica que quiera ser eficaz debe, partiendo de un conocimiento lo más exacto posible de la situación actual, prever las medidas a tomar por consideración de los efectos que van a producir, y esta formulación sólo cabe si se dispone de información suficiente sobre los datos económicos actuales y su interrelación. Cualquier resolución en un campo concreto: producción, comercio exterior, impuestos, obras públicas, etc., exige una previa consideración de sus efectos en otros sectores del complejo económico nacional por las influencias recíprocas existentes entre todos ellos. Información y datos de esta clase son los que se obtienen más fácilmente cuando se dispone de una contabilidad nacional. Los planes nacionales de inversión y empleo, en marcha hoy en muchos países tienen en la contabilidad nacional la base más idónea para el establecimiento de sus previsiones y señalamientos cuantitativos de fines.

* * *

Como se apreciará fácilmente de lo dicho al principio, la contabilidad nacional no es otra cosa que la exposición en forma adecuada y conjunta de una serie de datos estadísticoeconómicos. Descansa en éstos y si faltan no puede confeccionarse. Precisamente las dificultades de realización de la contabilidad nacional no son otras que las inherentes a la disposición de datos suficientes. Nuestra situación a este respecto no es muy halagüeña, desde luego, no por culpa del Instituto Nacional de Estadística, que está realizando un gran esfuerzo, que cristaliza en una labor muy encomiable, no obstante los obstáculos con que tropieza. Nos queda un largo camino antes de poder disponer de datos para una contabilidad nacional de calidad, pero independientemente de esto y con los medios de que disponemos se podía empezar a caminar aun a sabiendas de que lo que se consiga al principio no será perfecto ni mucho menos. El simple planteamiento de la cuestión llevará al estudio obligado de una serie de problemas concretos, de los que podrían resultar datos e informaciones parciales de un interés extraordinario y también un repertorio bien hecho de los datos más importantes e indispensables que hoy nos faltan para una contabilidad nacional, repertorio que podría convertirse en el programa de urgencia a ejecutar en cuanto a estadísticas económicas. Podría señalarse como primer objetivo la evaluación por métodos directos de nuestra Renta nacional, anunciada ya en 1945 por el Consejo de Economía Nacional y que hasta ahora no ha hecho por causas, desde luego, ajenas al Consejo.

Si no hacemos esto o algo parecido, además de privarnos de un instrumentos económico de eficacia probada, iremos quedando relegados dentro del grupo cada vez más pequeño de los países que no disponen de contabilidad nacional. La O. N. U. le ha dedicado un interés especial a través de varias publicaciones que no vamos a recoger aquí y también la Organización Europea de Cooperación Económica la ha señalado con preferente atención, llegando a la publicación por bastantes de las naciones que la componen de sus métodos de confección, para conocimiento de todos y para intentar llegar a ideas comunes sobre el particular.

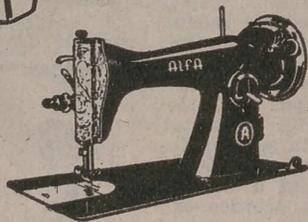
La inquietud sobre esta cuestión existe en España desde hace algún tiempo. Convendrá citar por su labor sistemática al grupo de economistas que colabora en el diario «Arriba», que precisamente no hace mucho tiempo ha publicado una serie de artículos sobre la materia. Creemos fundamentalmente que la contabilidad nacional es un instrumento económico de grandísimo interés nacional y que todo cuanto se haga para su consecución rendirá provecho muy elevado a nuestra economía.



...do ALFA todo su rendimiento

Como usted mismo, esta mujercita esquimal cose para su familia empleando también como usted, una ALFA.

ALFA la super máquina de coser y bordar se impone por sus inalterables cualidades siendo conocida hoy por las mujeres del mundo entero



ALFA

LA MAQUINA DE COSER Y BORDAR
FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO

ESPINOSA DE LOS MONTEROS

UN PUEBLO EN EL QUE TODOS SON HIJOSDALGOS



EN TIERRAS DE LAS ANTIGUAS MERINDADES DE CASTILLA

DESPUES de atravesar los cinco kilómetros de la cuesta de la Mazorra, colgada sobre los increíbles precipicios del valle de Valdivieso, donde se crían las mejores cerezas de España, se empieza ya a sentir la impresión de adentrarse en el corazón mismo de la Castilla medieval. Más adelante, las torres de Medina de Pomar, y al fin un crucero en el que se bifurcan tres carreteras: Bilbao, Burgos y Espinosa de los Monteros, villa a la que el primer Conde Soberano de Castilla, Sancho García, le dió el privilegio de que los hijos de Espinosa fueran guardianes de su persona, privilegio que se mantuvo siempre en vigor.

En esta parte septentrional de la provincia de Burgos, necesariamente fenece el tópico de una Castilla yerma. Aquí por ninguna parte hay paramera, sino terreno quebrado, gigantes lomas, agua surcando la tierra en innumerables venas plateadas, y la arboleda como un cinturón verde, como un abrazo feraz y ubérrimo en torno a los bellísimos y pintorescos paisajes de Espinosa y del valle de Mena.

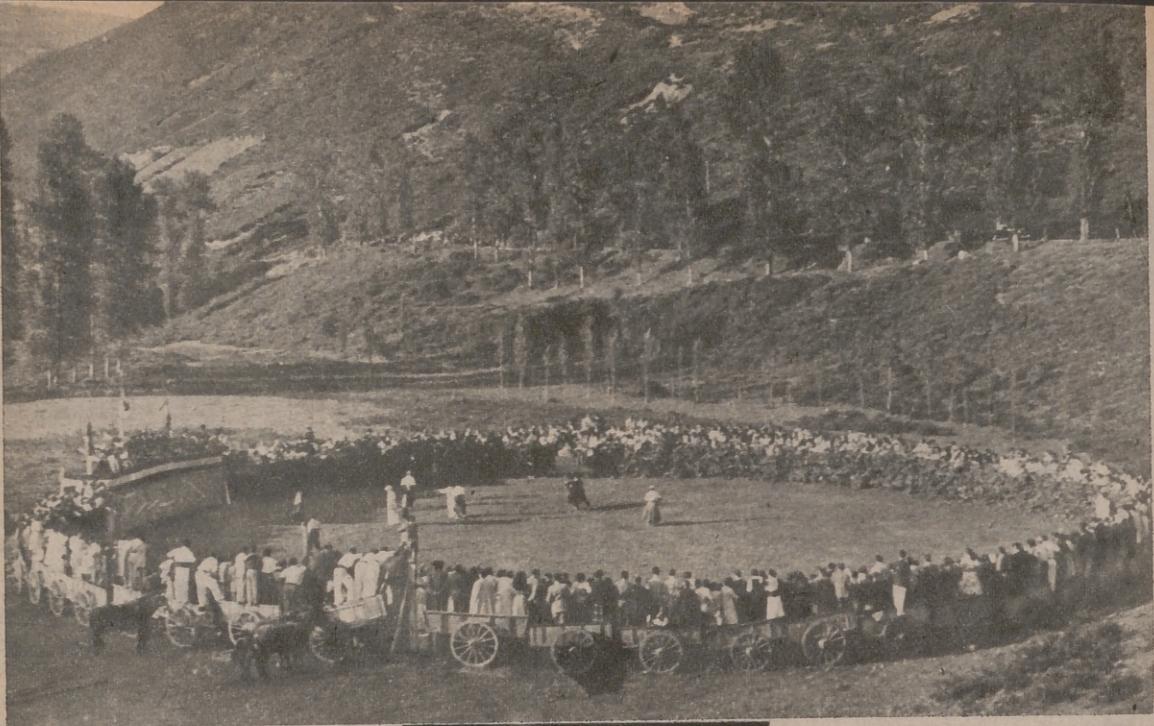
Por estas tierras todo el mundo os hablará de los Condestables, y cualquier labriego sabe la Historia de España, oída de generación en generación, con tanta propiedad como un erudito:



Junto a las edificaciones medievales, los modernos chalets.—
Arriba: Vista general de la pintoresca villa burgalesa de
Espinosa de los Monteros

—Está usted en tierras de las antiguas merindades de Castilla. —os dirán con satisfacción, como si, a despecho de los siglos, aun sintieran el orgullo de los privilegios concedidos a los castellanos por leales y valientes.

Y una recuerda: Merindad de Montija, merindad de Satoscueva, merindad de Valdeporres y, en medio, Espinosa, en cuya Plaza Mayor, de arcadas seculares, desciende de un coche de línea a las diez de la noche. Al fondo de



Una becerrada; la plaza, formada con carros, al pie de los montes

la plaza, la iglesia parroquial, de traza románica, y sobre ella, recortándose en el cielo, la estatua en gran tamaño de Santa Cecilia, Patrona del pueblo.

Es corriente imaginarse a Espinosa como una villa dormida; pero la sorpresa no tiene límites, porque este rincón de Castilla, en este momento y en esta noche, encauza un tráfico de gente a la moderna. El viejo empedrado de la plaza y el rótulo en el que campea: «Plaza del Conde Sancho García», adquiere un nuevo sentido.

—¿Hay alguna fiesta? ¿Qué pasa?

—No, nada. Son los bilbaínos—me contestan.

—¿Y qué hacen aquí?

—Veranean, y en el invierno vienen a esquiar a nuestras pistas. Ahora en verano, a Espinosa le llaman El Escorial del Norte.

RUMBOSOS CON EL FORRASTERO

Y esto explica las casas de varios pisos con sus llamativas muestras: «Hotel de las Nieves», «Hotel Bilbao», «Fonda de Ramona», «El Resbalón», «Casa de Sandalio», pero en ningún sitio, ni siquiera en casa del buen sacristán, que también tiene pensión, encontrará el forastero donde alojarse si no ha perdido habitación de antemano. Sin embargo, no faltará al fin una cama en una casa particular y comer en cualquiera de los hoteles citados, que todos tienen restaurante. ¡Y válgame Dios cómo se come en Espinosa! Y es que la abundancia reina en todos los aspectos en este pueblo.

—Aquí nos permitimos el lujo de no matar más que terneras de leche—me dice el dueño de la carnicería «Luchy».

Y luego, si se pide un café, le servirán un café auténtico por el irrisorio precio de 1.60, pero no en la barra, sino cómodamente sentado. O si se le ocurre pedir una ración de aceitunas en el bar de la Unión, María Eugenia, una de las cuatro hijas de los dueños, os servirá dos raciones, una de

rellenas y otra de manzanillas, para que las pruebe sin tasa y después decida con cuál se queda. Y es que los espinosiegos saben ser siempre rumbosos y acogedores. Tanto, que en estos bares que se abren a la plaza, como Casa de Feliciano, el bar Mena y este de la Unión, los veraneantes se sientan bajo las sombrillas de las puertas, a cualquier hora, y si se acercan a servirles dirán:

—No, ahora, no. No deseamos nada. Sólo tomar el fresco.

Y se pueden quedar tranquilos, porque no habrán molestado en absoluto sus respuestas. Claro que luego las meriendas y las consumiciones son abundantes, pues la gente que ha estado por la mañana bañándose en el río y en excursiones, la tarde la dedican a jugar y a conversar en animadas tertulias. Las señoras juegan, como en todas partes, a la canasta; las chicas jóvenes (es divertido verlas), al infantil juego del parchís, y los caballeros, al tute y a la escoba, juego que está aquí ahora muy de moda. Y desde luego, casi todos los veraneantes se pasan el día con sus máquinas fotográficas tomando todas las bellezas naturales de los alrededores, y la preocupación constante en dilucidar que quién es mejor aficionado y cómo responden las respectivas máquinas. Ahora que la palma en máquina se la lleva el señor cónsul del Uruguay.

Los días de fiesta hay tres sesiones de cine. En estos días la plaza de Sancho García se llena de una animación popular y de puestos de unos churros especiales que me recuerdan a los tejeringos de mi ciudad natal. En los soportales del Ayuntamiento, a los que se llama «Audiencia», bailan desde las seis hasta las diez los mozos y las mozas. La pieza que más hacen repetir es el pasodoble «Canarias». Por la noche una pequeña banda recorre las calles anunciando la ver-

benza del Frontón en honor de los veraneantes. Después, hasta la alta noche, el aire traerá desde el frontón los modernos compases de la orquesta. Yo, que no he asistido oigo la música entre sueños junto con esas campanadas de bella sonoridad del reloj de repetición del Ayuntamiento.

PUEBLO DE TRAFICO

Tendida en la falda de la sierra de Somo, a Espinosa parecen oprimirla las cumbres de la Herbosa, la Sía, el Pico de la Cruz y la Cola del Caballo. De día, la vista de estos montes son un regalo para los ojos. De noche semejan erguidos gigantes que guardasen la villa. En estos montes, cuando la Guerra de la Independencia, se libró tan famoso y encarnizado combate, como revancha francesa al triunfo español de Bailén, que en París, en el Arco del Triunfo, entre los hechos de armas napoleónicos está consignada la batalla de Espinosa de los Monteros. En este combate perecieron heroicamente, con el grueso de sus tropas, dos generales españoles.

Pueblo este de 3.500 habitantes, por una razón u otra siempre lo duplica. Tiene ferrocarril con Burgos y Bilbao, pero su servicio más rápido son los coches de línea que la unen diariamente con estas dos importantes capitales. Como limita casi con Vizcaya y es paso para la provincia santanderina, siempre está su Plaza Mayor con el tráfico y ajetreo de camiones, «rubias» y coches particulares, así como de los autobuses de las Empresas Uriarte y «La Estrella». Por aquí pasan desde Reinos, atravesando las Estacas de Trueba, efectos de la Constructora Naval para los astilleros de Bilbao. Y por aquí pasan también en esta época los camiones con la chiquillería azul del Frente de Juventudes de Vizcaya, que tienen sus Campamentos de verano en el espinosiego monte Edilla, paraje de tal belleza que merece reclamar para sí y sus conforos el «slogan» de «la Suiza española». El Patrimonio



Pistas de esquí en el monte de La Sía, próximo a Espinosa

Forestal del Estado ha instalado en estos montes un vivero, y al mismo tiempo está llevando a cabo una intensa labor de repoblación en todos los terrenos de esta zona susceptibles para ello. A las cuadrillas de obreros extremeños y andaluces del Patrimonio les han habilitado un enorme caserón en Bárcena. Allí se alojan, al lado mismo de su tajo de trabajo, y a Espinosa bajan los días de fiesta y los de cobro. Pero los «jeeps» del Patrimonio cruzan constantemente las calles.

—Son los forestales—se oye decir.

Efectivamente, son los equipos de ingenieros, ayudantes, delineantes y chóferes, que dan aun más animación a Espinosa y que se hospedan en el hotel Bilbao. A Mary, la dueña, y como muestra de simpatía por el buen trato que reciben en el hotel, la llaman ellos «la madre del Patrimonio». Los días de pago a los obreros se forma «cola» arte la casa de Correos. Girós de 2.000 pesetas y de 2.500 se mandan a las familias. Como yo me extrañara de esto, un malagueño me explicó:

—Es que hacemos horas extraordinarias, y así salimos muy bien. Nos guisan en la casa que tenemos en Bárcena y damos un tanto por la comida. Después nos quedamos para fumar, para venir al cine los domingos y tomar una copa, y lo demás lo mandamos a casa.

NOSOTROS SOMOS NOSOTROS

Cualquiera que llegue a Espinosa, aunque posea muy poco don de observación, pronto se dará cuenta de la extraordinaria personalidad de los espinosiegos. Son gentes de inteligencias despiertas, siempre negociantes sagaces, con una desconcertante agilidad física, que ejercitan en la caza y en la escalada. Aquí un muchachuelo cualquiera trepará hasta el pico de Castro Banderas, a 1.700 metros, en un santiamén, y después se quedará tan tranquilo.

—No hay quien pueda competir con ellos. Son esquiadores desde que nacen. En invierno se lanzan por las pistas a unas velocidades increíbles. Se hacen los esquís de madera de toneles viejos, y, sin embargo, nos dejan atrás a nosotros, que venimos equipados con todo lo más moderno—me dice Reguera, del Club Deportivo de Bilbao, que se encuentra aquí en estos días.

—Hemos conservado en toda su pureza las cualidades de los iberos. También fuimos a las Cruzadas, y en cuanto a leales no hay quien nos gane. Por eso fuimos monteros y velamos el sueño de la Reina Católica y hasta de Carlos V, aunque no querían sus nobles flamencos. Nosotros siempre somos nosotros—me explican espinosiegos de fuste.

—Desde luego, no nos cambiamos por nadie. En este pueblo somos felices completamente—interviene Juan Gutiérrez de Zorrilla y Martínez de Septién una de las personas más cordiales del pueblo, y que, por cierto, dice con muy buen humor que va a tratar de quedarse sólo con Gutiérrez y Martínez, porque es más cómodo.

«No nos cambiamos por nadie». «No deseamos nada». Esta es la muletilla que se oye por todas partes. Hasta el señor Rafael, el carbonero de la estación, después de obsequiarme con un ramo de flores de su jardín, me dice:

—Yo me considero el rey de la antracita. En Espinosa vivimos en la gloria. Tenemos todo lo que nos hace falta.

Ya que he nombrado a Juan Gutiérrez de Zorrilla, diré que forma parte del grupo de solterones que son el alma de la villa para todo deporte y animación. Y al grupo pertenecen Norberto Solana y Jesús Martínez de

Septién—«Chuchi» para todo, el pueblo—. A «Chuchi» no hay quien le gane en la caza, en la pesca ni como esquiador. El año pasado salvó con otros cinco del pueblo, aun con riesgo de sus propias vidas, a una familia sepultada por la nieve en una aldea de las cumbres. Y es que los espinosiegos, en cuanto llegan las grandes nevadas que afectan a estas montañas, se aprestan con los equipos de salvamento a recorrer los parajes habitados que puedan estar en peligro.

También solterón es el excelente pintor Luis Gutiérrez Solana, con el mismo apellido que el ilustre don José, y que, como caso curioso, tiene instalado su estudio en lo que aquí llaman «la torre ilustre», que es un paluarte medieval que perteneció a los Condestables y que servía para hacer señales con las torres de Medina de Pomar y con tierras de Valdeporres. Luis hace todos los años viajes a París y Madrid para ver lo que se pinta.

LOS MONTEROS DE ESPINOSA

—¿Y por qué tiene todo el mundo aquí apellidos compuestos?—pregunté una tarde en que



Zaguán de uno de los palacios de Espinosa

hablábamos de Historia a don Hipólito Villasante, persona de gran erudición, registrador de la Propiedad en Villarreal y que pasa ahora sus vacaciones en Espinosa, su tierra natal.

—Pues porque aquí todos somos hijosdalgos. Tanto los que tienen estudios y conservan su patrimonio como los que decayeron. Observe apellidos ilustres en los dueños de un bar o de un pequeño y humilde comercio.

Y es verdad.

—¿Y cómo se vive tan bien?

—Pues porque aquí no hay ni siquiera minifundios. Todo el mundo es propietario—interviene ahora don Leonardo Sainz de Baranda, sobrino del que fué famoso Alcalde de Madrid con el mismo apellido.

Don Leonardo es en la actualidad diputado del Cuerpo de los Monteros de Espinosa.

En Espinosa quedan ahora cuatro monteros: don Hipólito, el marqués de Hazas, don Leonardo y don José María Bermejillo. Los demás son hijos de monteros, como «Chuchi», cuyo padre don Zacarías Martínez de Sepián, estaba de servicio la noche del 14 de abril de 1931 y, por tanto, fué el último montero que hizo guardia en la antecámara real. A los monteros de Espinosa se les definió desde siglos:

*Valientes y leales castellanos
que velan por el Rey de las Cas-
tillas.*

Este privilegio de guardar la real persona durante el sueño fué concedido sólo a los hijos de Espinosa y data desde el año 1010, sin que jamás fuera derogado. La Reina Católica dividió los turnos de guardia en tres: la hora de prima, que terminaba a las doce de la noche; la de mediodía, que duraba de doce a cuatro de la madrugada, y la del alba, o sea de cuatro a seis. Cuando Carlos V llegó a España traía para su particular custodia unos nobles servidores que titulaba «archeros de Borgoña»; pero los espinosiegos se opusieron a que guardasen al Rey otros que no fueran ellos. Sostuvieron ahincadamente su exclusivo y privativo derecho, y al fin el Emperador tuvo que acceder. Es más, vencido por la lealtad de los monteros, les concedió el derecho de que llevasen sus armas en la charretera, que desde entonces lucieron en el hombro del uniforme. Felipe II les distinguía de tal manera, que durante su en-

fermedad en El Escorial quiso que, aun en contra del reglamento, que prescribe sólo la guardia de noche, estuviesen también de día los monteros a su guarda y servicio.

Felipe IV encargó la crianza y educación del segundo don Juan de Austria al montero Velasco, y aquí se conserva el palacio donde se crió Don Juan, como ya contaré más adelante. En las cónicas se habla de los monteros diciendo «que pocos se podían gloriarse de ser tan leales y bien nacidos». Y en otro documento se afirma que si los monarcas de otros países morían a veces asesinados en sus propios palacios, era porque no tenían para su guarda, como el Rey de Castilla, a los cachorros de Espinosa, siempre dispuestos a defender con sus armas y su vida la de su Rey.

Para ser monteros sólo se les exigía ser hijos de Espinosa, tener limpieza de sangre y honradez y no pertenecer a oficios serviles o de delantal. Por ejemplo, podían ser monteros del Rey un hombre que labrara el campo, pero no un carnicero o un zapatero.

Pero el origen de los monteros se basa en una trágica leyenda. Muerto el Conde Garcí Fernández a consecuencia de las heridas que recibió luchando contra los sarracenos frente a Alcocer. Le sucedió su hijo Sancho García, que gobernó Castilla como Conde Soberano. La viuda de Garcí Fernández y madre de Don Sancho, Doña Aba, era todavía joven y muy bella. Según las caballerescas y extrañas leyes de guerra de aquellos tiempos, el Conde Sancho García hacía treguas de paz con su adversario el rey moro de Córdoba, Mohamed Almonadío, que había llegado con sus huestes hasta San Esteban de Gormaz. Comieron juntos una vez el caudillo cristiano y el musulmán, con sus séquito, y durante esta comida un amor loco prendió en la madre del Conde, allí presente, y en el rey de Córdoba. Desesperados por aquel amor imposible, Mohamed pidió a Doña Aba que matase a su hijo y así se podrían querer sin que nadie lo estorbase. Y ella obedeció, no vacilando en preparar un veneno para Don Sancho, dando al moro la señal de que, cuando el río llevase gran cantidad de paja, podía venir a buscarla, pues ya su hijo habría

muerto. Una doncella de Doña Aba contó los planes de su señora a un escudero llamado Sancho Peláez, natural de Espinosa, el cual corrió a avisar al Conde. Apresuradamente fué éste al encuentro de su madre y le pidió algo de beber. La misma Condesa trajo una copa llena y se la ofreció a su hijo, y entonces éste se la obligó a beber, cayendo muerta Doña Aba. Se echó la paja al río, según la señal convenida, y el rey moro avanzó con sus tropas, siendo aniquiladas por los castellanos, que les esperaban y que hicieron huir hasta Córdoba a Mohamed Almonadío. Según la leyenda, dicen que el Conde se volvió a su escudero y le dijo:

—Leal me fuiste, Sancho Peláez. Desde ahora tú guardarás mi sueño. Y que guarden también los hijos de Espinosa en los siglos venideros el sueño de todos los Monarcas que Castilla tenga.

Desde entonces el privilegio se mantuvo en vigor. Y se les llamó a éstos leales espinosiegos, monteros de Espinosa, tomando la villa el nombre de Espinosa de los Monteros. A los Monteros se les concedieron privilegios, solares y blasones, distinguiéndose cumplidamente en toda hazaña y hecho de armas. Muchos escudos de apellidos de aquí ostentan leyendas, como los blasones del montero Santayana, que muestran fueron ganados por lealtad.

*En el servicio de España,
venciendo contraria ley,
los ganó el de Santayana
en defensa de su Rey.*

Pero el privilegio de que está más orgullosa Espinosa fué el de que se prohibía a los judíos estar más de veinticuatro horas dentro de la leal y cristiana villa, aunque alegaran pretexto de vender mercaderías.

TRECE AÑOS SIENDO ALCALDE

Don Prudencio Gómez Marañón, Alcalde de Espinosa, es también hijo de montero. Este Alcalde pulido y atentísimo, que tiene un comercio y que juega todos los días, después de comer una partida de «escoba» en el bar de Feliciano, con labradores y tratantes, es queridísimo de sus paisanos. Su labor ha sido tan eficaz que lleva trece años en el cargo. Durante su mandato se ha incrementado sobremanera la afición a la lectura en este pueblo. La Biblioteca Municipal está muy bien surtida de buenos libros y de toda clase de revistas. Al frente de esta Biblioteca está Gabriel López de Castro. Cuarenta o cincuenta lectores es el promedio diario e igual en prestaciones a domicilio.

Ahora el Ayuntamiento ha cedido a labradores modestos 450 hectáreas que pertenecían a la Corporación, contra un pequeño canon anual. También en el Pico de la Cruz ha cedido terreno para que en el próximo invierno el Club Deportivo de Bilbao levante un refugio y una capilla para que puedan oír misa los excursionistas. Cada domingo, en el invierno, llegan a Espinosa de 2.500 a 3.000 esquidadores de Vizcaya, casi todos pertenecientes al



Las tres mellizas de Espinosa

citado Club Deportivo, al Club Alpino y al Juventud de Baracaldo. Como hasta ahora han carecido de albergues se guarecían en las cabañas de los campesinos de estos pueblos de las alturas, que aquí denominan pueblos de las nieves. Y allí las familias obsesaban a los bilbaínos y se comportaban con ellos en la más perfecta hermandad. Tanto que estas gentes de las cumbres, muy aficionada a sacar cantares, dedicó uno a los esquiladores:

*Vienen los patinadores de Bilbao,
[buen
les preparamos buen café, buena
[cuchara y buen plato.
¡Pues si que les sale barato...!*

Cuando este refugio esté terminado, Espinosa será una estación alpinista de primera clase, pues sus pistas pueden competir con las mejores de España. Aquí la nieve dura de diciembre a mayo, y la temperatura más baja es de diez grados bajo cero.

Pero la ilusión del señor Alcalde y la necesidad más perentoria de Espinosa es la creación de un Instituto Laboral de modalidad agropecuaria, ya que este pueblo es eminentemente ganadero. 4.000 cabezas de vacuno de leche hay aquí, y otro tanto de ganado lanar. La producción media es de 3.000 kilos de leche por vaca en período completo de lactación. La explotación de esta ganadería se lleva a cabo especialmente en régimen de recria, siendo vendidas las vacas a los establos de las grandes poblaciones, principalmente de Madrid y de Bilbao. Aquí hay grandes tratantes, como Damián Gómez y Hermanos, conocidos por «Los Murriatcs», y Ceferino Albino Fernández «Los Pícaros», y otros muchos tratantes de menos categoría. La contratación del ganado se lleva a cabo en el mercado que tradicionalmente se celebra en la villa todos los martes del año y que data del año 1472. Complemento de la explotación ganadera es la producción de la mantequilla y el queso. Esta mantequilla y este queso son de una artesana y pintoresca elaboración casera. Cada mujer de las aldeas de «Las Nieves» bate diariamente con su odre muchos kilos de mantequilla de excelente calidad, cuyo mercado es todo el Norte y principalmente Bilbao. También el queso es una gran partida en esta industria que produce buenas cifras anuales.

Y si hablamos de industria, Espinosa cuenta con una fábrica de leche condensada y la fábrica de chocolate de Gutiérrez Solana, que exporta a toda España y que tiene un gracioso «slogan» publicitario.

*Chocolate Solana
el que lo toma hoy
está deseando
que llegue mañana.*

El apellido Solana, solo, Gutiérrez Solana o Fernández Solana lo ostentan aquí legión. Es como una verdadera plaga. Un Solana también, siendo Alcalde, mandó edificar el buen Ayuntamiento que hoy tiene la villa. Sin embargo, los Solana dicen que no son parientes entre sí, a excepción, claro está, de los dos

hermanos, Luis Gutiérrez Solana, el pintor y su hermano don Eugenio. Don Eugenio tiene figura de caballero de El Greco.

LOS QUE EMIGRARON A MÉJICO

También he conocido a don Luis Fernández Solana, que emigró a Méjico e hizo allí una regular fortuna. Ahora en Madrid tiene en la calle de Carretas la chocolatería El Vaso de Leche. De Méjico, también, vino rico y edificó aquí un chalet señorial don Celestino Fernández, a quien apodan «El Americano». Don Celestino fué el fundador del Casino Español en Méjico. Ahora existe allí también el Club España, y tanto en el Casino como en el Club siempre está en candelero el amor a la Patria y a este bellissimo rincón que es la Espinosa natal de estos hombres. La villa tampoco olvida a estos hijos y hay siempre el recuerdo perenne hacia ellos. Todos los de allí, con la inteligencia despierta característica del espinosiego, se han abierto cumplidamente camino. Unos, como Constantino Martínez y su tío y suegro, en forrajes; otros, en su profesión, como el médico Gonzalo Martínez, que posee una moderna clínica y otros como Regúlez, con su importante negocio, pero todos siempre en la abundancia y casi en la fortuna. Yo he conocido aquí a varias de las familias de estos espinosiegos ausentes.

Moisés Gutiérrez Martínez hace sólo cuatro años que marchó y ya ha venido con un imponente «Chevrolet» color mantecca que quita el sentido a las muchachas de Espinosa, porque, dicho sea de paso, Moisés es soltero y anda propalando que ha venido a buscar novia, aunque se vuelve a marchar en seguida.

—¿Qué hace usted allí Moisés?

—le pregunto.
—Soy establero. Es decir, tengo vacas y vendo una leche tan buena que ante mi vaquería siempre hay cola. Yo me dije que el secreto de un negocio era el vender mucho, y así doy buena calidad para que la gente acuda a mí.

—¿Y entonces le va muy bien...?

—Pues, sí... bastante bien...

Y Moisés, pícaramente, mira hacia su «Chevrolet». Tiene razón, es la mejor muestra de cómo triunfan allí donde vayan los despiertos hijos de Espinosa.

De esta muestra de negociantes sagaces y entendidos en vaquerías nos la dan esas lecherías de Madrid que en número superior a treinta pertenecen a espinosiegos. Entre muchas, yo recuerdo ahora la vaquería del Reloj, en la calle de Diego de León, la de Puerta Bonita, en Carabanchel, la de la calle de Santa Julia y Don Ramón de la Cruz y la de Españaletto. También me aseguran que importantes comercios de tejidos de Madrid pertenecen a espinosiegos.

QUINTÍN DE TORRE, EL SOLITARIO DE ESPINOSA

A la Plaza Mayor le da belleza y prestancia el palacio de Chiloches, edificado en el 1600, al que aquí llaman «el fuerte», pues en este palacio se hicieron fuertes los espinosiegos contra las tropas de Napoleón. En su monumental escalera aun se ven las huellas de las bayonetas francesas.

También existe la magnífica casa-palacio de don Melchor Fernández-Villa y luego ya el palacio donde se crió el segundo Don Juan de Austria, el hijo de Felipe IV y de la Calderona. En el barrio de Quintanilla y casi al lado de la capilla de San Nicolás, cuyo retablo es una verdadera joya del gótico de transición, se halla situado este palacio, que perteneció hasta mediados de siglo al marqués de las Torres de Velasco, y cuyo actual dueño es el gran imaginero de nuestros tiempos, Quintín de Torre. Este palacio data del siglo XVI y perteneció a don Pedro Velasco y Bracamonte, mayordomo mayor de Felipe IV, montero de Espinosa y ayo del bastardo don Juan de Austria. Con los avatares del tiempo y la ruina de sus últimos dueños, el palacio, aunque intacto por fuera, por dentro estaba casi desmantelado. En 1920, después de un romántico empeño, el bilbaíno y famoso escultor Quintín de Torre lo adquirió, lo restauró y se casó con la hija del conde de las Torres de Velasco, Rosario de Rada. En la actualidad el palacio es un santuario de recuerdos históricos. Nada desentona, y todo tiene el carácter del siglo XVI pues el escultor lo ha reconstruido amorosamente. En el zaguán, una vitrina con el uniforme de los monteros de Espinosa.



Una carroza en las fiestas de septiembre

En este palacio Quintín de Torre daba todos los años una comida a sus amigos. Asistían, entre muchos, Mourlane Michelena, García Sanchiz, el conde de Motrico y Lequerica. Ahora ya la casi parálisis que padece y la muerte de sus hijos le han quitado la ilusión por la vida. Sólo no ha decaído en él la pasión por su trabajo. En el palacio hay un verdadero museo de tallas policromadas de impresionan tealismo

—¿Cuándo hizo usted este torso de Cristo?

—Pues, el año pasado. Y ese San Juan, también. Y aquella otra.

Parece increíble que las manos casi inertes hayan podido hacer estas maravillas. El jardín, bello jardín, de cuidados macizos de boj, tiene también mármol del escultor. En el salón está un cuadro pintado por don Juan de Austria con la siguiente inscripción desvaída ya por los siglos: «Esta cabeza pintó de su mano el serenísimo señor don Juan de Austria y la dió a don Pedro de Velasco que le crió». El cuadro representa la cabeza de San Juan Evangelista y tiene factura velazqueña y una indudable fuerza en el dibujo. El colrido es admirable en sobriedad.

Quintín de Torre es el continuador de la gran tradición española de la talla policromada. Como no puede salir casi, el escultor agradece las visitas. Todo el mundo de relieve que pasa por Espinosa va a verle. Y luego los innumerables amigos, que no le olvidan. Por eso el palacio se alegra cuando suenan voces hasta el sillón.

—Quintín, Quintín, que estamos aquí. Que hemos venido a verte.

En el invierno, cuando la nieve blanquea su jardín, Quintín de Torre huye a sus estudios de Bilbao o de Madrid y allí a tallar con la pasión de siempre sus famosas Dolorosas.

El imaginero fué recordando conmigo sus años de juventud en París.

—Vivíamos en Monparnasse. Yo era casi rico allí, pues la Diputación y el Ayuntamiento de Bilbao me pensionaba entre uno y otro con nueve mil pesetas, y entonces esto era una fortuna. Pero el que vivía una bohemia dorada era Rusiñol: Rusiñol era rico por su casa. También estaba con nosotros Pablo Picasso y Anglada Camarasa. Picasso tenía mucho talento para la propaganda, le pasaba como a Dalí, y esto fué lo que le hizo triunfar; en cambio, Camarasa no supo aprovechar su momento. Ar-

mó una verdadera revolución en París por la exuberancia de sus colores, pero decayó por falta de talento publicitario.

Quando me despidió, Quintín de Torre me dice:

—Venga usted mañana también a las cuatro de la tarde y quedese ya hasta que se haga de noche. Es grato recordar. Pero no se puede hacer siempre...

Y no pude volver al día siguiente, pero volví otros, y en el palacio del imaginero pasé horas enteras departiendo con él y con doña Rosario, su esposa.

FIESTAS DE VIRGEN A VIRGEN

Pero cuando hay que ver a Espinosa es desde el día 5 de agosto hasta el 8 de septiembre. Empiezan las ferias con sus famosas fiestas de la Virgen de las Nieves en el santuario que hay en las cumbres. Todas las aldeas de las alturas se aprestan a festejar a su Virgen. Sube hasta el santuario el Ayuntamiento de Espinosa, y después de una solemne misa hay recepción ante las autoridades, después procesión con la Virgen. Se deposita Esta con sus andas en un prado y entonces el que llaman «Mayoral de la Virgen» se adelanta y ante la imagen recita:

*Virgen Santa de las Nieves,
Reina Madre soberana,
te venimos a cantar
los hijos de estas montañas.*

Versos a la Virgen y empieza el alborozo general con los «cantares de los danzantes». Los espinosiegos de toda España no faltan en los festejos. Este año han venido también muchísimos forasteros de Bilbao y Madrid. Danzan los hombres en un baile primitivo y bellissimo sobre el fondo agreste e impresionante de la montaña y surgen los cantares que ellos mismos componen. Ese día les está permitido decir todo lo que les agrade o les moleste. Y los anhelos o resentimientos de estos montañeses salen en ingenuos y a veces hasta buenos versos. A una muchacha que tenía fama de bonita y buena le cantaron:

*Mucho me gusta el pan blanco
mucho me gusta la miel,
pero mucho más me gusta
la hija del señor Daniel...*

Así, danzando y cantando, llega la noche.

El día 15 de agosto, fiestas otra vez para celebrar la Asunción de Nuestra Señora; iluminaciones, conciertos públicos en la Plaza Mayor, fuegos artificiales, y el día 16 lo inesperado: el «día de los casados». ¿Y saben ustedes lo que es esto? Pues la liberación de un día, con consentimiento de las esposas. Sí, ese día los hombres casados pueden hablar

bailar y pasear con cualquier mujer que no sea la suya. Y esto, que no tiene nada de particular en la sociedad moderna, sí lo tiene, y mucho, en los austeros pueblos españoles, y sólo se consiente como festejo de excepción. Después, corridas y más co-

rridas de toros con una plaza hecha de carros, a la falda misma de los montes, de impresionante belleza, cuajados de robles, hayas y encinas, que es la riqueza maderera de Espinosa. Los mejores toreros son el pintor Solana y el marqués del Arco.

Siguen las fiestas de Virgen a Virgen para culminar con los festejos que el barrio de Quintanilla celebra el día 8 de septiembre, día de la Natividad de la Virgen. Otra vez a lancear becerros, fuegos japoneses para la chiquillería, partidos de fútbol concurso de trajes típicos, actuación del Orfeón Buralés y de los Coros y Danzas, desfile de preciosas carrozas, en cuyo exorno el Ayuntamiento y los particulares hacen verdaderos alardes de lujo y buen gusto. Y, por último, la feria de toda clase de ganados y el Gran Concurso Comarcal de Ganados, con importantes premios y trofeos, en colaboración con el Servicio Provincial de Ganadería y la Junta Provincial de Fomento Agropecuario. Premios para esos magníficos ejemplares de raza holandesa que aquí cuidan y miman los campesinos como a las niñas de sus ojos, premios también para los de raza suiza Schwitz y el premio extraordinario del Sindicato Nacional de Ganadería para el cruce de suizo Schwitz con ganado del país. Luego, ya, los concursos de ordeñadores, entre toda una algarabía de entusiasmo por la destreza y rapidez con que se realiza la prueba. Y al fin el triunfo femenino: premios para las mujeres industrialistas de Las Nieves. Han estado todo el año trabajando su mantecilla y su queso. Justo es que ahora se las recompense. Los veraneantes que aún quedan lo miran todo con ojos maravillados. En sus cotidianos paisajes urbanos de asfalto y chimeneas, la vida pintoresca de esta villa burgalesa quedará plasmada hasta el año siguiente como un contraste idílico.

Una cordial familia bilbaína me dice:

—A ver si no olvida usted decir que Espinosa es un paraíso.

La mañana que tomo el coche de línea para regresar a esa hora temprana, la villa está envuelta en una luz fuerte y, como siempre, creo percibir que el aire, sin duda por sus 755 metros de altitud, es más límpido y puro que en otras partes.

Un grupo de muchachas y muchachos portando pterechos de pesca pasan junto a mí:

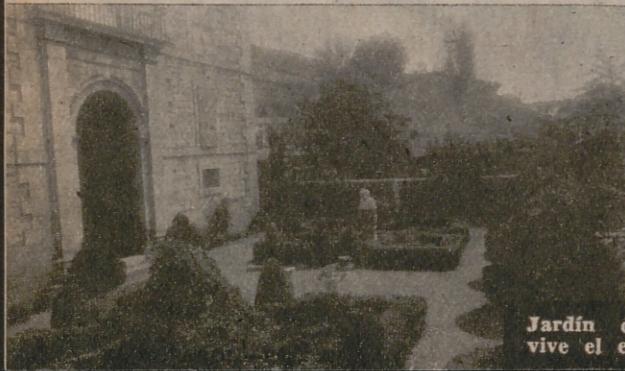
—Adiós, vamos hoy al Trueba.
—Adiós, yo regreso ya a Madrid.

Y el Trueba, a donde van hoy mis amigos espinosiegos, es el más grande río que cruza por Espinosa, y en cuyas aguas las truchas y las anguilas se ven pasar a simple vista.

Al cruzar aun veo esa altura desconcertante del puente del Canto, uno de los siete que circunda a Espinosa, y luego ya, el coche rueda por entre este paisaje único.

Espinosa se clava en el alma con su belleza.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)



Jardín del palacio donde vive el escultor Quintín de la Torre



"EUROPA, AÑO CERO DE LA LIBERACION"

ITALIA O LA ALEGRIA DE VIVIR

(Crónica desde Milán por nuestro enviado especial M. BLANCO TOBIO)

ITALIA es, sin duda, el país de Europa sobre el que es más peligroso generalizar. En realidad, Europa, que «es esa diversidad», como escribía Madariaga, no se presta a muchas generalizaciones, que valen para establecer estadísticas, pero no para darnos una imagen matizada de lo que es un país. Italia, repito, es el que menos se presta al dibujo a «grandes rasgos».

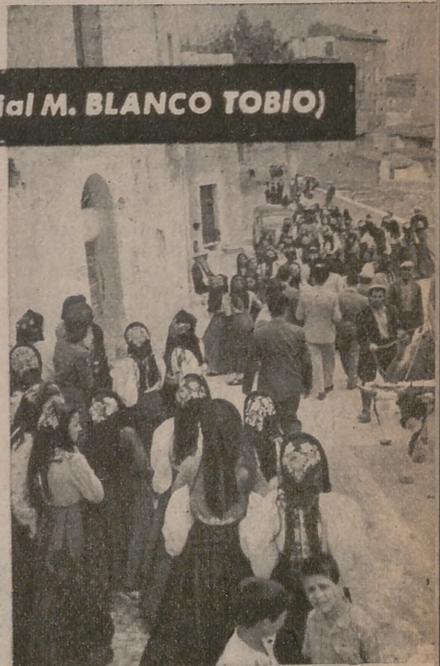
La misma vida italiana es terriblemente compleja y está llena de tremendos contrastes. Tal vez por esto, más por muchas otras cosas, el español que viaja por este país tiene la impresión de que no ha salido de su casa. Impresión que comienza en cuanto uno traspone la frontera con Austria. En los trenes alemanes y austriacos la gente no entabla conversación, a no ser que ocurra un accidente ferroviario; el tren, para esos hombres del Norte, es un lugar más de trabajo. En Italia, como en España, cada departamento del vagón se convierte en una animadísima tertulia donde todo el mundo comparte sus pitillos, sus periódicos y sus confidencias.

Como ya es sabido, los pueblos pobres son siempre los más alegres. Italia lo es—iba a decir como unas castañuelas, pero comprendo que la imagen es atrabiliaria—en grado superlativo. Uno sospecha, al principio, que todo el mundo ha bebido más de la cuenta; pero, naturalmente, no puede pensarse durante mucho tiempo que un país entero vive bajo los efectos del alcohol. Des-

de luego, al lado de un italiano, un español es una persona bastante grave y comedida.

Esta explosiva alegría de vivir no tiene nada que ver con la riqueza, la prosperidad o la buena alimentación. Los sociólogos han inventado eso de que cuanto más próspero es un pueblo, más feliz y alegre se siente. Después, en la realidad, resulta que los pueblos más prósperos son los más melancólicos y taciturnos. Si a mí me diesen a elegir entre quedarme a vivir en Italia o en Francia, por ejemplo, optaría siempre por la primera. Tal vez comería, vestiría y estaría peor. Pero lo que no me faltaría nunca sería la alegría de vivir; de vivir un poco de milagro, esta es la verdad, a base de «pan, amor y fantasía». Más de fantasía que de pan, por supuesto. Al final, después de pasar una temporada en Italia, a uno se le pasa la manía de consultar estadísticas para averiguar cuál es el nivel de un pueblo, cuáles son los salarios que perciben los trabajadores, cómo está distribuida la riqueza, etcétera. Todo esto parece bastante superfluo y carente de sentido, de un sentido profundo, cuando se ha caminado por las calles de Venecia, o de Milán—y eso que Milán es punto y aparte—, o de Génova.

¿Quién sabe las calorías que se echa al cuerpo un italiano? Su cocina es más frugal que la francesa o la alemana; su valor alimenticio debe ser también inferior. Sin embargo, la raza italiana es más bella y más robusta



Escenas italianas de fiesta. Mujeres con trajes típicos en un pequeño pueblo, y momento de refrescar en una fuente romana

que la francesa o la alemana. Italia está «produciendo» un tipo de mujer que, a través del cine, trae de cabeza al mundo entero. Pero lo realmente extraordinario, lo que se sale de lo corriente, es el varón italiano. No hay raza en el mundo que le pise este terreno. Uno, aunque, claro está, no es especialista en la materia, comprende que muchas extranjeras regresen de Italia con el corazón destrozado.

Yo pienso que si un nivel de vida relativamente bajo, una alimentación deficitaria y todo lo demás producen una raza tan hermosa, tan alegre y tan llena de vigor, lo que procede es revisar nuestro concepto de esas cosas, que en los libros de sociología tienen una gran importancia.

ESTADÍSTICAS DE LA MISERIA

Pero como no sólo de impresiones vive el hombre, y como todas estas cosas que vengo diciendo son difíciles de expresar con rigor, es necesario, estimo, que al lado de esta espontánea vivencia mía de Italia debo poner los datos que encierran la situación social y económica de este país en la actualidad.

Los datos que van a continuación, y que quizá les sirvan a ustedes para algo, fueron elaborados por agencias especializadas del Gobierno italiano. De estos datos resulta que 1.357.000 familias pueden ser encajadas en la categoría de «miserables». Otras tantas, sin serlo tanto, viven próximas a la extrema pobreza. Esto quiere decir que el 23,6 por 100 de las familias de este país son pobres de solemnidad, cuyo nivel de vida está por debajo de eso que llaman «mínimo vital», tan por debajo que, siempre según esos datos, 862.000 familias no han probado todavía el azúcar, la carne, ni el vino. Esto último, a mí me cuesta trabajo creerlo, pero ahí está.

Los suburbios de las grandes ciudades italianas son, desde luego, deprimentes. Aquella ciudad de lata de «Milagro en Milán» no es fantasía pura. Debemos aceptar, pues, el hecho comprobado de que el 22 por 100 de los italianos viven en casas mal acondicionadas y superpobladas. Esto de superpobladas puede creerse fácilmente. Así como en París, por ejemplo, apenas se ven niños, en cualquier ciudad italiana los niños parecen salir de las piedras. Unos niños hermosos, alegres y terriblemente ruidosos, que escriben en las paredes de las casas su último grito de guerra: «¡Viva Coppi, el Campeonísimo!».

Entre la miseria, pero sin tocar a lo que nosotros entendemos por burguesía o clase media relativamente bien acomodada, viven 7.616.000 familias, lo que supone

el 65,7 por 100 de la población.

En Italia puede decirse que ha terminado ya el proceso de incorporación del proletariado a la clase media; o bien, que la clase media se ha proletarizado. Desde el punto de vista del nivel cultural, esto último creo que es más exacto. Hay regiones de Italia donde el 50 por 100 de la población es analfabeta; pero una vez más conviene hacer un distinguo. El analfabetismo italiano no va acompañado de la brutalidad, de la falta de sensibilidad o de la mala educación. Uno puede hablar de ópera, e incluso de historia, con un analfabeto que además tiene un rostro noble y unos ademanes refinados. A mí, esto no me desconectó lo más mínimo, porque en Andalucía he visto y tratado a obreros analfabetos que, por sus ademanes y su dignidad, parecían príncipes.

El nivel de vida del obrero italiano registra enormes fluctuaciones, como ocurre prácticamente en todas partes. En Italia también ha pasado a ser un mito eso de la unidad de la clase obrera. Los trabajadores especializados cobran salarios bastante altos, como, por ejemplo, en las fábricas de automóviles de Turín o Milán. Yo llamo salario alto a unas 4.000 pesetas al mes. En el Sur del país, en cambio, puede decirse que se pagan salarios de hambre, y esto está relacionado, naturalmente, con la existencia de grandes latifundios, permanente fuente de malestar social. En total, son 200, poco más o menos, las familias italianas que tienen el dinero, el poder y la gloria. Van desde los grandes industriales del Norte a los riquísimos terratenientes del Sur.

En casi todos los países hay estas 200 familias, que a veces son muchas más. En Alemania los socialdemócratas dicen que desde la terminación de la guerra hay en el país 200 millonarios más.

En el orden social, que tanto preocupa en Italia, aunque esta preocupación no se traduzca en soluciones concretas, el problema número uno es el del paro obrero. Según los datos a que venimos remitiéndonos, el número de parados ascendía en 1953 a 1.286.000 trabajadores. Italia ha conocido cifras peores, pero de todas maneras, es alta. Una de las soluciones que se dió a este

problema, estrechamente relacionado, claro está, con la excesiva natalidad, fué la de exportar mano de obra, especialmente mineros, a Inglaterra. Creo que esta experiencia ha dado mal resultado. Entre otras cosas, los ingleses se quejaban de que estos mineros importados robaban rápidamente los corazones de las inglesas. Esto confirma lo que más arriba escribí sobre los varones italianos, y también eso de que una guttarra es un arma irresistible para conquistar a una inglesa, mucho más ingenua que la italiana, que ya conoce todos los trucos.

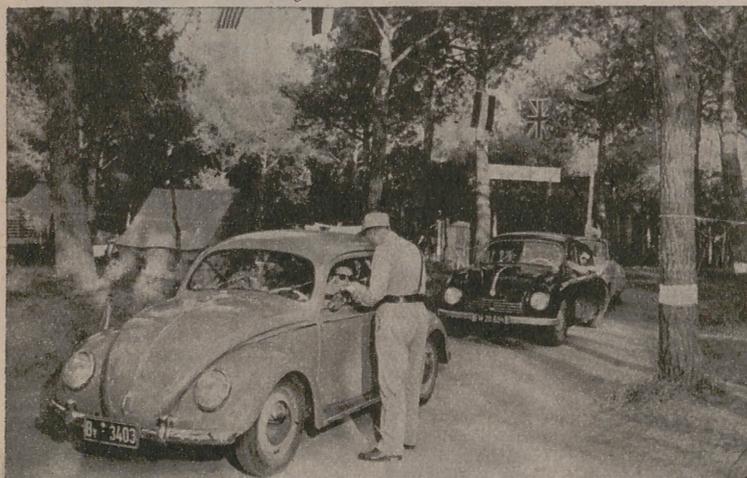
LAS URNAS NO DICEN LA VERDAD

Esta situación social italiana ha servido durante todos estos años de buen abono al partido comunista, que es el más numeroso y también el más rico de la Europa occidental. A este partido han llegado a votar 12.000.000 de italianos. Sin embargo, el número de afiliados a él no pasa de los 2.000.000. ¿Cómo se explica este «desequilibrio», que, comparativamente, también se advierte en Francia? Yo creo que la explicación es sencilla. Vamos a ella.

En primer lugar, en Italia, como en Francia, no existe un partido obrero dinámico y bien organizado, de signo anticomunista. Las diversas «familias» del socialismo italiano sólo pueden vivir con las muletas de sus alianzas, bien con los comunistas, bien con el centro. Partido obrero como tal, sólo hay el comunista. Esto hace que una enorme masa de trabajadores y de intelectuales, sin ser comunistas les voten, por considerar que de otra manera, votando al centro o a la derecha, traicionan a su clase y a sus intereses. Este voto indisciplinado, situado al margen de las grandes organizaciones políticas del país, es una protesta contra un estado de cosas, una manifestación de descontento y de inconformismo. Este mismo fenómeno fué observado y estudiado en Francia por el escritor noruego André Siegfried.

La fuerza real del partido comunista italiano no se puede medir, pues, por el número de votos que cosechan en las urnas. Una cosa es depositar un voto, y otra sumarse a las manifestaciones y a veces violencias que organiza el partido. Manifestaciones que casi siempre movilizan a unos cuantos centenares de personas que corren que se las pelan delante de la «Celere», esa formidable Policía motorizada que creó Scelba, un hombre de aspecto tan poco «policíaco».

En la calle, el partido comunista tiene poco que hacer y sus dirigentes lo saben. Y como lo saben, no cuentan con esos 12 millones de votos; ni siquiera con los 2.000.000 de afiliados; cuentan con el número suficiente de adeptos decididos como para no meterse en el berenjenal de una revolución ni de una política sediciosa. No hace falta tener mucha imaginación para pensar que si el partido comunista fuese tan fuerte en la conciencia de los italianos como lo es en las urnas, hace mucho tiempo que se habría alzado con todo el poder. Su gran oportunidad fueron las elec-



Llegada de turistas al campamento internacional de Villa Glori, próximo a Roma, para veraneantes

ciones de 1948 y la perdieron. Desde entonces, el comunismo no ha dejado de perder fuerza en Italia. Las últimas batallas las está perdiendo, y de una manera francamente espectacular, en el frente de los sindicatos, pese a que aquí su organización es más cerrada y probablemente más eficiente.

Por otro lado, es un hecho que los dirigentes comunistas italianos, con Palmiro Togliatti a la cabeza, carecen del prestigio necesario para galvanizar a grandes multitudes. Togliatti es un hombre inteligente, que esconde tras su aparente «bonhomie» una dureza de diamante. Pero el ser inteligente, en Italia es cosa muy corriente. El pueblo italiano no le toma en serio, y esto es lo peor que le puede pasar a un político. Le encuentran grotesco y poco interesante. Los otros colegas de Togliatti son de una mediocridad aterradora y no tienen el menor sentido técnico de la popularidad. Andan por un país alegre y bromista con cara de «duros» taciturnos, tallada por su sectarismo un poco bobalicón.

Yo no quiero ocultar mi optimismo con respecto a Italia en esto del comunismo. Su imaginación y su alegría le ponen a salvo de todas las tenebrosidades marxistas; su inteligencia clara se resiste encarnizadamente a digerir las teorías de un judío alemán y de un puñado de sombríos eslavos. No tiene sentido prometerle la felicidad a un pueblo que, pese a todo, es feliz. Y, sobre todo, que es profundamente católico.

RAICES PROFUNDAS

El alma católica del pueblo italiano justifica por sí sólo el que el país esté gobernado por la democracia cristiana. Todas las deficiencias de su política, su falta de dinamismo, sus perpetuas contradicciones, su excesivo conservadurismo, tienen su compensación en el hecho de que los demócratas cristianos defienden unos principios y unas instituciones que los italianos «sienten» de verdad; que forman parte de su vida social y afectiva. Si no hubiese tenido estas raíces, netamente católicas, la democracia cristiana hace muchos años que habría fracasado en cualquier consulta electoral.

También es verdad que el partido cuenta con poderosas personalidades que sólo desde lejos siguen su disciplina central, rebeldándose cuando es preciso, y hablando un lenguaje francamente gelios en la mano, no con «El capital», que es un libro que apostaría cualquier cosa a que no han leído dos docenas de italianos. El ejemplo de La Pira, el alcalde de Florencia, es un ejemplo de esto que digo.

Creo que Italia es el único país del mundo en el que la técnica proselitista de los católicos es mucho más inteligente que la de los comunistas. No tenemos más que pensar en los monjes volantes, del cardenal Lercaro, o en oradores sagrados de la categoría del padre Lombardi. Cuantas veces los tribunos comunistas han sido citados a un duelo dialéctico, cara al público, o han salido vapuleados, o simplemente no han acusado recibo del reto.

TRES TEMAS DE DISCUSION

Fuera de este mundo de la política, con sus derivaciones económicas y sociales, hay tres cosas en Italia que interesan por igual a todos los italianos, cualquiera que sea su condición: la rivalidad Gina Lollobrigida - Sofia Loren, las carreras ciclistas y el fútbol.

El torneo Gina - Sofia comenzó siendo, como de costumbre, una invención de las Casas productoras, de tipo exclusivo y únicamente publicitario. Pero esto que comenzó así, ha terminado por convertirse en un tema de polémica nacional. Hoy medio Italia es «lollobrigista» y la otra mitad «lorenista». Conviene añadir que lo que se disputa no es el arte de ninguna de estas dos estrellas, que no es precisamente eminente, sino su grado de belleza y hermosura. Es una cuestión de gusto personal.

A su vez, se habla de la crisis del cine italiano. Los periódicos y revistas ilustradas han hecho de este tema su caballo de batalla. Para mí, es de risa suponer que el cine italiano está en crisis. Las últimas películas que vi son sencillamente admirables, advirtiéndose en ellas una constante superación. Si la crisis es esto, yo le deseo al cine español una crisis demoleadora.

El ciclismo es otra manía nacional italiana. Los grandes corredores, además de ser millonarios, que viven en palacios, son inmensamente populares. Coppi, a pesar de su decadencia—muy parecida a la del cine—, continúa siendo el ídolo de toda la juventud italiana. Cada vez que aparece escrito en una pared un «¡Abajo Coppi!», cien manos apresuradas escriben con indignación: «¡Viva Coppi, el más grande!». En el fondo, no hay muchacho de dieciséis años que viva en los suburbios de las grandes ciudades y que tenga que ir al tajo en bicicleta, que no sueñe con ganar el «Giro» y la Vuelta a Francia. A las carreras de aficionados acuden verdaderas multitudes de aspirantes a «campeonísimos». Los domingos, sobre todo, es raro que vaya usted por una carretera, por cualquiera, y que no se tropiece con una «serpiente multicolor» de adolescentes que pedalean como demonios. En el trayecto de Venecia a Génova yo no sé cuántas «serpientes» de éstas he visto. Tenía la impresión de que toda Italia estaba corriendo



Dos sacerdotes ascienden por la enorme escalinata de la iglesia de Santa María en Araceli, de Roma

por las carreteras en bicicleta. Para los pueblos ciclistas debe ser su única distracción dominical.

El fútbol comparte con el ciclismo esta fiebre deportiva. Unos estadios realmente maravillosos acogen cada domingo a centenares de millares de espectadores vociferantes. Se registran, en los graderíos, muchos más colapsos y bofetadas que en España.

Naturalmente, el fútbol italiano también está en crisis...

AQUELLA PLAZA MILANESA

Y para terminar, ¿qué queda del fascismo en Italia? Como organización política, nada o casi nada, pues el Movimiento Social Italiano está todavía muy lejos del «terreno del toro» en la lucha por el Poder. Como fenómeno histórico, queda todo y, por referirnos a lo más visible, una serie de maravillosas obras públicas, en las que se refleja el genio auténticamente romano de Benito Mussolini. Nadie se atreve a negar hoy en Italia que el fascismo fué una etapa constructiva en la historia del país; una etapa de la que, en el fondo, se sienten orgullosos.

También es verdad que la inmensa mayoría del pueblo italiano no se avergüenza de aquella terrible escena de la plaza de Loreto en Milán. No es éste el estilo italiano, en efecto, y sólo un comunista cobarde y felón, Wálter Audisio, pudo llevar a cabo aquel crimen inútil y brutal, cuyo recuerdo hiere la sensibilidad de un pueblo que aborrece la sangre porque cree, como don Pío Baroja, que con ella sólo se pueden hacer morcillas.

M. BLANCO TOBIO

LA PLAZA MAYOR DE SALAMANCA

DOSCIENTOS AÑOS DE HISTORIA ENTRE SUS PIEDRAS DORADAS

AQUI ESTA EL CENTRO VITAL DE LA CIUDAD Y LA PROVINCIA

NOCHE Y DIA BAJO SUS ARCOS



Al fondo, San Fernando



El Arco del Corriño



El Ayuntamiento, desde un lateral



La plaza Mayor en 1870. Estanque en el centro



En 1928. Después desapareció el templete.



En su aspecto actual.

LA plaza madruga. Pocos minutos después de las siete, cuando el sol no ha alcanzado todavía la altura necesaria para meter en ella los primeros rayos, y duermen aún las últimas sombras de la noche en los soportales, una cuadrilla armada de mangas de riego y grandes escobas se apodera de la plaza y empieza a limpiar su amplio suelo enlosado. Sube hacia los balcones de los cuatro costados de la plaza un ruido de voces, de chorros de agua, de cubos arrastrados sobre las losas, de escobas caídas que azotan con golpes secos las piedras. Pasan grupos de obreros hablando fuerte, con esa tranquilidad y egoísta despreocupación con que olvidan el sueño de los demás los madrugadores habituales. En alguna torre, unas cam-

panas llaman a la primera misa. Se abre chirriando un viejo portalón y salen dos mujeres que se santiguan, se prenden el velo con unos alfileres y se apresuran camino de la iglesia. Al cabo de una hora, sobre las ocho, como si hubiesen estado esperando el fin de la limpieza de la plaza, entran en ella, por sus cuatro esquinas, hombres y mujeres que se saludan, forman corros y pasean en grupos y en parejas. Pero este primer paseo, anuncio de los que se sucederán a lo largo del día en el mismo escenario, no es más que una simple espera. Y termina pronto, y de golpe. Porque suenan pronto unas campanadas en el reloj que preside la vida de la plaza, y al oír las todas, ellos y ellas, desaparecen rápidamente bajo los arcos

y van a ocupar sus puestos tras los mostradores.

Poco después abren sus puertas los comercios, sirven los primeros desayunos en los cafés, aparecen los primeros automóviles, lanzan su pregón los vendedores de periódicos...

Y comienza así la animación y el movimiento de un día en la Plaza Mayor de Salamanca. Una hermosa plaza española—quizá la más hermosa de todas—cuyas piedras doradas, que ahora cumplen su segundo centenario, rezuman Historia.

DE LA VIEJA GRAN PLAZA DE SAN MARTÍN A LA PLAZA MAYOR

A principios del siglo XVIII, y mucho antes, el centro de la vida de Salamanca era la vieja

gran plaza de San Martín. Mucho mayor que la actual, cuyos terrenos quedaban comprendidos en su ámbito, tenía el suelo inclinado, formando una ladera, de Norte a Sur, de Poniente a Levante. En esta ladera habían plantado sus reales los comerciantes, agrupándose por la materia objeto de su negocio en ciertos núcleos, dispersos por la ancha extensión de la plaza, que recibían el gráfico nombre de «islas». Y por entre tales «islas»—del aceite, del vino, de las especias—alzaban sus tenderetes multicolores los mercaderes, cerraban sus tratos ventajosos los trujimanes y extendían la pista de su circo sin techo los titiriteros.

Por algún sitio despejado de esta gran plaza pasearían, sosedados y dignos, los caballeros principales y los catedráticos de la Universidad. Y por toda ella se mezclarían la algarabía de los estudiantes, el paso marcial de los militares, los regateos interminables de las compradoras, las ca-

rreras de los alguaciles, las piégarías aparentemente devotas de algún ciego heredero de la astucia y la mala intención del que tuvo por lazarillo al del Tormes...

La campana de la iglesia de San Martín, de la que tomó su nombre la plaza, podía complicar más aún el abigarrado cuadro. Bastaba un repique inesperado de esta campana para que Salamanca entera se alborotase y acudiera a la llamada. Para que todos dejaran el quehacer en que anduviesen ocupados y corrieran hacia la plaza de San Martín. Todos, las beatas que empalmaban padrenuestros y avemarias en la catedral vieja, los becarios sensatos que estudiaban en los Colegios Mayores y los estudiantes pígragos que barzoneaban por la ciudad. Hasta los zapateros de la ribera abandonaban sus pieles y subían a la plaza. Luego, la cosa paraba en un motín pasajero, o en una falsa alarma.

Por grande que fuese la vieja plaza de San Martín, por útil que

resultara a Salamanca como lugar de mercado y paseo, de feria y ágora, de ruido taurino y marco de acontecimientos populares, ni significaba un principio de buena ordenación civil, ni reunía condiciones inmejorables para el desarrollo del comercio, ni mucho menos favorecía la estética de la ciudad. Y hubo un corregidor—nunca mejor empleado el nombre—que imaginó un plan de reforma para acotar el recinto, nivelar el suelo y suprimir las «islas» de la vieja y desordenada plaza de San Martín. Este corregidor fué don Rodrigo Cavallero y Llanes, y su plan, que tampoco en la historia del comercio hay nada nuevo, encontró mala acogida entre los «isleños», que para hacerle fracasar lanzaron la especie de que la reforma de la plaza supondría un encarecimiento inevitable del mercado. Pero don Rodrigo, afortunadamente, no debió preocuparse, ni poco ni mucho, de tal argucia, y el 9 de julio de 1728 presentó su propuesta al Concejo salmantino.

Unos meses después, el 19 de enero del año siguiente, conoció el Concejo la aprobación de Felipe V al proyecto que había diseñado Churriguera, y las obras comenzaron el 10 de mayo de 1729.

La Plaza Mayor se edificó siguiendo el curso del sol. El 3 de marzo de 1733 quedó terminado el costado correspondiente a la parte de Levante, el que se llama «Pabellón Real», en cuyo centro se destaca la efigie de Fernando III el Santo, al que, entre otras mercedes hechas a Salamanca, casi puede apuntarse la fundación de la Universidad.

Se levantó después el costado de la plaza correspondiente al Mediodía, en 1745. Y luego, en 1752, quedó rematado el de Poniente. Por último, en 1755, al terminarse la construcción del lado que da al Norte, en donde quedó situada la Casa Consistorial, se cerró la plaza.

Dice don Diego de Torres Villarroel, en su autobiografía, que, determinándose a sujetar su vida «a mayor quietud», tomó el grado de doctor en la Universidad «el Jueves de Ceniza del año 1732, en el que no hubo especialidad que sea digna de referirse». Resulta así que el salmantino que mejor podría simbolizar la encarnación del espíritu y el ambiente de la vieja plaza de San Martín, reformó su turbulenta existencia al par que se reformaba ésta, Y que ambos, la plaza y él, vinieron a doctorarse al mismo tiempo,

pues, construido el «Pabellón Real» en 1733, bien puede decirse que la plaza de San Martín había comenzado con buen pie los ejercicios del doctorado que la convertiría en Plaza Mayor.

ASIMETRÍA Y ARMONÍA. LAS PIEDRAS DORADAS Y EL CIELO AZUL

Cualquiera que fuese la causa, o el culpable, la planta de la Plaza Mayor no resultó simétrica. Al terminarse el lado Norte, que debía empalmar por su extremo izquierdo con el «Pabellón Real», ocurrió que quedaba desviado de éste unos metros. Y para «zurcir» el descosido, para llenar el hueco, no hubo mejor, ni otro remedio, que añadir un arco más a la fachada del «pabellón», para «arriararla» a la del Ayuntamiento.

Total, que ni la plaza forma un cuadrado, ni siquiera un rectángulo, pues sus esquinas no son ángulos rectos, ni tiene dos lados iguales.

Guzmán Gombau, compañero salmantino y experto en todo lo que se refiere a la Plaza Mayor, gracias a cuyos informes ha sido posible la redacción de buena parte de este reportaje, ha medido los cuatro lados. Y tienen las siguientes dimensiones: 80,60 metros, el lado de Levante; 75,60, el de Mediodía; 81,50, el de Poniente, y 82,80, el del Norte.

La irregularidad, más sospechada que claramente percibida, de su trazado no daña a la belleza de las líneas, ni al equilibrio de los volúmenes. Al contrario, yo diría que favorece al conjunto, que beneficia a la Plaza Mayor por ese secreto camino por el que ciertas leves incorrecciones añaden a la belleza el grano de sal que la dota de un atractivo irresistible. Y esta asimetría favorece a la plaza salmantina, como debía favorecer a Cleopatra la pronunciada agudeza de su nariz.

En cada uno de sus cuatro costados se elevan, sobre las galerías de soportales, fachadas de tres pisos, de altura suficiente para que la plaza, dada su extensión, ni resulte chata, ni presente una verticalidad abrumadora. La densidad de las fachadas, pautada por las barandillas corridas de los balcones, queda aligerada por el airoso juego de los arcos.

Y la parte más recargada, la fachada del Ayuntamiento, se desarrolla contenida en unos límites

tales de seriedad y nobleza que no desdican del resto.

La Plaza Mayor se construyó con piedra de dos clases: piedra «franca» de Villamayor y piedra «tosca» de La Pinilla

Esta última, como indica su apodo, es la más dura, la más próxima al granito, de las dos. La «franca» de Villamayor es una piedra más blanda, de estructura más fina y, por lo tanto, de talla más fácil. Tiene de por sí, o lo adquiere con el tiempo y la intemperie, un color que suelen llamar «melado», «dorado». He mirado con atención la tal piedra y, a mis ojos, hay en ella algún otro matiz. Es, como dicen, dorada, melada, acaramelada. Pero también rosácea, violácea, acardenalada. Tiene una mezcla del color rubio del trigo y el color rosado del atardecer. Piedra crepuscular, muestra, en suma, más tonalidades de flor silvestre que de roca. ¡Y, amigo, qué bien encaja la transparencia de este cielo de septiembre sobre la indefinible calidad transparente de las suaves piedras de la Plaza Mayor de Salamanca!

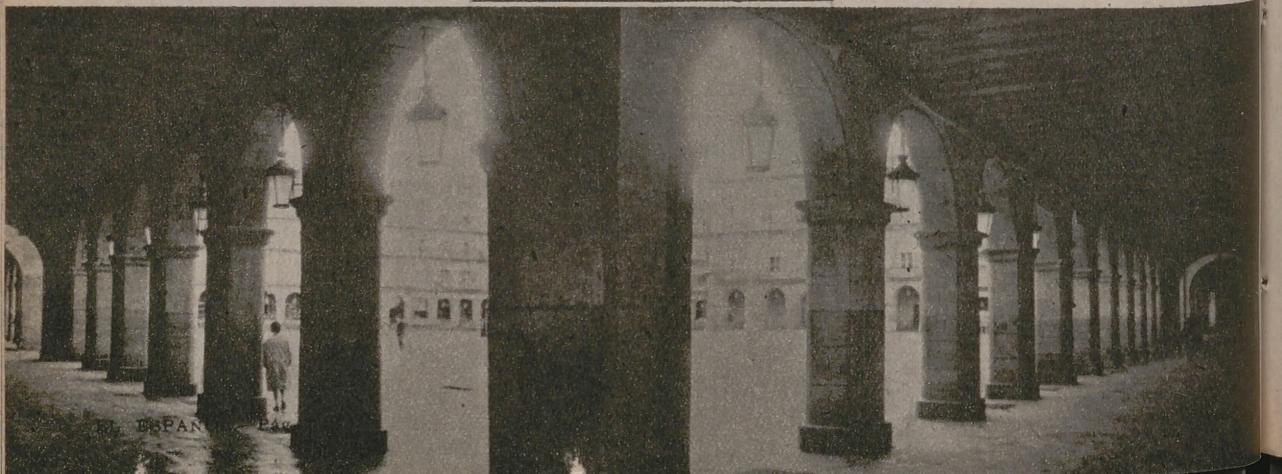
LA CIUDAD ES LA PLAZA. HORAS DE ANDAR. EL PASEO DE LA MARIANA Y EL PRIMER RELEVO

La vieja plaza de San Martín fue el centro de la vida de la Salamanca antigua. La Plaza Mayor, su heredera legítima, continuó la tradición. Y, naturalmente, ha sido, desde su nacimiento, el centro vital, el corazón palpitante de la ciudad. Y aun de la provincia.

Y digo que lo ha sido, y que lo es, «naturalmente», porque creo que una plaza, antes que una calle, es el elemento primero, y más propio, y más característico, de una ciudad. Pues encierra la ciudad una idea de «estar», de «permanecer», de «establecerse», tan acorde con lo que es, y significa una plaza como apartada de las ideas de «caminar», «ir», «pasar», que evoca una calle. Por donde vengo a deducir que la plaza, como la ciudad, responden al instinto sedentario del hombre y las calles a su impulso nómada. Y a concluir, que las ciudades «son» o «están» en sus plazas y «van» o «marchan» por sus calles.

Por todo ello, y no por recurso literario, ni por comodidad de síntesis, situamos a Salamanca en su Plaza Mayor, y es ésta, «naturalmente», su corazón y su centro.

El fotógrafo se colocó en un ángulo



En un día corriente, de trabajo, abiertos los comercios y los bares de la Plaza, transcurren unas horas, de nueve y media a una de la mañana, de las que no hay mucho que contar. Son «horas de andar», a diferencia de las más típicas de la Plaza que resultan «horas de pasear».

Gentes que acuden, mujeres sobre todo, a comprar en las tiendas de la Plaza Mayor, o simplemente a ver escaparates. Colas que esperan a los autobuses color naranja que salen de la Plaza y terminan en ella su recorrido. Algunos extranjeros que, acostumbrados a madrugar, achaque general y propio de ellos, andan ya desde las primeras horas de la mañana haciendo turismo. Y bastantes nacionales que se lustran los zapatos y leen periódicos sentados en el Novelty, en La Granja o en El Regio. Salamanca trabaja y la Plaza Mayor espera el fin de la jornada de la mañana. El fin es el paseo, que los días laborables, y en los meses de curso universitario inician, y nutren, sobre todo, los estudiantes a partir de las doce.

Los domingos es otra cosa. Los domingos, en estas horas, hay ya muchos salmantinos y forasteros en la Plaza Mayor. Cada media hora, que equivale al transcurso de una misa, llega una nueva oleada. Los limpiabotas hacen su agosto bajo los arcos de los soportales y en las terrazas de los cafés. Unos viejecitos de aspecto campesino—viejos de domingo—, vestidos en su mayoría de negro y con sombrero negro todos, se salen a pasear al sol. Al verles recuerdo esa copla preciosa que canta:

«Es tu cariño «pa» mí
como un rayito de sol
«pa» un viejecito en abril.»

Aunque no estemos en abril, ni mucho menos, los viejos y el sol hacen buenas migas. Pero la mayoría huyen del calor. Sobre todo pasadas las doce. Y se refugia en los soportales. Y bajo los soportales empieza a organizarse el gran paseo de la mañana. Porque éste es un paseo organizado que sigue un ritual antiguo, cuyas principales reglas son las siguientes: las mujeres pasean en sentido contrario al de las manecillas de un reloj, pegadas a la parte interior de los soportales, rozando casi con el brazo derecho las lunas de los escaparates; los hombres giran como las manecillas del reloj, en sentido opuesto al giro de las mujeres, dándoles la cara, y por la parte exterior de los soportales, junto a las columnas; los matrimonios y las parejas de novios pertenecen al círculo de los hombres. Cuando no aprieta el sol, y no llueve, y en el paseo de la noche, los dos anillos se organizan en la plaza, a cielo raso, y su doble rotación se produce de modo análogo.

Dicen los veteranos, los expertos, que este ritual no se sigue ya tan al pie de la letra como antaño. Sólo puedo juzgar por lo visto, y por lo visto todavía se conserva, en general y sin graves alteraciones, esta costumbre.

A la una y media el paseo alcanza su punto culminante. Bajo los soportales danzan con dificultad



Vista parcial desde el campanario del Ayuntamiento

tad los dos círculos. Pasea tanta gente, en uno y otro, que se impone un ritmo muy lento. Y muchos desertan, momentáneamente, y por la calle del Generalísimo bajan a una calle estrecha, de corte andaluz, a la de Ruiz Aguilera, llena de colmados: Villa Rosa, El Candil, El Zaguán, El Ruedo... Y en cualquiera de ellos, que todos se llenan, se toman unos vinos y unas tapas. Y vuelta a la plaza, a darle otra vuelta.

De dos en adelante empieza a deshacerse rápidamente el paseo. A las dos y media ha terminado. Y cuando parece que la Plaza Mayor va a quedarse vacía, empiezan a llegar los que comen más pronto y vienen a tomar café. Este es el que llamo el primer relevo. El segundo se produce al filo de la hora de cenar. Y los dos hacen bueno el dicho que afirma: la plaza nunca está sola.

LOS CAFES DE LA PLAZA Y SU PUBLICO.—LOS ACERONES Y SU CARACTER

En dos de los cuatro lados de la plaza hay cafés. En el lado correspondiente a la fachada del Ayuntamiento, lado Norte, a la izquierda de la Casa Consistorial, La Granja y Novelty; y a la derecha, Las Torres. En el lado de Poniente, y contados también de izquierda a derecha, dos: el del hotel El Pasaje y El Regio. En los otros dos lados de la plaza, en el Pabellón Real y en el frontero al Ayuntamiento, no hay ninguno, al menos que yo recuerde. En este último hay otra cosa: una fila de simples sillas de madera por cuya utilización se paga, según creo, una pequeñísima cantidad, y en las que se puede hacer tertulia «en seco». Parece que estas sillas son las herederas actuales de las que hace un

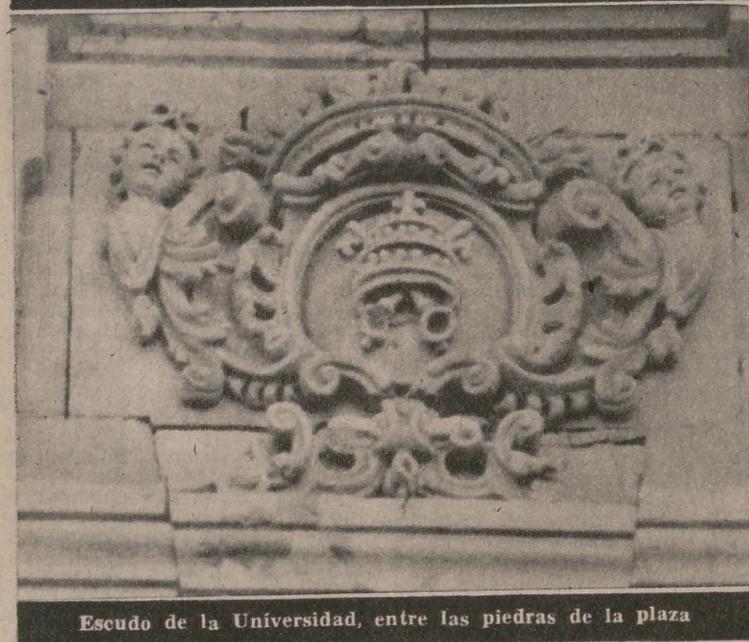
siglo sacaban a la plaza los comerciantes, con idéntica finalidad, con el propósito de charlar con los amigos prolongando, de paso, todo lo posible el cierre de sus establecimientos para atender a clientes de última hora. Pero volvamos a los cafés.

Cada café de la Plaza Mayor tiene su público propio, y por este público se puede inducir una clasificación de los habitantes de la ciudad. En La Granja y Novelty, tratantes y ganaderos. Y agrupados además, aproximadamente, por ese orden. De forma que Novelty resulta el de más tono. (Pido perdón y presento excusas a La Granja, pero mi deber es informar con la mayor exactitud posible.) En Novelty, claro está, se habla sobre todo de campo y toros. Y por sus mesas desfila más de la tercera parte de los criadores de toros de lidia españoles: todos los de la zona de Salamanca, y parte de los de Andalucía y de los que el Sindicato Nacional de Ganadería clasifica en la llamada «zona Centro». Sin salir de este rincón, en el que se juntan las mesas de los dos cafés de los soportales para afuera, con sólo aguzar un poco el oído puede uno enterarse de cómo andan el campo y la ganadería, de todos sus precios y todos sus problemas, de sus altas y sus bajas, sus buenas cosechas y sus reveses. Es éste el balcón por el que se asoma a la Plaza Mayor el campo charro. Y un poco su Bolsa y su lonja.

En El Regio, y por contagio en su colindante El Pasaje, domina un público más heterogéneo; las llamadas profesiones liberales, los funcionarios, los estudiantes y los jóvenes de uno y otro sexo. Tiene aire, o mucho me equivoco, de ser en la plaza el sitio «de moda».



El jarrón con azucenas sobre el balcón que fué de la catedral



Escudo de la Universidad, entre las piedras de la plaza

Por último, en Las Torres es más difícil definir. Quizá la fórmula sea: de todo un poco y población flotante.

Y mientras se prolongan las tertulias en los cafés, y pasan otras horas de andar en las que la Plaza Mayor sestea como adormilada al sol, retrocedamos a los últimos años del siglo XVIII, que aun quedan cosas que contar de su pasado.

CUANDO SE CONSAGRO LA CATEDRAL NUEVA.—TROPAS Y ESTUDIANTES.—LA PRIMERA URBANIZACIÓN. — CORRIDAS DE TOROS HASTA 1840

Antes de terminarse su construcción, la Plaza Mayor empezó ya a oficiar de escenario obligado de los acontecimientos principales de la ciudad. Así, en 1733, cuando sólo estaba edificado el Pabellón Real, una enorme procesión organizada para celebrar la consagración de la catedral nueva, acabada por entonces, incluye en su itinerario la plaza. Y por ella desfilan, según relata

Gombáu: «La cofradía de la Santa Cruz, precedida de pífanos, tambores y atabales, con sus escudos y «nacaradas banderas»; el Angel Custodio, las banderas de los astros Mercurio, Venus, el Sol y la Luna; los cofrades con sus lujosos atuendos procesionales, más banderas, el guión de la catedral, las 24 cruces parroquiales y otras tantas imágenes sagradas, 13 comunidades religiosas, clero de la ciudad y del Obispado, la Real Capilla de San Marcos y los capellanes de la catedral, imagen de Nuestra Señora de la Luz, gigantones y gigantillas, danzarines con tamboriles y gaitas, el Cabildo y la carroza de plata con el Santísimo, seguida del palio que llevaban los regidores, las presencias y, por último, 50 jinetes del regimiento de Farnesio dando escolta».

Rematados los cuatro costados, cerrado el recinto de la plaza y concluida ésta, su suelo queda desnudo y sobre él, sobre este cuadrilátero de arena abierta a la lluvia y al sol, sigue dando sus buenos y sus desdichados paros nuestra Historia. En 1762, mar-

chan por entre las cuatro paredes de la Plaza Mayor, las tropas del marqués de Sarria a la guerra contra Portugal. Dos años después, un martes de Carnaval, se aglomera en ella el pueblo amotinado por la escasez de pan. Y corren, y gritan, los estudiantes en las protestas y manifestaciones contra la reforma de los Colegios Mayores, que se producen de 1771 a 1777.

En los últimos años del siglo, en 1784, el corregidor, don Vicente de Saura y Sarabia, realiza la primera urbanización de la plaza—empedrado e instalación de alumbrado—: suprime el comercio de algunos artículos malolientes y prohíbe los herradores bajo los soportales.

Siempre han sido las plazas españolas, plazas taurinas. Todavía en muchos pueblos ofician de cosos, cuando llegan los días de feria. Corridas de toros se celebraron en la vieja plaza de San Martín. Y corridas hubo en la Plaza Mayor, según ese Espasa de los toros que es el «Cossio», hasta que en 1865 se construyó de sillería y madera, próxima al arranque de la carretera de Avila, la primera plaza de toros de Salamanca.

Los inquilinos de la Plaza Mayor—vaya como dato curioso—para presenciar las corridas desde los balcones de sus casas debían pagar cantidades que oscilaban entre los 600 y 950 reales, excepto los de la fachada de Mediodía, lado de San Martín, que seguramente por su mayor alejamiento del espectáculo—pues las suertes debían consumarse más cerca del lado opuesto de los balcones del Ayuntamiento—pagaban menos: 250 reales.

VARIAS PLAZAS MAYORES EN EL INQUIETO SIGLO XIX

Enumerar sólo los mil y un episodios sucedidos en la Plaza Mayor, como reflejo de la inquieta vida española del siglo XIX, siglo de guerras, pronunciamientos y cambios, sería tarea de nunca acabar. Y si saltándonos a la torera—españolísima forma de saltar—la cronología oficial, aceptásemos una división de períodos históricos más cierta y diésemos por terminado el siglo XIX español, después de transcurridos los siete primeros lustros del XX, entonces la cosa se agravaría considerablemente. ¡Cua!quiera cuenta la Plaza Mayor desde la guerra de la Independencia al Movimiento Nacional.

Hay que echar por otro camino más estrecho, pero muy interesante. Por el camino al que se refiere esto de las «varias Plazas Mayores». Que no alude nada más que a los varios aspectos que presentó en este tiempo la plaza salmantina.

A comienzos del XIX se enlaza todo su suelo, incluso el de los soportales. Y la plaza, aparte esto, sigue como estaba. Vive aun con el aspecto del XVIII: lisa y con un farol en el centro.

En 1852 se salva, por fortuna, de una tentativa de agresión que pudo haberle estropeado el físico. Se trataba de rematar la fachada del Ayuntamiento con motivo de la instalación del reloj. Y García de Quiñones había idea-



Medallón de Enrique II



Otro de Carlos III

do un par de cúpulas con sus correspondientes cupulinos, que si llegan a colocarse encima del Ayuntamiento seguramente habrían sobrado brazos para derribarlas gratis. Pero no pasaron de la edificación en maqueta. Se instaló el reloj con la espadaña planeada en el primer proyecto. Y se libró la Plaza Mayor de la amenaza.

Construída la plaza de toros, se podían poner otras cosas en el gran patio de la Plaza Mayor. Y se pusieron en cantidad. La plaza tuvo en 1875 un aspecto hasta entonces inédito: una fuente en el centro, jardines y acacias. «Parecía un bosque de acacias», se ha recordado. Y realmente, ¿estaría mejor con árboles la Plaza Mayor? Es peliagudo decidir. Tenemos tan pocos y tantas piedras en nuestra geografía, que el árbol ha alcanzado una simpática supervaloración en algún caso, como quizá en éste. Y así hemos leído que la plaza desnuda, tal como está ahora, viene a ser una lonja escorialense... sin El Escorial. Pero el El Escorial de la Plaza Mayor es ella misma, sus cuatro costados, su conjunto. Y uno, sin ser enemigo, ni mucho menos, de los árboles, teme que los vivos colores vegetales se «comieran» el fondo y las ramas no dejaran ver el bosque de las columnas y los arcos. Teme que la plaza quedara algo achicada y, en cierto modo, algo relamida. Así como está tiene un sabor más hondo, más entrañable. Y para el sol y la lluvia, los soportales. Y para la repoblación forestal, en este caso, el campo. Que lo necesita más. Con todos los respetos, por supuesto, al que opine lo contrario.

En 1880, nuevo aspecto. De cada arco se cuelga una farola. Tengo entendido que son las mismas que existen en la actualidad. Son, para mi gusto, muy apropiadas, tienen buena línea.

Y tras las farolas, asientos de

piedra en los jardines centrales y urinarios en forma de garitas y luego postes de luz eléctrica, y pantallas publicitarias, y ¡qué sé yo!

Unos años más—1900—, y moda nueva. Otra Plaza Mayor distinta. Se suprime la fuente central y se planta en el centro un quiosco de música con el mismo aire de esqueleto de tarta que tienen todos. Y como las desgracias nunca vienen solas, para favorecer la visión de un espectáculo de oír—digo yo que sería para eso—se cargaron los árboles que podrían haber disimulado un poco la cosa. Y al tiempo instalaron dos «estaciones sanitarias» que Guzmán Gombau recuerda y describe así: «Unas gigantes y circulares barreras de metal pintado de blanco verdoso o de purpurina plateada, y en su centro una especie de torreón con cúpula y todo, siempre malolientes, porque las tales estaciones sanitarias no eran otra cosa que unos urinarios de gran capacidad.»

Al fin, el año pasado se limpió la plaza. No deja de ser simbólico que se arara con un tractor, aunque se recurriera a este método sólo para terminar antes. Y ahora, lisa y enlosada, la plaza Mayor tiene esa belleza verdadera, ingenua y limpia de las mujeres sin maquillar.

LA HORA DEL ATARDECER.—EL PASEO DE NOCHE.—EL GUARDIAN DE LA PLAZA

Al caer la tarde vive la Plaza Mayor su hora más hermosa. Todavía con poca gente, porque falta un buen rato hasta que se animen de nuevo las terrazas de los cafés y se organice el paseo de la noche.

El cielo se arrebola. El aire se aquieta, se calma del arrebatado del sol. Unas leves sombras violeta empiezan a borrar lentamente los ángulos y las aristas. La plaza se ensancha. Dilata las pupilas oscuras de sus arcos. Afila los picos de la cresta erizada que la corona como si quisiera apre-



Se ruega una oración a quien pase por este lugar



Lateral llamado de Correos

sar con ellos a una nube incendiada que pasa flotando hacia la puesta del sol. Y corre por la carne seca de las piedras viejas de la plaza un quieto escalofrío, un llamado presentimiento del campo.

Poco después se encienden algunos balcones. Y empiezan a llenarse las terrazas. Y luce el collar luminoso de las farolas que penden de los arcos. Y otra vez echa a andar el doble carrusel del paseo. Ahora por fuera de los soportales, por la calzada prevista para el tráfico rodado, que a estas horas, en atención a las dos grandes ruedas humanas, se corta casi por completo. Y que si fuera posible suprimirlo a todas horas y por completo, tengo para mí que no perdería nada la Plaza Mayor.

Este paseo de la noche baila al mismo compás que el de la mañana. Sigue el mismo rito. Ellos y ellas, vuelta a vuelta se encuentran y se pierden y se vuelven a encontrar. Buen ejercicio para el cuerpo este doble paseo diario de los salmantinos. Magnífico, según dicen, para conservar la línea. Y aun para

Las obras del año pasado



conseguirla. A poco que contenga su apetito las chicas de Salamanca—que debe abrirse mucho con tal ejercicio—lograrán en poco tiempo unos tipos de modelos. Y muchos he visto pasar paseando dignos de gran premio, medalla de oro y mención especial.

Buen ejercicio también para el espíritu. Que no hay razón aquí para elecciones precipitadas. Hay ocasión sobrada de meditar, de darle vueltas y más vueltas al asunto.

La noche plantea un problema a la Plaza Mayor, mejor dicho, a los paseantes. Desaparecidas las farolas centrales hay poca luz. Es difícil verse unos a otros, y los dos círculos giran un poco a ciegas. Andan buscando soluciones. Amigo, reza conmigo para que no pongan en la Plaza Mayor de Salamanca esas horribles barras de luz fluorescente que tienen tanto éxito por ahí. Y mucho menos que monten unos focos que, si no entendi mal, darán a la plaza aspecto de patio de presidio norteamericano. O de escena teatral, en el mejor de los casos. Y la comedia de la vida es lo suficientemente seria para ridiculizarla con tales «efectos» luminosos. La discreta penumbra de la noche tiene su encanto, pero si hay que combatirla, que se luche con armas más nobles.

A las diez y media llama la cena. A las once menos cuarto ha terminado el paseo.

Y pronto empiezan a sonar las palmadas que llaman al sereno. Y las llaves de éste, del guardián nocturno de la plaza, del activo Prieto, que, en compañía del guardia Manuel San Norberto, con el que pega la hebra junto a los arcos del Novelty o del Regio, rige la noche de la Plaza Mayor.

EL PROLOGO DE LA NOCHE.—LIBERTAD, ORDEN Y PAZ.—LOS ENAMORADOS DE LA PLAZA.—ANTES DE AMANECER

Se produce a estas horas el segundo relevo. Hay también por la noche quien cena temprano y llega a las terrazas de los cafés a tiempo de ocupar las sillas que dejan vacías los que se marchan a cenar. Las tertulias suelen durar hasta la una y media. Un poco antes de esta hora, sobre la una y cuarto, la salida del cine Coliséum anima un momento los soportales. Pero es un chispazo fugaz. Los cafés apagan sus luces. Los camareros recogen las mesas y las apilan bajo los arcos que corresponden a la jurisdicción de su café. Y si alguna tertulia tiene trazas de prolongarse demasiado, los camareros de turno retiran, con unas palabras de disculpa, el mantel, dejan las copas, las tazas, los vasos y la jarra sobre la mesa desnuda, avisan a Prieto y se van. Prieto se encarga de recoger todo. Y si es necesario, hasta de cobrar. Como se encarga de vigilar la integridad de las lunas de los ricos escaparatados, o de proporcionar alojamiento a una pensión de la plaza a un viajero que llegue a hora avanzada de la noche.

La Plaza Mayor, cumplido este prólogo, queda casi desierta durante algún tiempo.

Y es en estos momentos de semisolitud cuando descubre otro de sus secretos. Una plaza tan cabalmente cerrada como ésta provoca una pregunta: ¿Por qué no se siente sensación de ahogo entre sus cuatro paredes, por qué razón no se acojona el ánimo encontrándose prisionero en ella?

La plaza misma ofrece la cuadruple respuesta de sus cuatro fachadas. No produce tal sensación porque, valga la paradoja, su ámbito central no es «interior». Es la suma de las cuatro explanadas correspondientes a cuatro fachadas exteriores. Es, en definitiva, un espacio «exterior». Es una plaza, no un patio. De modo que estar encerrado en él ni angustia ni ahoga. En la tierra estamos encerrados en una esfera y nos sentimos libres por una razón análoga: porque estamos presos en ella «por fuera».

Hay libertad en la Plaza Mayor de Salamanca. Y orden. Y paz. En esta trilogía anda reflejada la vida de Salamanca,

Tras el prólogo de la noche, la llegada y la ronda de los enamorados de la plaza. De los que todas las noches establecen en ella, con un dulce girar de cangilones de noria, unas tertulias paseantes. De los que no podrían concii-



Detalle de la fachada de San Fernando

liar el sueño sin darle a la plaza, oscura y tranquila, unas vueltas pausadas de buenos catadores de su belleza.

Y ahí están, siguiendo el hilo invisible del círculo de su admiración a la plaza, fundidos con ella, en la noche, el trío de Méndez, Hoyos y Viota. Y el grupo de Gombáu, Enrique de Sena, Paco Casanova, periodistas a los que se une el violinista Juan Quintero y el popular Bartolo, el operador de cine, que se arrima a ellos, según dice, «para aprender» vuelta a vuelta quién sabe qué cosas de la vida y de los hombres que pueden comentarse a tales horas. Y de una a otra tertulia se mueve Manolo Grande, el gran animador de las tertulias de esta hora. Seguramente uno de esos hombres, tipos magníficos, que prefieren, por puro goce del espíritu, hacer una frase ingeniosa mejor que ultimar un negocio. Y ahí estuvieron, y pasearon la calle a la plaza a estas horas, el buen caballero que fué don Filiberto Villalobos, y algunas veces con él, el inflexible don Miguel de Unamuno.

Y luego, en los años del Alzamiento Nacional, de noche y de día, la mejor juventud de España. Cuando Franco estableció su Cuartel General en Salamanca. Cuando legionarios y moros, requetés y falangistas, infantes y artilleros, median con paso alegre, con osado andar de vencedores, las losas de la Plaza Mayor y lanzaban a los arcos de los soportales las canciones románticas de la guerra. Cuando la Plaza Mayor reventaba de alegría en las jornadas de la conquista de Bilbao, de la toma de Barcelona y del final de la lucha.

Hay, por último, en la noche de la Plaza Mayor, un desfile ajustado a un horario exacto que va contando las primeras horas de

cada día. A las dos pasan, camino de las tahonas, los panaderos. A las cuatro, camino de los pueblos cercanos, con sus cántaras adosadas a las bicicletas, cruzan los lecheros. A las cuatro y media, con su farol encendido, se dirige a la estación un ferroviario. A las cinco, los sábados, los de la Adoración Nocturna. A las cinco y media sueña en la plaza el parloteo de las muchachas que caminan hacia las fábricas, a

empezar en el turno de las seis. Pronto llegarán los tíos de las mangas. Y con ellas, las mujeres que limpian las oficinas. Entonces hay ya una claridad de alba en el cielo que cubre la plaza solitaria.

(Fotos G. Gombáu.)

Diego JALON
(Enviado especial.)



Cabeza que da nombre al Arco del Toro



La fachada del Ayuntamiento



Los últimos noctámbulos junto a «Nicolás»



A Rafael le dolía la paz, la inactividad.

El tenía, dirán algunos, un concepto erróneo de la palabra paz y del vocablo inactividad; de ahí la incongruencia que a primera vista salta al enfrentar palabra con vocablo.

Rafael rumiaba,

no sabía desde cuándo, unos versos que eran su lema. El mote que podía rematar su escudo si él lo tuviera:

«Ser en la vida romero,
romero sólo...»

Quando estudiaba el bachillerato le era difícil conjugar la posición silente ante los libros con su mente volando ansiosa de conocimiento por las tierras de España; el Levante ubérrimo de los huertos en ilor; la estepa y el trigal castellanos; el Norte reventando de clorofila; la Cataluña embarazada de quehacer; el sufrimiento andaluz del latifundio, su tierra, que le pesaba como una losa cargada de tristezas con el disfraz de una alegría contagiosa; las extremas tierras del Duero hasta donde llegaba la soberanía de su Patria.

Le dolía la paz no como consecuencia de un resultado, no como consecuencia de la guerra. Le dolía la inactividad no como la consecuencia de un descanso. Le dolía la paz y la inactividad como compendio de un cruzarse de brazos ante la realidad, como la suma infecunda de la verborrea y de la discusión ante los problemas, como la esterilidad, como la inhibición, como el estatismo ante el quehacer. El quería una Patria marchando, no le importaba de qué forma. Descalzo anda el peregrino cargado de promesas; con la abarca pisa el campesino tras la yunta asido a la manquera del arado, voleando la simta, recogiendo el fruto...; con fuerte pisada el soldado que sabe dónde pisa. El caso era andar.

Por eso el mote para el escudo que no poseía:

«Ser en la vida romero,
romero sólo...»

Así el 18 de julio, no hace falta decir de qué año del Señor, él empezó su peregrinaje. Un peregrinaje duro y terrible, cargado desgraciadamente de sangre; él sentía dolor en su alma, en todo su ser. Empezó su andar como Dios quiso que lo terminara, abierto al perdón y sin odios ni venganza.

Quando el caminante sudoroso escoge la sombra del árbol y cree que terminó una etapa, se sabe confortado por el frescor del agua de su cantimplora, la brisa suave y la ruta vencida que volteó a sus espaldas.

Rafael se sintió aliviado, solamente aliviado. Brindó su agua, partió su pan y rezó y lloró por los que habían quedado para siempre en la cuneta, una cuneta florida y hermosa, jalonando de rosas rojas y reventonas la calzada.

Y siguió su caminar. Había aprendido el compás de una marcha incansable, siempre ansioso de más allá, con su lema una y otra vez machacando insistentemente en su interior:

«Ser en la vida romero,
romero sólo...»

Los caminos largos tienen sus dificultades; el caminante deja las suelas de sus zapatos en ellos, quiza los mejores años de su vida. Rafael es un nombre solamente; como él hubo mucho, dejó algo más.

Al principio un trozo de metralla encontró nido pasajero en su antebrazo izquierdo y se llevó volando medio cúbito. De resulta de aquello se le quedó engarabada la mano izquierda. El opinaba que para la marcha sólo hacían falta los remos inferiores y

que aun quedaba por arriba otra mano útil. Fue..., la fecha es lo de menos.

Con él se presentaron al comandante del batallón dos alféreces más. Los tres, después de salir de la Academia de Granada, habían quedado citados en Valladolid para incorporarse juntamente. Los tres habían sido destinados al mismo batallón.

El camión del suministro les dejó en una hondonada, ante las perolas del rancho. Subiendo el camino bordeado de jara, casi en la cresta del monte una hilera de chakolas. A la otra parte, de vez en cuando, una metralladora probaba su ladrillo cantando la «copita de cjén». Algún tiro suelto expandía el sonido por las vaguadas.

—A sus órdenes mi comandante, se presentan los alféreces tal y tal.

El comandante levantó la vista del plano. La tarde caía fuera y en el interior dos carburos, dos lenguas, dos llamitas alumbraban la cueva. Rafael volvió a aspirar nuevamente el olor grato del carburo, el perfume áspero de las noches de guerra.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Valladolid, mi comandante.

—Sí, sí, de Valladolid, pero antes...

—Salimos de la Academia de Granada el día 20, mi comandante.

Rafael vió clavado en la pared un almanaque. Mes de marzo, casi todos los días tachados con un lápiz rojo. Sólo los tres últimos, el 29, el 30 y el 31 parecían reirse ajenos de la cruz que les esperaba.

--Llegan ustedes oportunos. Mañana, esta ma-

ROMERO SOLO

NOVELA

Por Eduardo CRESPO

drugada, nos toca operar. La tercera compañía la tengo sin mando..., al alférez García se lo llevaron ayer con un tiro en el ojo derecho; el teniente está en el hospital...

Silencio. Sólo las llamas, aquellas dos lenguas soplando débilmente, sutilmente, a la salida, en la boquilla de la lámpara.

—Les digo esto por si alguno de ustedes, ya que los tres vienen ahora del curso, desea mandar la tercera.

Rafael, cuadrado y rígido, se adelantó.

—Si usted no ordena otra cosa, mi comandante, nos dijeron en la Academia que la antigüedad es un grado en la milicia...

—Bien, bien...—dijo con sorna el comandante—, ya presumen de antigüedad. ¿Y quién es el más antiguo? Claro, claro, no hay duda, usted reclama...

Rafael asintió al mismo tiempo que hacía sonar fuertemente un taconazo.

El comandante quiso aprovechar la última luz de la tarde y explicó desde el observatorio, a los jefes de las compañías, cuál iba a ser la operación del día siguiente.

Rafael se esponjaba de orgullo y sentía al mismo tiempo una terrible responsabilidad. ¡Qué fácil era antes, de soldado, dar la carrera, el salto, sólo con la idea de llegar a un sitio determinado, a la trinchera de enfrente, sin más responsabilidad y con el cuidado de que las municiones no se cayeran de las cartucheras!

Y el alférez que al día siguiente iba a mandar la compañía, la tercera compañía, a un centenar de hombres, veía a sus soldados correr hacia adelante, con el fusil fuertemente asido y apretando las tapas de las cartucheras.

—Ya pueden poner los relojes en hora—decía el comandante—, y luego comprueben que no hay retrasos. Ocuparán las posiciones de partida por los itinerarios que les he marcado. Cuando empiece la artillería cuenten cinco minutos, ni segundo más ni segundo menos. Péguense bien al humo de las últimas explosiones porque esa es toda la ayuda que vamos a tener.

Cuando regresaban a la chabola del comandante, Rafael iba pensando en su reloj. Allí se quedó inexplicablemente perdido con el último beso, con la última mirada de su novia, de Josefina. Iban paseando por la playa, se sentaron muy cerca del mar, jugaron con la arena, y no se dijeron cosas muy serias porque al día siguiente el alférez tenía que salir para incorporarse a su primer destino.

La farola del puerto empezaba entonces sus guiños, fueron cogidos del brazo y en silencio. Se dio cuenta de que había perdido el reloj cuando iban a tomar el tranvía. El tiempo, su tiempo pasado, medido minuto a minuto desde su muñeca, quedaba ahora perdido en la playa. Sería aproximadamente la misma hora en que se dirigían a la chabola del comandante. Málaga quedaba ya muy lejos. Y por delante mucha tierra nueva que recuperar con ese paso que a Rafael le gustaba.

Estaba cenando. La manta que aislaba la chabola del exterior se recogió a un lado de la puerta y una voz pidió permiso.

—Pase, Carlos, pase. Pero, ¿cómo usted por aquí?—preguntó extrañado el comandante.

Los viejos compañeros se abrazaron con el teniente que acababa de entrar. Carlos, el antiguo jefe de la tercera compañía, llegaba del hospital.

—¡No creo que esté usted curado del todo!

—Perfectamente, mi comandante, y creo que llego en buena hora.

—No es mala, no. Ya tenía usted un sustituto. Puede quedarse mandando la compañía que va en reserva.

—Mejor con mi gente. ¿No le parece, mi comandante?

—Lleve entonces con usted al alférez. Creo que se enteró perfectamente de cuál era la misión de la tercera. ¿No es así?

Rafael sintió la llegada del teniente Carlos.

El teniente Carlos tenía casi la misma edad que el alférez. Durante la noche se estuvieron contando cosas de sus vidas. Carlos era valenciano. Al salir de la Academia fué a Regulares. A los seis meses le dieron las dos estrellas, y con ellas el primer tiro, un sedal en la pantorrilla derecha que le adormecía de vez en cuando el pie. Pasó a recuperación y después a la tercera compañía de aquel batallón.

Cuando caminaba en la madrugada, silencioso,

hacia la base de partida, Rafael miraba a las estrellas, alta en lo alto, quietas y mudas y recordó lo que de ellas le había dicho momentos antes Carlos: «Lo que nosotros llamamos estrellas son los agujeros hechos por las lanzas de los ángeles de Aia en el negro velo que el demonio puso entre el sol y la tierra». Carlos amaba a sus Regulares y, por tanto, los viejos poemas arábigos y las gasidas. En el Cuartel General le habían prometido que volvería a su tabor, sólo que otro tiro, esta vez rozando el pulmón, le hizo ver que su destino, por una temporada, estaba en un hospital.

El hospital estaba cerca del frente y hasta él llegó la noticia de que su batallón iba a operar. Pidió el alta. Hubo discusiones con el director.

—Yo le prometo, mi teniente coronel, que cuando termine el jaleo, si no me encuentro bien, volveré.

—Es un disparate. Allí usted. Piense también en mi responsabilidad si le ocurre algo.

—Gracias, mi teniente coronel.

Cuando Rafael le preguntó cómo no se colgaba la pistola del correa, Carlos le enseñó medio pecho vendado.

«Era una chaladura—pensó Rafael—, pero cuando los hombres empiezan a caminar no tienen remedio.»

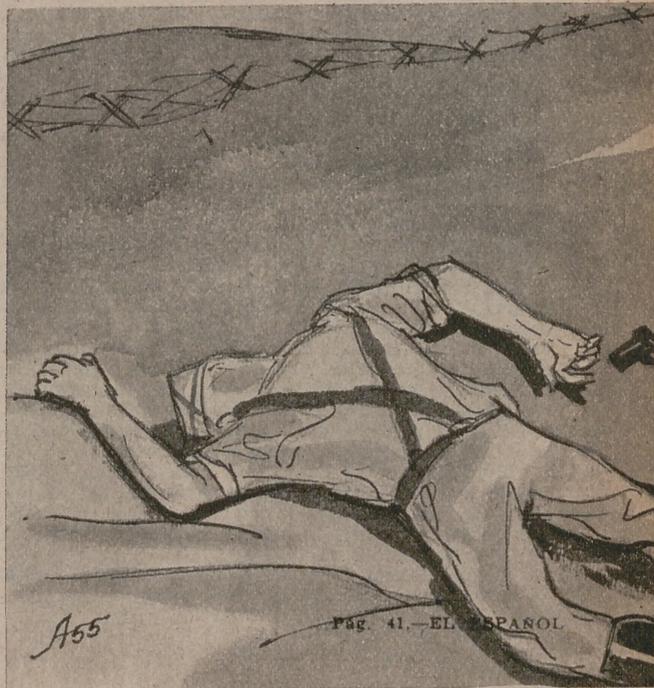
Llegaron a la base de partida. La gente estaba preparada para el momento decisivo. Todos a la mano del jefe. Y el teniente y el alférez se recostaron sobre un paredón de tierra. A dos pasos, estaban las trincheras que habrían de asaltar.

El reloj de Carlos señalaba la hora justa en que la artillería iba a hacer sentir su potencia. Pasaron unos segundos que se hicieron interminables. Fué un estampido seco, atonador, las baterías rompían conjuntamente el fuego y los hombres que esperaban para el asalto se pegaron al terreno, confundidos con él.

Carlos y Rafael encendieron el cigarrillo de la espera, el cigarrillo de los cinco minutos. Las explosiones de las granadas de sus compañeros caían cerca de ellos. Al mismo tiempo, sobre sus cabezas cruzaban silbando, como presas de rabia infernal, las balas que llegaban de la trinchera cercana.

Estaba señalado por la mano de Dios que Rafael tendría que mandar la tercera compañía. Carlos, a los cinco minutos justos de preparación artillera, levantó la cabeza; empezaba el día, una cortina de humo dificultaba ver el objetivo. E a el momento, dió las primeras órdenes, tan sólo las primeras, porque al incorporarse, una ráfaga de ametralladora señaló limpiamente en su rostro el signo de la muerte.

A Rafael no le dió ni tiempo de atenderle; el teniente quedó boca arriba. Rafael era un autómata, ordenaba lo que la noche anterior habían estudiado; unos gritos nerviosos salían de su garganta. Sintió un golpe, como un encontronazo en su antebrazo izquierdo, siguió adelante, caminando, ansioso de tierra española.





Carlos sintió correr la sangre por su mano, apenas podía moverla. Recordó la goma que la noche anterior le había dado el practicante. Ayudado por sus dientes y por su otra mano se apretó con fuerza la goma por encima del codo. No supo cuánto tiempo duró sobre sus remos inferiores...

Desde entonces se le quedó engarabitada a Rafael la mano izquierda.

Lo del hígado fué otra cosa.

Rafael se presentó en el frente del Ebro con otros tres compañeros; pero él era ya un veterano. Cuatro oficiales más que llegaban a un tabor de Regulares que se tragaba a todos los subalternos que le echaran.

El tabor descansaba a unos kilómetros del frente, «reponiéndose» para volver a entrar en «fregado». Cuando los nuevos oficiales llegaron, el comandante estaba en la Plana Mayor.

—¿Tienen ustedes preferencia por alguna compañía?—les preguntó.

Nadie respondió.
—Bueno, Navajas—se dirigió el comandante a un capitán que le acompañaba—, dos hacen falta en tu compañía, ¿no es eso?

—Cualquier provisional es bueno para mi unidad. La epidermis se les erizó a los cuatro alféreces y un sentimiento de orgullo, como un escalofrío, recorrió las cuatro medulas.

A los pocos días empezó el «jaleo». Un ejército potente avanzaba incontenible, salvando obstáculos, remontando sierras y cordilleras, recibiendo el parabién de los pueblos que reían con los soldados, que lloraban con ellos.

Rafael estaba haciendo realidad los sueños de su mente de estudiante de bachillerato, pisando ansioso y conociendo las tierras de España, palmo a palmo, midiendo su topografía a pasos, a zancadas, a codos y rodillas, cuerpo a tierra. Así, cuerpo a tierra también quedaron muchos y para siempre, pero era imposible detenerse.

Un día, pisando la Cataluña preñada de quehacer, le falló a Rafael una carrera, cuando ya estaba cerca de la meta. El tranco quedó en el aire y el alférez cayó a tierra, sin poderlo evitar. Un golpe bajo acababa de tumbarlo. Sintió cómo algo caliente le corría por el vientre, por la ingle, quiso arrastrarse, llegar más adelante. Empezaron a pesar los ojos, a ver confusas las cosas, casi no conoció al «pater» cuando se le acercó...

El hígado, como cualquiera otra viscera, debería algunas veces estar colocado unos milímetros más a la derecha o más a la izquierda, quizá así no se lo hubiera encontrado aquella bala que le entró al alférez rozándole su cinturón.

El hígado, su hígado, le dió la lata a Rafael. Una complicación, además, hizo muy amigos al al-

férez con varias camas de otros tantos hospitales. En una de ellas le cogió el final de la guerra. Tuvo un pasaporte extendido para un viaje eterno y el buen Dios dirigió la caminata.

Buscó la convalecencia en Málaga, al lado de los suyos, al lado de Josefina. Junto a su novia paseaba sobre la crujiente arena de la playa. Se detuvieron en el mismo lugar que aquella tarde, víspera de su partida, con su recién estrenada estrella de alférez. Todo parecía lo mismo, todo igual, los besos, los silencios...

Sin embargo, no era así. Ahora rondaba la esperanza, la victoria había llegado para unos y para otros. El trabajo reclamaba un puesto tras el sueño, una nueva vida se anunciaba prometedora. No todo estaba igual. Las cunetas habían dado muchas flores rojas y reventonas. Ahora Rafael estaba junto a Josefina, tampoco era igual, su fe le había costado cara, la metralla había dado jaque a su cuerpo, unos gramos menos de carne eran su contribución. Sólo eso, porque el sufrimiento pasado ya no contaba, la alegría del volver a empezar vale a veces por toda una vida.

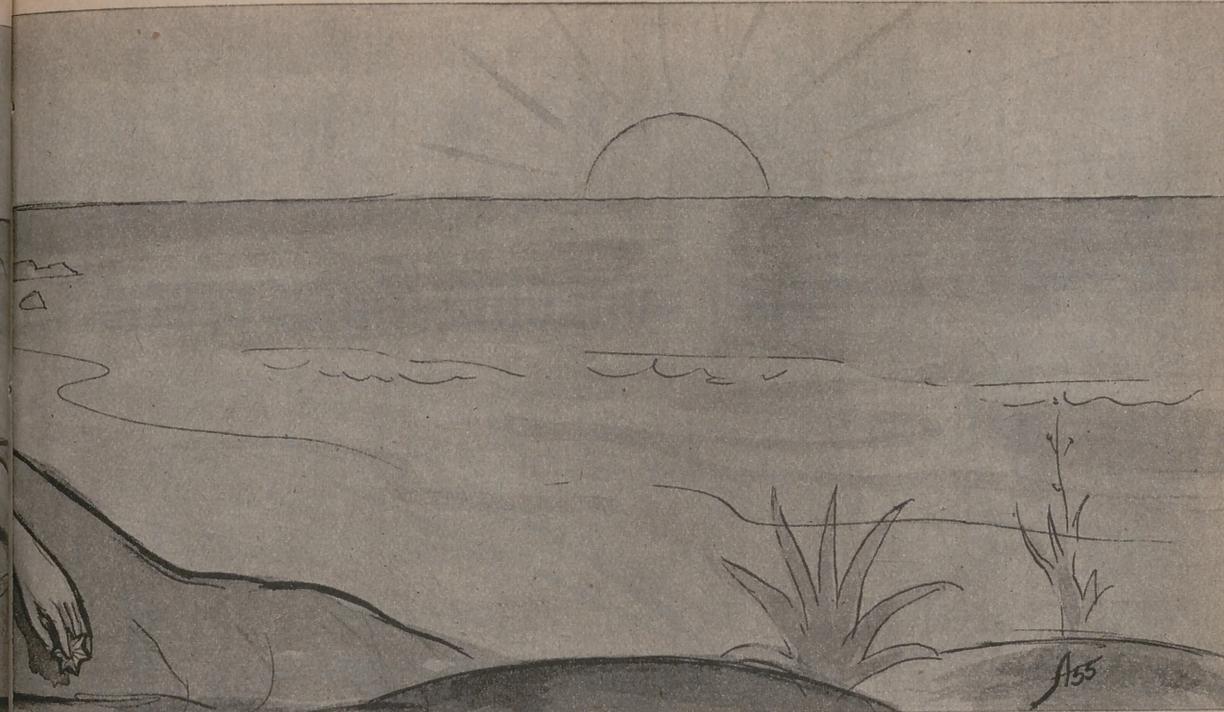
Rafael lució la venera de caballero mutilado permanente y se quedó en su ciudad. Buscó nuevas actividades en el estudio y a veces se sentía poeta. Su alma, como su vida, era inquieta y buscaba el sedante para la inquietud en la poesía, en la literatura.

Su primera idea fué escribir un libro que hablara de todos sus compañeros, de la guerra. Escamoteó un título y lo arregló de acuerdo con la idea que se había forjado: «El oasis, la paz, están debajo de un almendro». El libro no lo escribió porque se le resistía terriblemente; llenó, tachó y rompió muchas cuartillas. El libro no lo escribió porque él estaba lleno de inquietud y divorciado de aquella paz ficticia que él quería representar sentado cómodamente, a la espera, bajo un árbol; no lo escribió tampoco porque mal fin llevan los libros—éste era su juicio—que encuentran el nombre aun antes de haber nacido.

Las cosas coinciden a veces inexplicablemente. Un día le comunicaron a Rafael que le habían concedido la Medalla de Sufrimientos de la Patria subvencionada con unos miles de pesetas, por la herida del hígado. Aquel mismo día pasaba por Málaga, camino de Melilla buscando su repatriación, el tabor de Regulares en el que Rafael había hecho el final de su campaña.

Fueron dos acontecimientos que llenaron el tedio de varios meses.

Con las pesetas proyectó una idea que antes ligeramente pensara: viajar por los itinerarios que él recorrió en la guerra. Quería ver por sus propios ojos a su tierra con una nueva fisonomía;



quería pisarla nuevamente para evocar un recuerdo con cada zancada, para rezar un padrenuestro [en tantos sitios, Señor!

Con los compañeros bebió, con pesar para su hígado, y recordó, con alegría para su espíritu. Celebraron el reencuentro y las pesetas de la Medalla.

El grandullón, el peludo del teniente Chinchilla, cargado de vello casi como un simio, envidiaba la suerte de Rafael.

—Vamos, no debes quejarte. Eres un tío feliz, pocas ocasiones tendrás de vender tu carne a tan alto precio.

—Ya tuvo que decir un disparate la mula de Chinchilla—le dijeron entre risas.

Rafael vió abandonar el barco con pena. Un nudo le atenazaba la garganta, y las lágrimas le empañaban los ojos. El barco, muy iluminado, con unos focos dirigidos hacia el centro del casco, el nombre de España y su bandera pintados en sus planchas y proclamando la neutralidad del país, se alejaban lentamente del muelle. En los botes salvavidas, llenando la borda, los soldados moros daban al aire marinero sus canciones, éstas, el sonido de los panderos y el ruido de las máquinas del buque se adentraban en la noche oscura, alejándose de la ciudad.

Josefina vió a Rafael con los ojos llenos de lágrimas y pensó para sí: «No tienes remedio, es un sentimental.»

Pensaron hacer la peregrinación por los antiguos campos de batalla después de casarse, como viaje de novios. Fué una idea de Josefina, podría necesitar su ayuda. Pero Rafael le hizo ver las incomodidades del viaje, gustaría mejor de él sin compañía.

—No es por nada, puede tentarme alguna vez dormir en la soledad de la noche, en los riscos de una montaña, en un pobre caserío... No sé..., te ruego que me perdones por esta vez. Prepara todas las cosas, en el momento que vuelva, lo antes posible, nos casaremos. Entonces, yo te aseguro que no me separaré jamás de ti.

Y Josefina fué recibiendo cartas de aquella ruta histórica. Cartas que le rememoraban los viejos días de la guerra. A veces sentía, con el mismo temor de entonces, la falta de noticias. Sabiéndole seguro, que viajaba en paz por las tierras de la Patria le parecía que nuevamente le iba a llegar la noticia desde algún hospital, de que nuevas heridas se habían abierto en la carne mutilada de su novio.

«No tiene remedio, es un sentimental, que vuelva pronto, Señor.»

Y a Rafael, a lo largo y a lo ancho del terri-

torio, se le abría el alma de sentimiento y de recuerdos. Peregrinaba.

«Ser en la vida romero, romero sólo...»

El viaje fué breve, más breve de lo que en un principio había imaginado. Andaba Rafael rondando el río Ebro cuando leyó en los periódicos y escuchó por la radio la llamada a un nuevo deber, a una nueva lucha que muchos kilómetros más allá de las fronteras de España se desarrollaba.

Dobló sus planos, dejó el terminar la ruta para mejor ocasión y tomó el tren para su ciudad.

Lo difícil sería justificar ante Josefina lo injustificable. El, por su condición de mutilado, tendría que hacer lo imposible para que lo admitieran en aquella expedición que salía para Rusia.

Intentaba dormir sin poder conciliar el sueño. Las ruedas, los ejes, todo el tren, le incitaban a un nuevo ideal. Rafael pensó que aquella lucha no era sino la segunda parte de la desarrollada en España. El deseaba caminar, como caminaron sus antepasados, fuera de las fronteras patrias.

—No debes hacerlo, Rafael, estoy segura de que algo malo puede sucederte. Ya has luchado bastante. No te marches...

—Las mujeres a veces, no comprendéis las cosas. Yo debo de ir. Josefina, debo dar ejemplo; si me amparo en mis heridas, la gente, y yo mismo, pensarán que no sirvo para nada. Estoy seguro de que no llegaremos al frente, de que antes se terminará la guerra. ¿Tú crees, en último caso, que me van a dejar ir a primera línea...?

No hubo posibilidad de convencerlo.

Pasearon por la misma playa. Estuvieron silenciosos porque Rafael no sabía cómo contener el llanto de Josefina. Ni sus caricias, ni la promesa de que él no haría ya tonterías.

La verdad es que Rafael se dió cuenta de que se marchaba cuando desde la ventanilla del tren vió perderse con la estación a su novia. Los compañeros del departamento, en pleno jolgorio, no percibieron que Rafael lloraba.

«No tiene remedio, es un sentimental, pero devuévemelo, Señor.»

En un periódico de provincias, un día apareció un artículo de un compañero de Rafael, dando la sucinta nota del último hecho de guerra del héroe. Murió como tenía que morir, en primera línea, al frente de su sección, con ansia andariega. No volvió porque el Señor quiso ofrecerle el descanso a su alma. A su cuerpo tal vez no quiso dárselo, y nada se sabe si su tumba recibió el respeto que se merece un héroe.

(Dibujos de Anselmo.)



A mayor consumo mejor precio.

La extraordinaria
venta obtenida por

PUNTA

BIC

permite ofrecer una

Sensacional rebaja de precios

Calnet

	PRECIO ANTERIOR	6 ptas.	PRECIO ACTUAL	4 ptas.
BIG CRISTAL 5.130	»	»	»	»
BIC BOLSILLO M-4	»	12	»	8
BIC BOLSILLO M-5	»	15	»	12
BIC CLIC M-11	»	25	»	25
RECAMBIOS M-4, M-5	»	6	»	4
RECAMBIOS M-11	»	8	»	8

GARANTIA ABSOLUTA

La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada.
Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC.

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

“EN GINEBRA HEMOS VISTO QUE YA NO PUEDE SURGIR LA GUERRA”, dice el

PROFESOR ARTIGAS

“HEMOS ASISTIDO A LA EPIFANIA NUCLEAR”

La inminencia de un sabio agita los nervios. Con los sabios ocurre lo mismo que con los fantasmas. Se les teme de lejos. Luego, la sábana cae y resulta que unos y otros son hombres.

Consejo Superior de Industria. Director. El despacho es como décimonónico. El profesor Artigas ocupa un sillón de respaldo alto, que sobresale por encima de su cabeza. El conjunto tiene mucho de litúrgico. Yo diría que el mismo rostro de este sabio, sus sombras profundas y graves, son casi, casi episcopales.

Empezamos a hablar. Vamos enterándonos de algunas cosas y recordando otras. En este año de 1955 fué nombrado director honorario de la Escuela de Estadística en la Universidad de Madrid. Queda hacia atrás su título de ingeniero industrial, su cargo de vicepresidente en la Comisión Internacional Electrotécnica y en la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada.

En lo que se refiere a su último nombramiento, es de recordar que cuando con el mecenazgo de Rockefeller se consagró a Henri Poincaré como el más excelso matemático del siglo pasado, creando el Instituto que lleva su nombre, y se invitó a trabajar allí a primeras figuras del mundo, fué el profesor Artigas quien inició en él la nueva concepción estadística, que muchos años después se ha introducido en las Facultades de Ciencias de todos los países. Así lo han proclamado recientemente los mejores profesores de la Sorbona, como Frechet aquí, en Madrid, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y Darmois, presidente del Instituto Internacional de Estadística, en su última sesión de Roma.

El profesor se apoya levemente sobre la mesa. No hay sobre ella ni un papel, ni un lápiz, ni una mota de polvo, como si todo estuviese ya definitivamente hecho. Tal vez sea esto el pudor de la sabiduría.

EL PROFESOR ARTIGAS Y EL TIEMPO

Escaramuza general. Ligera floración de temas. Síntesis y contactos. Por ejemplo, el tiempo. El profesor introduce en él humanidad fresca y diaria, realidad sanguínea.

Pregunta amablemente por las angustias cotidianas de los periodistas.

—Les admiro. Para ustedes—me dice—, como para los hombres de ciencia, el tiempo es fundamental. Para nosotros representa un aliado insustituible. Para los periodistas, un enemigo irreconciliable. En la vida también se necesitan amigos y enemigos.

Sonríe. Sonríe con delicadeza. Tras una discreta pausa, continúa:

—El tiempo permite al investigador repetir, hasta la saciedad, sus experimentos. Le concede la posibilidad del ensayo. Oculta sus fracasos. Pero ese mismo tiempo prohíbe tal lujo al periodista. No le perdona. Multiplica su primer fracaso. No transige.

—El tiempo es injusto.

—No, no. Le aseguro que no. El tiempo vela por la identidad de ustedes, como por la nuestra. Si les concediera un minuto más del plazo que les tiene asignado, ustedes no serían ya periodistas. Si nos lo quitara a nosotros, dejaríamos de ser hombres de ciencia. No lo dude, el tiempo es sabio.

Luego el diálogo deriva suavemente. Busco desesperadamente, sin hallarla, cualquier pregunta científica. ¡Señor, Señor! ¡No se me ocurre ni la más elemental proposición!

El profesor me mira. Viste de negro. Cuando alza la diestra parece que va a bendecir. Traspira modestia. Siempre dice «nosotros». Lo que no sé es si me incluirá a mí.

Pregunto. Pregunto. Pregunto.



El sabio profesor Artigas hablando a nuestro redactor

¡Qué oficio éste! El profesor se resiste de manera imperceptible a descubrir sus aventuras experimentales Absolutamente profanos en la materia, desconocemos toda particularidad.

Aun más preguntas. Logramos saber que obtuvo brillantes resultados sobre la química de los sindicatos. La casa Zeiss requirió sus conocimientos en el año veinte. De él procede la primera aplicación de los gases nobles al alumbrado eléctrico por los tubos que han venido a sustituir las lámparas de filamento. Sus modernas síntesis de vidrios ópticos y químicos son un ejemplo de agudeza y de técnica. Labor entera, extraordinaria y silenciosa, aunque no desconocida, de este gran profesor de mediana estatura, vestido de negro.

EL PROFESOR ARTIGAS E INOCENCIO X

Es un entusiasta de la pintura. Oyéndole hablar parece que los primitivos italianos van a irrumpir, de pronto, en el despacho, como entrañables amigos de la casa.

Adora a Velázquez, gran aliado del tiempo. El profesor cita a Ortega y habla un poco sobre sus divagaciones pictóricas. Vuelve a entusiasmarse directamente con Velázquez, y vuelve otra vez al tiempo.

Fíjese: existen cuadros que Velázquez repintó hasta cauto veces. Un interesante descubrimiento de los rayos ultravioleta que arroja un haz importante de luz sobre la personalidad de aquel ge-

nio. El pintor se sumerge en el tiempo, lo hace suyo y simultáneamente prescinde de él.

Las perspectivas. La escueta biografía de don Diego. Variaciones sobre la inmortalidad. Inocencio X. El retrato que el artista hizo a este Papa es la obra preferida del profesor. Refuerza su opinión con juicios de eximios críticos. Luego Velázquez se aleja poco a poco de la conversación, perdiendo en individualidad y ganando en panorámica.

Después, Velázquez vuelve a aparecer engarzado en anécdotas. Con voz mesurada, con un sentido perfecto de la narración, combinando los mejores instantes, cuenta lo de la cadena de oro.

Resulta que el Papa quiso premiar el éxito del retrato y ofreció al artista una cadena de oro. El ofrecimiento fué rechazado. Insiste el Pontífice. Entonces el pintor aclara que no puede aceptarla sin permiso del Rey de España, de quien es criado. Se consultó al Rey. Velázquez, al fin, consintió en aceptar el regalo.

Un tema y otro. Mi interlocutor conoce la técnica de las transiciones. Da la impresión de ágil, no de voluble. Por simple casualidad, debido a una explicación pedida, sabemos que pudo ser ministro con don Miguel Primo de Rivera. No pudo, en conciencia, aceptar.

(Estuve a punto de preguntarle si fué como lo de Velázquez. No me atreví.)

—Sí—me explica, realizando un esfuerzo—me hubiera gustado ser ministro. ¿A quién no gusta, en general? No servía. No debía de serlo, y no fui.

—Profesor, ¿cuál ha sido la mayor satisfacción de su vida en el campo profesional?

No titubea.

—La creación «nominatim» por ley del Instituto de Ampliación de Estudios.

No añade más. Pero esto sí que lo sabemos nosotros. Torres Quevedo, Ramón y Cajal y él han sido los únicos a quienes se les ha concedido tal honor y confianza. Lo sabemos y lo decimos, aunque por un segundo este hombre realmente modesto padezca de nuestro breve elogio.

EL PROFESOR ARTIGAS Y LOS PRIMEROS COMPASES DE LA QUINTA SINFONIA

De la fórmula $E=mc^2$ («E», energía; «m», masa, y «c», velocidad) ha surgido la era del átomo. El profesor—él continúa con su «nosotros»—llama a tan reducida fórmula «los primeros compases de la Quinta Sinfonía de Beethoven». Perfecta imagen. El número más exiguo de elementos es susceptible del mayor número de combinaciones.

—La muestra de su desarrollo en Ginebra habrá sido portentosa.

—Efectivamente. Ginebra ha sido algo así como la epifanía nuclear. Lo de Ginebra demuestra que no podrá surgir la guerra.

Calla un instante. Supongo que ordena sus pensamientos. De pronto recibe la efímera atención del «flash».

Sigue.

—Cuando Eisenhower se convenció de que tanto los Estados Unidos como Rusia habían realizado no sólo la fisión de los

elementos pesados—conclusión, bomba atómica—, sino, además, la de los ligeros—conclusión, bomba de hidrógeno—, comprendió que el peligro de los conflictos armados se alejaba rápidamente. Una bomba de hidrógeno, con la espeluznante verdad física de las reacciones en cadena, raería el mundo animal y vegetal, sin dejar nada. Sólo a un demente se le ocurriría hacer estallar tal artefacto.

Pues bien. En vista de que ya era inútil laborar para la guerra, Eisenhower propuso laborar para la paz. Prosperó su idea y así se hizo posible la Conferencia de Ginebra, a la que, como probablemente sabrá, asistí.

—¿No es triste que la idea de la paz haya brotado de la imposibilidad de la guerra?

—Sería triste si fuera como usted dice. No ha hecho bien la pregunta. El anhelo de paz no es reciente. La paz no es una negación. La negación, la guerra, es su soporte. La paz es uno de los deseos más claramente positivos de la humanidad. La amenaza de la guerra es el fondo adecuado, por lo menos el único eficiente, para que reine la paz. Pío XII envió al mundo una encíclica, no de las más conocidas, aunque debiera serlo, en la que el deseo de paz llegaba avalado por la calamidad de una posible pugna científica. Los contrastes son convenientes.

EL PROFESOR ARTIGAS Y EINSTEIN

Dato muy importante la amistad de estos dos hombres. Artigas trajo a Einstein a Madrid en el año 23. Fué un verdadero acontecimiento. Einstein andaba entonces por la cuarentena. Pronunció dos conferencias, una en la Universidad y otra en la Academia de Ciencias. Estuvo en la capital del 1 al 10 de marzo. Fué nombrado académico de la de Ciencias y doctor «honoris causa» de la Universidad. De entonces procede la amistad de ambos profesores.

—¿Cómo era Einstein tras las matemáticas?

—Su clarividencia era extraordinaria.

—¿Le preocupaba la paz?

—Naturalmente. La correspondencia entre él y Freud—a quien también he conocido—en 1905 lo demuestra palpablemente. Escribía Einstein a su amigo: «Debe usted averiguar por qué los hombres, que conocen el mal de la guerra, no prescinden definitivamente de ella.»

—Ultimamente, ¿cuál era su pensamiento?

—El mismo, pero henchido de angustia. Veía acercarse la catástrofe total sin poder hacer nada para evitarla. Lo veía bien. Demasiado bien. El progreso del átomo no se detenía, rebasaba los límites de la física para entrar de lleno en la biología. Los peligros eran cada vez mayores. Einstein no murió tranquilo.

Hablando de estas cosas, tampoco parece muy tranquilo nuestro interlocutor.

—Dígame, profesor, ¿cuál es su opinión sobre Ginebra?

—Han logrado un principio de inteligencia. Se presentaron mil docientas comunicaciones, de las que sólo pudieron leerse unas cuatrocientas. La cooperación a la paz ha sido unánime. Por cierto, existían trabajos guardados en secreto por varios países que coincidían exactamente. ¿No le parece curioso??

—Mucho. ¿Quiénes fueron con usted a Ginebra?

—Dos miembros de la Junta Nuclear y dos diplomáticos. Le diré, aunque todavía no me lo ha preguntado, que el Palacio de las Naciones Unidas, decorado por Sert, tenía algo de Babel. Luego se veía que no. Todos hablaban con las mismas palabras.

No hablamos más de esto. Ahora voy a contar la jugada de sir Jhon Cockroft.

EL PROFESOR ARTIGAS Y COCKROFT

Sir John Cockroft es un producto de la vieja y sabia política europea. Su calidad de británico añade a su agudo sentido de las cosas una serenidad y como desgana desconcertantes. Cockroft es director del Centro de investigaciones más importante de Inglaterra, Harwell, a cien kilómetros al norte de Londres.

Cockroft se hallaba en Ginebra. La reunión de los «cuatro grandes» acababa de celebrarse. La conferencia política había sido antes, con objeto de abrir paso políticamente, de señalar una pauta. Quería, como siempre, mandar. Quien mandó, al final, fué la ciencia.

Cockroft. El había oído la espectacular proposición del Presidente de los Estados Unidos. No se apresuró. Al finalizar la Conferencia se acercó al jefe de la Delegación rusa y le dijo, sencillamente: «El Gobierno inglés tiene mucho gusto en invitarles a ustedes a Harwell. Allí podrán observar nuestras instalaciones atómicas. Los aviones que les han de transportar, ya están aquí.»

Los rusos fueron a Harwell. Cockroft seguía esperando. Y al fin dió resultado la estratagemata. Los rusos invitaron a Cockroft. Cockroft irá a Rusia. Cuando Rusia todavía no ha contestado a Eisenhower, Cockroft va a Rusia. Los científicos se entienden.

—Usted, profesor, ¿no estuvo en Harwell?

—Sí. Cockroft es un gran amigo. ¿Sabía usted que es Premio Nobel?

—No. No lo sabía.

Nada tan ejemplar, tan instructivo como hallar de pronto en el camino un sabio verdadero. Cada palabra es una lección, una sugerencia.

Quisieramos oírle siempre, profesor. Sobre todo en esos momentos en los que algo calla, sin aviso, en torno nuestro. Aun quisieramos preguntarle muchas cosas. Imposible. Sabemos que su tiempo...

—No, no. Es a usted a quien le persigue el tiempo. Buenos días, profesor. No me queda tiempo...

Carlos RUIZ ALVAREZ



TROFEO DE ORO de GONZALEZ BYASS

LOS BUENOS TIRADORES...



Toman siempre
SOBERANO
 hielo y sellz. el perfecto
 high-ball (jaibol)
 Calma la sed plenamente,
 refresca y enlona

GONZALEZ BYASS

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

BERLIN 1955

Por Ewan BUTLER

CITY
DIVIDED

BERLIN
1955

BUTLER

MUCHAS gentes de Düsseldorf, Francfort, Munich, Famburgo o Stuttgart se inclinan a mirar como personas extrañas a los extranjeros que les anuncian su intención de ir a Berlín. A los diez años escasos de haber terminado la guerra, casi les molesta que un viajero que recorre Alemania se vea obligado a visitar lo que no es para ellos más que una ciudad aislada y sin importancia. Admitimos, dicen muchos alemanes de Occidente, que Bonn no es una capital ideal, pero sirve para alojar a los políticos y atender a sus requerimientos. El extranjero que quiera conocer Alemania occidental —de la cual el sector aliado de Berlín es de hecho, aunque no «de jure», un Land o provincia— debe concentrar su atención sobre otras muchas ciudades que representan genuinamente a la Alemania libre del yugo rojo.

EL VILLORRIO ESLAVO

Cuando se llega a este punto de la conversación el visitante señala que hoy Berlín cuenta con 3.336.000 habitantes, de los cuales los sectores occidentales cobijan a 2.146.000, lo que significa que Berlín es todavía la ciudad más grande de Alemania, aunque su población haya disminuido un millón de personas durante los últimos veinte años. Es probable que ante esta objeción sus amigos alemanes muevan los hombros con indiferencia y admitan que, efectivamente, en Berlín vive mucha gente. Sin embargo, el lugar no tiene ya real importancia. En otras muchas partes hay montones de gente, y por esto no son importantes los lugares donde residen. Después de todo, dicen los alemanes de Occidente, el lugar está en ruinas. Es cierto que se le ha puesto una fachada al sector occidental, que hay un poco de vida nocturna en el Kurfürstendamm y también algunos establecimientos de moda; pero todo esto se puede ver mucho mejor en Francfort o en Düsseldorf. Berlín no tiene ya un auténtico motivo para ser la capital de Alemania. Lo fué sólo porque los prusianos tienen una energía tan infernal que impusieron a los demás alemanes sus maneras y formas de vida, y por eso éstos no quieren que la Historia vuelva a repetirse.

Cuando en los días anteriores a 1945 un extranjero visitaba Berlín, lo que más le llamaba la atención era precisamente lo que ahora ha desaparecido o está en el sector ruso. Para él, Berlín era el Unter der Linden, una calle tan celebrada como Picadilly o la avenida de los Campos Elíseos. Era la Wilhelmstrasse, la Whitehall of

LA anómala situación por que atraviesa hoy la ciudad de Berlín puede servir como tema para infinidad de libros. Nada tiene de extraño, por lo tanto, que un agudo y certero periodista, como el inglés Ewan Butler, antiguo corresponsal del «Times» en Nueva York y Berlín, haya aprovechado su estancia en la citada ciudad alemana para publicar un libro que auténticamente se devora desde su primera hasta su última página. El material de que dispone el autor a sido utilizado por él hábilmente, y toda la trágica existencia de los berlineses, aislados en un mundo hostil, se desprende hoja tras hoja, entre ironías y advertencias serias, porque el autor no deja de hacer al final una especie de llamamiento a la conciencia del mundo para que se dé cuenta de lo que tiene de simbólico la existencia del Berlín libre.

BUTLER (Ewan).—«City Divided».—Berlín, 1950. — Sidgwick and Jackson. Londres, 1955.

Germany; la Friedrichstadt, con sus palacios, su Universidad y sus museos; era la Friedrichstrasse, que atravesaba la ciudad de Norte a Sur y era la calle de moda más activa. Nadie que hubiese conocido Berlín hace veinte años podría imaginar la ciudad sin su catedral y el Spree, con el Palacio Real tras él. Algunas de estas cosas quedan todavía en el Berlín oriental, pero son un montón de ruinas y de marchitada grandeza en una ciudad triste.

Lo que es ahora el Berlín oriental recuerda los orígenes oscuros de la primera ciudad que dió origen a la que fué capital del Imperio alemán. Los primeros colonos de Berlín no eran alemanes, sino eslavos. Fueron los

wandos los que en su emigración se establecieron en las orillas del río Spree. Las tierras en que se establecieron iban a ser más tarde conocidas como la marca de Brandeburgo, y eran un país de lagos y pantanos. Fué aquí donde cuatrocientos años después de Cristo surgió el primer Berlín que entonces se llamaba Kollen. En el siglo X el lugar tenía ya una cierta importancia. Sus habitantes habían tendido un puente sobre el Spree y había un importante tráfico de embarcaciones por el río. A unos cuantos cientos de metros de la primera localidad había surgido otro poblado, al que se le llamaba Das Berlin. Historiadores y académicos han buscado origen de este nombre, sin que hayan llegado a ninguna conclusión.

A mediados del siglo XIV, Berlín y Kollen acordaron ser una misma ciudad. Desde 1417 hasta 1918, el pueblo de Berlín fué gobernado por los príncipes de la Casa de Hohenzollern. La Universidad de Berlín, fundada en 1809, cuando todavía se luchaba contra Napoleón, constituye el símbolo de la vida intelectual, que caracterizara a Berlín frente a las otras ciudades alemanas, desde la muerte de Federico el Grande.

LA GRAN CIUDAD

Después de la victoria de 1871, Berlín es víctima de una auténtica fiebre infecciosa: la de la construcción. Con las reparaciones francesas a Alemania, los alemanes especulan y emplean gran parte de este dinero en la construcción de grandes edificios. Desgraciadamente para Berlín, su expansión se realiza en un momento desafortunado. Los horrores del estilo victoriano dejaron sentir sus efectos sobre Londres, pero la fuerte tradición arquitectónica nativa contrarrestó parcialmente los excesos del nuevo estilo. Prusia no

tenía esas tradiciones, y, como consecuencia, Berlín se vio lleno de horribles y monstruosas casas. En los nuevos barrios de la ciudad aparecieron edificios repletos de una superflua ornamentación verdaderamente enfermiza. Cariátides, modeladas de acuerdo con las generosas líneas de las sopranos wagnerianas, soportaban tortuosas y grotescas balconadas. Guirnaldas, decoraciones de yeso, cubiertas de hojarasca, torretas; en fin, toda una inacabable serie de obras de mal gusto merecían casi las 70.000 toneladas de bombas.

En 1936, 4.245.000 personas vivían en Berlín; 600.000 de ellas eran obreros industriales, y aproximadamente una cuarta parte de esos estaban empleados en la industria eléctrica. El Berlín de 1936 era, a pesar de todo, una ciudad alegre, aunque ya no constituyese el centro de perversión y de desenfreno que había constituido años antes. En efecto, la capital alemana había sido celebrada después de la primera guerra mundial no sólo por su teatro, su cine y su música, sino por constituir un lugar donde se daban cita toda la fragilidad humana. No había apetito, por bajo que fuera, que no encontrara satisfacción en Berlín. La perversión recorría las calles desvergonzadamente. Tras este ambiente de Sodoma y Gomorra, centenares de miles de hombres y mujeres sin trabajo vivían en la miseria y el hambre.

Hitler, a quien le apasionaba la arquitectura, tenía grandes planes para su capital, pero pocos de ellos fueron realizados. Tenía la intención de dedicar su atención a estas cosas cuando lo-grase sus ambiciones políticas. La guerra destruyó muchas de las cosas que él construyó. Las más celebradas de ellas, la Cancillería y el Ministerio del Aire, han agregado sus restos a las ruinas del sector soviético.

En el Berlín de 1936 no había ya muchas cosas de años anteriores. La literatura, el cine y el teatro no eran ya de vanguardia, pero la mayoría de los berlineses no sufrían mucho por eso. Todavía tenían su música y los uniformes verdes de la Wehrmacht, y los azules pardos de la Luftwaffe habían reemplazado en las calles a los alegres hábitos del ejército imperial, que todavía viejos ciudadanos recordaban. Además, la guardia del Wachregiment marchaba por el Unter den Linden todas las mañanas. Había desfile y banderas y las bandas tocaban las recias y pesadas marchas del ejército prusiano. De este modo Berlín en la cuarta década del siglo XX marchaba hacia un desconocido destino.

NOSTALGIA DE LA KU'DAMM

La Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche fue una iglesia que se terminó en recuerdo del emperador Guillermo I, en 1895. Nunca fue hermosa, a pesar del intento que pusieron en ello sus constructores. Sus mosaicos, fruto de las extravagancias del estilo prusiano de fin de siglo, los pueden ver hoy todos los berlineses sin necesidad de penetrar en el recinto cerrado. Las ruinas de la iglesia, situada en la confluencia de tres importantísimas arterias de la capital, la Kurfürstendamm, la Tauentzienstrasse y la Budapeststrasse, constituyen hoy el centro del Berlín libre, y sus conocionadas espiras constituyen todo un símbolo.

Para los berlineses, la iglesia es la representación de todas las tormentas que la ciudad ha sufrido. Frente a las ruinas, hombres y mujeres tocados con gorras azules venden participaciones para una lotería, cuyos ingresos se emplearán en la reconstrucción de la iglesia. En el otoño de 1954 se celebró una boda en las ruinas; fue el primer servicio religioso que se celebró desde hacía nueve años. Un comerciante berlinés sentimental, fabricante de material dental, que se había él mismo casado en la Gedächtniskirche, ofreció al párroco 10.000 marcos destinados a la reconstrucción si consentía que su hijo se casara en la iglesia. El pastor accedió contentísimo y el matrimonio tuvo lugar. Luego las autoridades intervinieron y la iglesia fue declarada en estado de ruina, cosa que, por otra

parte, se comprueba con sólo mirarla. Como no se pueden conceder permisos para celebrar nada en edificios de esta clase, el comerciante fue multado, aunque él sigue creyendo que todo el dinero lo empleó muy bien.

A lo largo de dos millas y media, la Kurfürstendamm se extiende desde la Gedächtniskirche hasta los bosques situados en el otro extremo de Berlín. Hace veinte años era una calle importante, una calle de hermosos establecimientos, restaurantes, teatros y cines; pero no era la más importante de Berlín. Los antiguos ciudadanos hablarían más bien despreciativamente de este sector; el corazón de Berlín no estaba allí; se encontraba en el Unter den Linden, en el barrio de los Bancos y de los negocios, en la sede del Gobierno, que extendía sus departamentos a lo largo de la Wilhelmstrasse, donde estaban las redacciones de los periódicos. El Kurfürstendamm era algo recién llegado a Berlín y más bien chabacano y vulgar.

Ahora, la calma reina en el Unter den Linden. La bandera roja ondea sobre la puerta de Brandeburgo, donde sólo hace unos años cabalgaba imponente la diosa de la victoria. Allí estuvo más de ciento cincuenta años, salvo un breve período de residencia en París, adonde se la llevó Napoleón. En aquellos felices años el Unter den Linden era una de las más hermosas y agradables calles de Europa; ahora, bajo la bandera roja, es casi un desierto.

Los antiguos establecimientos bancarios de la Behrensstrasse no son más que sótanos. La actividad periodística de la Zimmerstrasse se ha esfumado, y la Wilhelmstrasse es casi por completo un espacio vacío. Y es por todo esto por lo que la Kurfürstendamm—la Ku'damm, como la llaman los berlineses—, que está en el sector británico, se ha convertido en el centro del Berlín libre y constituye la única calle importante en que el visitante no descubre siempre ruinas y restos o espacios vacíos, de los que han sido apartados aquellos restos.

En el Kurfürstendamm se ha construido y se ha renovado mucho. Los grandes hoteles del Berlín de la anteguerra—el Adlon y el Bristol—, no existen ya. Nuevos hoteles, nuevos comercios, nuevos cafés y nuevos restaurantes han sido construidos. *Ich habe Heimweh nach dem Ku'damm* («Tengo nostalgia de la Ku'damm»), dice una canción sobre esta calle, que simboliza a Berlín en la mente de miles de exilados.

Antes de la guerra, el profesor Alfredo Speer, principal proyectista urbano de Hitler, un hombre de gran capacidad, que fue sentenciado a quince años de cárcel en Nuremberg y que ahora está en Spandau, propuso transformar completamente la faz de Berlín. En los grandiosos sueños del Führer, la capital podía convertirse en una urbe de diez millones de habitantes—la ciudad más grande del mundo—, forjada alrededor de cuatro círculos concéntricos atravesados por amplias calles que siguieran los cuatro puntos cardinales. Speer no tuvo oportunidad de transformar Berlín. Los enemigos de Alemania le han dado esta oportunidad.



La Kurfürstendamm ofrece este aspecto nocturno

Antes de la guerra, el Hotel am Zoo, en el Kurfürstendamm, no era el más importante de Berlín. Con sus ciento treinta y nueve camas, no podía compararse con las setecientas del Adlon, ni con el Bristol, ni con el Explanade, ni con el Eden o el Continental. Ahora, el Hotel am Zoo es el mejor del Berlín occidental. Reconstruido y decorado con gusto y elegancia, ofrece a sus huéspedes todo lo que el viajero puede esperar. En el comedor, un excelente pianista toca a Chopin, Strauss, Boquerini y Cole Porter. Hombres de negocios británicos lo visitan con mayor frecuencia que los de otros países. Escaleras abajo, el conserje nocturno, que en la guerra fué capitán en un regimiento de tanques, vende postales, la edición europea del «New York Herald Tribune» y facilita toda una serie de datos que pueden siempre interesar al turista.

SILENCIO DE MUERTE EN EL BERLÍN ORIENTAL

No hay que andar mucho para pasar desde el Kurfürstendamm a la otra mitad del mundo; es cuestión de cuatro estaciones, si se realiza el paso a través del Metro, y de diez minutos, si vamos en coche. El coche deja las luces de la famosa calle en pocos minutos. En la Friedrich-Wilhelmsstrasse, las ruinas aparecen desoladas bajo las lámparas callejeras.

El Tiergarten, también sin árboles, ofrece un aspecto extraño en las horas de la noche. El coche pasa junto a la Columna de la Victoria y penetra en la calle que lleva a la frontera. Esta calle, escenario en otros tiempos de grandes desfiles, lleva ahora el nombre de Diecisiete de Junio, en honor de los hombres y mujeres del Berlín oriental que se alzaron contra los comunistas en 1953. En la puerta de Brandeburgo, cinco o seis miembros de la Policía comunista inspeccionan los coches que pasan la frontera. El Unter den Linden está a las ocho de la tarde prácticamente desierto. En las calles del Berlín oriental el silencio es realmente opresivo. Berlín no fué nunca una ciudad ruidosa, como París o Roma; pero el silencio de la capital de la República democrática alemana es verdaderamente lacerante. Un vetusto tranvía, portando «slogans» comunistas en donde los del Berlín occidental llevan anuncios de cigarrillos o de jabones, se arrastra escandalosamente por la Invalidenstrasse. No se oye ningún otro ruido.

A través de la oscura ventana de una Cooperativa se destaca una fotografía de Stalin. En las calles cuelgan pancartas con frases como éstas: «La inmovible amistad de los pueblos soviético y alemán es una garantía para la paz y la libertad.»

Algún que otro automóvil atraviesa la Friedrichstrasse, que fué una de las calles más movidas de Europa, donde ahora un muchacho de unos diecisiete años, vestido con el uniforme de la Policía Popular, observa con lánguido interés. Los automóviles son una novedad en la vida del Berlín oriental. En esta ciudad de 1.190.000 personas, capital de un territorio de 18 millones de habitantes, hay sólo 14 taxis, de los cuales solamente a uno se le permite atravesar la frontera del Berlín occidental.

Unas veintidós divisiones soviéticas están estacionadas en la Alemania oriental, de las cuales diez, por lo menos, son blindadas. Son invisibles en Berlín, pero todo el mundo sabe que están allí. Su presencia la sienten las gentes a través de todas las horas del día y de la noche. Pero no son sólo soldados los que pueden atacar la ciudad. Tras ellos está, desde fines de 1954, 166.500 soldados alemanes armados hasta los dientes por sus amos alemanes. La K. V. P. (Kasinierte Volkspolizei), es decir, la Policía popular militarizada, dispone en estos momentos, de artillería, tanques pesados y todos los requerimientos de un ejército moderno. Naturalmente, sería falso suponer que toda esta Policía constituye una fuerza totalmente de confianza. Desde 1949, 13.000 miembros de la Volkspolizei han desertado a Occidente, y todos los meses varios cientos se agregan a este número.

EL LADO TENEBROSO

Pero por debajo de este ambiente de normalidad que preside el Berlín occidental existe también un mal latente, que puede escapar a primera vista al observador extranjero. Detrás del portero, el camarero, el vendedor de periódicos, el conductor

de taxi; en fin, detrás de todo el que atiende con cortesía al visitante hay oculto un temor y una inseguridad que lo origina el vivir en un mundo fragmentado. En los periódicos estos terrores se cretan, este sentido del peligro y este temor por lo desconocido se ponen de manifiesto. Se descubre en pequeñas noticias de la vida diaria, en artículos corrientes y en historias novelescas.

En 1920, el visitante de Berlín se deslumbraba por las excentricidades y por la inmoralidad allí reinante. Los periódicos publican decenas de publicaciones exóticas muchas de ellas recubiertas de un manto pseudocientífico. Los libreros más respetables desplegaban en sus escaparates todo un curso de perversión. Lo mismo se podía aplicar al teatro y al cine.

Hoy Berlín no ofrece mayores oportunidades a los amantes de sensaciones eróticas baratas que Londres o Nueva York, pero cualquier extranjero descubre que los berlineses están presos de una especie de locura por lo oculto. Los periódicos de astrología aparecen por todas partes. El horóscopo lo hacen público los periódicos; anuncios relacionados con estas cuestiones pueden verse en infinitad de lugares.

Ese este mismo temor, esta misma inseguridad la que hace que Berlín disponga de un enorme número de suicidas, el que se produzcan determinadas perversiones de todas las clases, que tienen en constante jaque y causan la ansiedad de padres, maestros y policías. La mayoría de las gentes de Berlín se esfuerzan por obtener un mínimo de confort; no obstante hay 150.000 parados y muchos los hombres y mujeres, ancianos, inválidos, que llevan una vida mezquina por disponer de una escasa pensión. El aire está lleno siempre de rumores, rumores que hacen siempre sentirse temeroso al hombre que atraviesa una calle oscura.

El berlinés busca nostálgicamente una escapatoria a su triste realidad; el cine es una de éstas y también los largos seriales históricos puestos ahora de moda en las revistas alemanas en las películas de época, que reproducen los días en que vivían los Reyes en Potsdam presidiendo una sociedad aparentemente ordenada e intocable, por lo menos tal vez como lo parece demostrar el teatral retrospectivo.

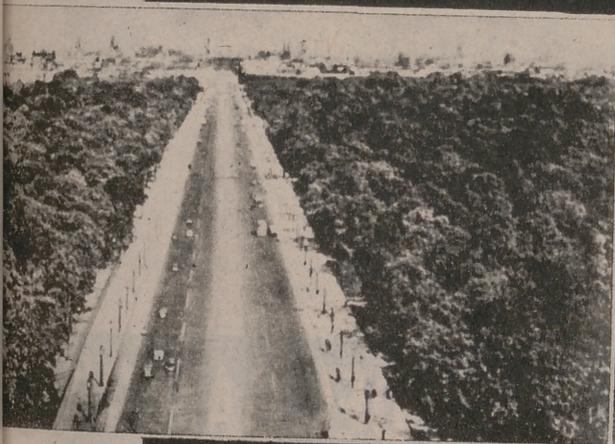
El sentimiento de estar frente a un enemigo no es, por otra parte, un fenómeno nuevo para los berlineses. Durante el pasado siglo, Berlín, que era una ciudad menos importante que las otras del mundo, se sentía ya como un bastión del Occidente frente a Asia. Los alegres uniformes del Ejército imperial que animaban las calles de Berlín hace cincuenta años no estaban allí solamente por fines decorativos. Berlín era una ciudad de guarnición, lo era ya desde los días de Federico Guillermo I, porque entre Berlín y la inmensidad de Asia no existe una frontera natural. El margrave Alberto el Oso había rechazado a los eslavos en el siglo XII pero los eslavos estaban todavía allí, en las puertas, extendiéndose por las llanuras y los bosques de Rusia sin fin hasta el océano Pacífico.

La sensación de aislamiento, de ser una posición avanzada del Occidente, ha hostigado siempre a Berlín. El turista que hoy atraviesa la Kurfürstendamm, que recorre la ciudad en autobús o en taxi, que no ve más que las luces brillantes y los alegres establecimientos, cree que la vida de Berlín es normal. Justamente admira la energía y el valor de su pueblo, la confianza de los hombres que vuelcan su capital en la reconstrucción del Berlín occidental. Pero, sin embargo, hay algo oculto, algo que han dejado las bombas secretas y frías. Ahora, cuando muchas de las casas arruinadas no tienen ya secretos que ocultar, hay en la atmósfera algo de prohibido.

Todas las grandes ciudades son peligrosas en cierto modo y los berlineses están expuestos, como los habitantes de Londres, París o Nueva York, a los riesgos normales que presenta cualquier lugar en el que viven varios millones de personas. Pero la vida de Berlín ofrece riesgos peculiares. El más llamativo de éstos lo reflejan ocasionalmente los periódicos extranjeros. En la Prensa nacional aparecen sólo breves informaciones; hay que olvidar estos casos, que ocurren muchos en pocos meses. Tal es el asunto de Inge Zacharias, una muchacha de cara de ángel, huída del sector oriental y que ocasionó a su protector cuatro años de cárcel en el Berlín rojo, tras de tenderle una emboscada. Pero los acontecimientos de esta



La Cancillería de Hitler antes y después de ser bombardeada



El mismo paisaje antes y ahora

clase son algo comunes en el Berlín occidental, el rapto es un asunto profesional, tan corriente como pueda ser el contrabando.

UNA CIUDAD DIVIDIDA

Para la mayoría de los berlineses de Occidente no puede haber compromiso con Rusia o con los comunistas. El pasado otoño la Federación Berlinesa de Fútbol planeó un encuentro con el equipo Dinamo de Moscú. La propuesta levantó una ola de indignación; «la bandera roja no puede ondear en el estadio olímpico del Berlín occidental», fué el clamor unánime de todos los berlineses, y ante esta oposición el encuentro tuvo que ser cancelado.

El martirio que ha sufrido Berlín durante los últimos diez años ha constituido una auténtica prueba para mostrar la capacidad de sus habitantes a superar las dificultades que le han ometido. El Berlín occidental continúa hoy siendo una isla en un mar hostil, ya que se opone totalmente al sistema de gobierno que le rodea por todas partes. Los berlineses han tenido siempre confianza en sí mismo. Pero, a pesar de todas sus luces de neón, de sus establecimientos y de sus teatros, Berlín está prisionero, y esto es algo que lo saben todos sus habitantes. Después de haber surgido victoriosa de la guerra con la ayuda del Occidente, Rusia debería haber seguido otra actitud. Pero el hecho de Berlín les ha dado a los aliados una prueba de lo difícil que es hacer retroceder a los comunistas de una posición si no es apelando a la violencia.

Las elecciones celebradas en 1954 en el Berlín occidental y oriental mostraron que las concepciones de los comunistas y de los occidentales son completamente distintas. Berlín puede llegar a ser de nuevo la capital de una Alemania unida como consecuencia de unas elecciones libres, pero esto es más improbable. También lo podría ser como resultado de un ataque ruso que ocasionase la total ocupación soviética de Alemania, una posibilidad que hace siempre estremecer a los berlineses. También podría ocurrir que la República Federal capitulase ante las peticiones soviéticas. Pero ninguna de estas posibilidades parece próxi-

ma. No es una exageración el afirmar que cientos de miles de berlineses preferirían morir a vivir bajo la sociedad comunista. La cuestión es saber si anima el mismo espíritu a las gentes de la República Federal.

Periódicos sensacionales de Gran Bretaña y de otras partes del mundo han tratado de persuadir a sus lectores de que las gentes de Alemania occidental no quieren otra cosa mejor que la de que le den armas para luchar contra cualquier agresor. Los habitantes de Berlín occidental se sentirían más felices en su actual situación si estos informes fueran por lo menos parcialmente ciertos. Pero las cosas son diferentes de como las presenta esta Prensa. Realmente en los periódicos y revistas de la República Federal se refleja una propaganda antimilitarista indudable, siendo independiente el que esté o no inspirada por los comunistas.

Las gentes del Berlín occidental no son militaristas. Si alguna ciudad de Alemania occidental tiene razones para temer y odiar la guerra es la antigua capital alemana. Pero porque ellos han sufrido más que todos sus compatriotas se sienten más conscientes de su propia responsabilidad y comprenden el terrible dilema en que se encuentran, un dilema que no presenta igual gravedad para el resto de Alemania occidental, ya que los berlineses no tienen elección posible.

Detrás de las brillantes luces del Kurfürstendamm, detrás de las multitudes que llenan el estadio olímpico, detrás de las agrietadas fachadas de las casas y de las ruinas de edificios menos afortunados se desarrolla toda una vida muy distinta de esa especie de decoración teatral que cubre todo el acaecer berlinés. El escenario está muy bien pintado, pero tras él hay una vergüenza que el mundo occidental debe comprender claramente y ver cuánto hay de simulacro en toda esta normalidad. Berlín está representando una obra, pero no deja de ser una representación, y si la vida de Europa cambiase por cualquier circunstancia, los espectadores no deben sorprenderse, aunque es probable que ni aunque quisieran podrían hacerlo, ya que habría muy poco tiempo para las sorpresas.



Rafael Gil, director de «El canto del gallo»

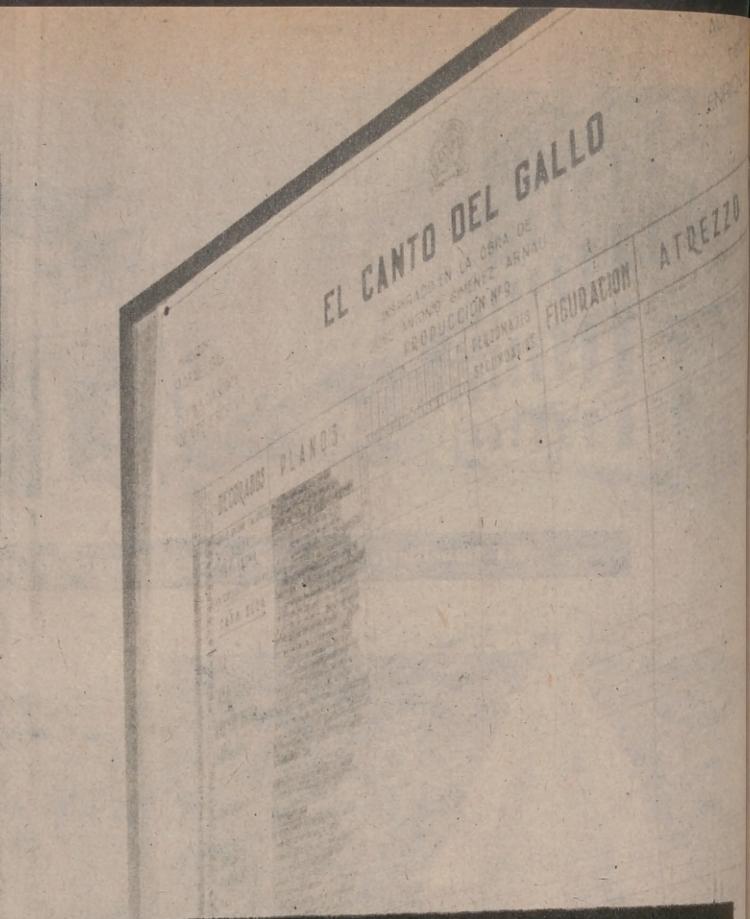
EL martes 30 de agosto de se m b a r c a b a n en las

orillas del Lido veneciano dos personajes del mundo de la cinematografía española: el director Rafael Gil y el actor Francisco Rabal. Eran los embajadores filmicos de España que llevaban al Festival de Venecia sus propias ilusiones y las ilusiones de los aficionados españoles con una película que ellos hicieron. Esta presencia juvenil, alegre y simpática, estaba ornada por la femenina estampa de la francesa Jacqueline Pierreux, compañera de Francisco Rabal en «El canto del gallo».

Venecia recibió a los españoles bajo un cielo luminoso y azul, esperanzada también en el buen resultado de las proyecciones.

Esto era el martes. El miér-

Vicente Escrivá exponiéndonos sus opiniones



“EL CANTO DEL GALLO” PELICULA PROHIBIDA

El Jurado del Festival Cinematográfico de Venecia no ha permitido la exhibición de esta producción española

(Entrevista con el guionista Vicente ESCRIVA)

coles por la mañana la tormenta se había desencadenado para la Delegación española. «El canto del gallo» estaba en peligro de no figurar en el programa del día. Corrían las justificaciones entre los miembros del Jurado; mas, al parecer, los argumentos que se exhibían no eran demasiado claros. Por un lado se decía que los subtítulos del film no estaban terminados; por

otro lado se hablaba de que «El canto del gallo» infringía el artículo segundo del Festival.

Una cosa quedó terminante: la Dirección del Festival de Venecia, y en su representación el presidente, ordenó que «El canto del gallo», película española, no fuese proyectada, por considerar que hería o podía herir los sentimientos de una tercera nación. Como consecuencia, la





Francisco Rabal, en el papel del sacerdote de «El canto del gallo»



Fotograma de la misma película con Jacqueline Pierreux, protagonista

Delegación española presentó una fuerte protesta demostrando lo inexacto del motivo de la prohibición y expuso el propósito de que si «El canto del gallo» no era admitida a concurso sería retirada la otra película —«Orgullo», de Mur Oti— y la representación española abandonar la participación en el Festival.

Resultado final: la Delegación española se dió de baja en la «Mostra» veneciana.

Hasta aquí las informaciones y la reseña de los hechos.

Ahora toca, pues, hablar a las personas.

«El canto del gallo» es la producción número nueve de Aspa Films. Vicente Escrivá ha sido el autor del guión y de los diálogos de la película; guión y diálogos basados en la novela de José Antonio Giménez Arnau que lleva por título el mismo de la película prohibida en Venecia. Vicente Escrivá nos va a hablar de toda la génesis, el desarrollo y las soluciones dadas al suceso de Venecia.

«SOLO PODIA RECLAMAR HUNGRIA, QUE NO ASISTIO AL FESTIVAL»

Vicente Escrivá es un hombre con toda una tradición en nuestra cinematografía. El no ha ido a Venecia, pero como parte interesada ha estado totalmente al corriente de todo cuanto allí ha ocurrido. Según él, nadie esperaba que surgieran los incidentes que llevaron a la retirada de la Delegación española.

—Cuando pasaron la película para el Jurado en prueba privada, éste se entusiasmó y nos felicitó por su calidad. Pero una hora más tarde el señor Croce, presidente del Festival, nos comunicó que «El canto del gallo» había de ser vista antes por el director de Cinematografía de Italia, señor Nicola de Pirro para poder dar el permiso de exhibición.

Vicente Escrivá afirma con la seguridad de sus ademanes el convencimiento de las palabras venideras. En aquella interrupción del señor Croce había, según Escrivá, un motivo.

—Yo supongo que alguien del Jurado habló con la Delegación rusa y éstos presionaron cerca del señor Croce. Rusia dijo que si «El canto del gallo» se proyectaba ellos exhibirían una pe-



Doble página de una revista italiana con caricaturas alusivas a la prohibición de «El canto del gallo»

lícula ofensiva para otro de los países participantes, además de una serie de amenazas y presiones que la Delegación española no admitió en manera alguna.

El argumento más traído y llevado en crónicas y comentarios ha sido el famoso artículo segundo del Reglamento del Festival veneciano. Dicho artículo, al parecer, constituyó motivo y fundamento principal de la prohibición.

—El artículo segundo del Reglamento del Festival dice que cualquier película que pueda ofender a algún país puede ser retirada por la Dirección del Festival, pero siempre a condición de que el país que se considere ofendido participe y reclame. La acción de «El canto del gallo» está situada en Hungría, aunque lo mismo podría haber pasado en Francia, en Italia, en Polonia o en cualquier parte del mundo. Hungría no participaba en el Festival, de manera que ni podía protestar ni, por tanto, protestó ella en manera alguna.

No ha sido la calidad de la película lo que motivó el rechazo de la cinta por la Dirección organizadora. Porque para la calidad de la obra y para su altura artística tiene el guionista encendidos elogios.

—El caso es que todos los

membres del Jurado hicieron unánimes elogios tanto del argumento como del guión y de los autores. Prueba de ello y de la calidad de «El canto del gallo» es que una productora italiana ha contratado a Francisco Rabal para interpretar una película que empieza a rodarse dentro de siete días.

El guionista de la película prohibida se encuentra, no lo puede ocultar, satisfecho de su obra. Junto al contratiempo del incidente, la expresión cálida de Vicente Escrivá atestigua sus convencimientos.

«SE TRATA DEL PROBLEMA DE UN SACERDOTE QUE POR MIEDO RENIEGA DE SU FE»

Los telegramas de las agencias anunciaron el día 3 que el Jurado del Festival Internacional de Cinematografía de Venecia retiraba la película española «El canto del gallo», por entender que podía herir los sentimientos de otros países que concurrían al certamen. Los mismos telegramas de las agencias hacían notar que en los medios cinematográficos se consideraba que la determinación del Jurado había sido influenciada por presiones de los países comunistas que asistían al mencionado Festival.

Fuede parecer, pues, que «El canto del gallo» es esencialmente una película política. El guionista, que la ha concido, qué ia ha desentrañado escena por escena, plano por plano, movimien- to por movimiento, sabe mejor que nadie de su contenido.

—«El canto del gallo» no es una película política; es una película dura, cruda, donde interesa más que nada el drama humano. El lugar de la acción es lo de menos y, desde luego, no es ofensiva, ni por el argumento ni por los diálogos, para nadie. Estoy seguro que si los dirigentes de la «Mostra» la hubieran pasado sin todas estas maniobras políticas, ni a Rusia ni a los países satélites les hubiera importado su proyección. Rusia lo que ha perseguido con ello ha sido dar un golpe político; lo demás le tenía sin cuidado.

La película, sacada de la novela de José Antonio Giménez Arnáu, presenta a un sacerdote que por miedo reniega de su fe y que salva su alma en virtud del arrepentimiento.

—Se trata del problema de un sacerdote que por miedo reniega de su fe. De esta forma la película no va contra nadie. En realidad, si lo miramos con un criterio de lupa, el único que queda mal es el sacerdote, que es un hombre débil. Aun cuando «El canto del gallo» contenga el problema de la persecución religiosa, incluida en la historia trágica de este sacerdote, lo principal de la acción reside en el problema personal del protagonista y no en la localización escénica de la acción.

Vicente Escrivá ha enjuiciado de esta manera «El canto del gallo». Un juicio, según él, sereno, objetivo y verdadero. Y sin motivo alguno para que en el Festival se haya dado a la película el trato que ha recibido. La penetrante mirada de Vicente Escrivá rubrica, después de las palabras, las afirmaciones.

«TODA LA PRENSA EXTRANJERA HA ESTADO A NUESTRO FAVOR»

Vicente Escrivá habla luego de la resonancia internacional que la prohibición de «El canto del gallo» ha tenido en los países participantes en el Festival.

La sentencia dictada contra «El canto del gallo» ha sido motivo de informaciones, chistes y caricaturas no sólo en revistas cinematográficas, sino en periódicos diarios y semanarios de actualidad.

Sobre la mesa que hay delante de Vicente Escrivá, una serie de recortes y de revistas confirman el siguiente comentario:

—Toda la Prensa italiana, la francesa y parte de la inglesa han reaccionado abiertamente a nuestro favor. Por ejemplo, los periódicos franceses atacaron abiertamente a la organización del Festival, contraponiendo la desorganización y partidismo político veneciano con la brillantez obtenida por el Festival de Cannes.

Entonces Vicente Escrivá, como ejemplo, ha abierto el semanario italiano «Candido» y ha mostrado una caricatura donde puede leerse: «El gallo español

no puede cantar porque se des- pertaría el ruso.»

No ha sido, sin embargo, toda la Prensa la que ha estado a favor de España; una parte de ella, interesada en el asunto, no dió referencia alguna.

—La Prensa comunista silenció totalmente nuestra retirada y el escándalo nacido como consecuencia de la prohibición de «El canto del gallo». En «L'Observatore Romano» se publicó un artículo durísimo contra esta Prensa. Los comunistas habían protestado de la decisión de la embajadora norteamericana en Italia prohibiendo «Blackboard Jungle», película que ella estimaba contraria y falsa respecto a la realidad de su país. Los comunistas dijeron con este motivo que si una película ya estaba hecha, aquello era una obra de arte y no había motivo alguno para impedir su proyección. El órgano del Vaticano respondía diciendo que «por qué la Prensa comunista no sacaba ahora los mismos argumentos para que «El canto del gallo» pudiera ser proyectada en el Festival.

Vuelve a repasar Escrivá la Prensa italiana. Allí está, real y verdadero, el artículo de «L'Observatore». Un argumento más que muestra los turbios manejos ocurridos en el Festival veneciano.

«DE TODO ESTE ESCANDALO SALDRA POR LO MENOS EL CESE DE LA DIRECTIVA ITALIANA»

Resulta evidente que lo ocurrido con «El canto del gallo» ha sido el fuerte suceso y el re- cío plato de la «Mostra» cinematográfica de 1955. Y ha habido también quien en ello ha estado contra España y quien ha estado firmemente con España.

—El indio Fernández anduvo y estuvo casi a punto de conseguir la retirada de todos los países hispanoamericanos por solidaridad con España.

Si bien en gran parte de com- peticiones cinematográficas la

política, las presiones y las intrigas dejan sentir enormemente su peso, en la opinión de Vicente Escrivá es la «Mostra» veneciana la más influenciada por este género de maquinaciones. Y de ello, según sus palabras, España ha salido perjudicada, no sólo ahora, sino en ocasiones anteriores.

—El Festival de Venecia está muy influenciado por la política. Si, por ejemplo, en el del año pasado no ocurre que lo de Trieste estaba de actualidad nosotros hubiéramos llevado el primer premio con «La guerra de Dios» en vez del «León de plata» que nos asignaron.

Sobre la repisa de una estantería pueden verse los premios conseguidos. Allí están el «León» y la «Carabela» del Sindicato Español del Espectáculo y otros galardones conseguidos en justa lid. Ello, si Escrivá no lo tuviera ya, concede prestigio y fama.

Dentro de las personas que asisten a los festivales cinematográficos pueden verse desde artistas y técnicos de la pantalla hasta periodistas o simples aficionados después de pasar por embajadores y diplomáticos. En el Festival de Venecia parece ser que estos últimos han jugado importante papel. Vicente Escrivá, cuando se refiere a ellos, lo hace como si analizara las asistencias.

—Todos los países que presentan películas llevan al frente de sus Delegaciones un verdadero Estado Mayor diplomático encabezado por el embajador en persona. Parece como si el honor nacional estuviera pendiente de una película. Nosotros, quizá porque seamos un pueblo serio, no damos tanta importancia a esta acción diplomática y confiamos sólo en nuestras verdaderas calidades artísticas.

Toda acción menor o gigantesca, importante o innominada, posee sus derivaciones. No sólo derivaciones actuales o pasadas, sino consecuencias próximas y futuras. Estas consecuencias son en la cronología lo último de los hechos ocurridos. Y como último en el tiempo vaya, pues, también en éste su lugar adecuado.

—La prohibición de nuestra película ha sido una medida totalmente impopular, puesto que todo el mundo, público y Prensa se ha metido violentamente con los organizadores de la «Mostra». Les acusan de mezclar en un certamen artístico las presiones políticas de una determinada nación. De ello saldrá por lo menos el cese de todos los miembros de la organización.

Estas han sido las palabras concisas y terminantes de Vicente Escrivá, guionista de «El canto del gallo», película prohibida.

Cuando Rafael Gil y Francisco Rabal, acompañados de la rubia figura de Jacqueline Ferrieux, llegaron al Lido veneciano es seguro que no esperarían tantas fatigas y tantos sinsabores. Mas lo cierto es que los hechos pasaron y que las posiciones quedaron claramente definidas. Como sabía.

José María DELEYTO



El guionista Vicente Escrivá nos muestra fotografías de escenas de la película

SE ESTA ORDENANDO EL CAMPO ESPAÑOL

LUCHA CONTRA EL MINIFUNDIO

El campesino se ha
convencido o se está
convenciendo de los
beneficios de

LA CONCENTRACION PARCELARIA

VIAJAR PARA VER Y CREER

plear maquinaria agrícola moderna, hay que sujetarse a cultivos poco racionales y tampoco es posible mantener ganado de renta. El problema de la «atomización» de la propiedad rústica, que viene agravándose desde el siglo XVIII, no es propio sólo del norte y noroeste de España, pues en León y las Castillas, como ejemplo, se padece el mal con intensidad superior al de los predios asturianos o gallegos. El remedio eficaz contra él, que se venía buscando durante años y años sin resultados positivos, es hoy una realidad operante y justa gracias a la política sobre Concentración Parcelaria.

CANTALAPIEDRA, DE AYER A HOY

Los labradores de Cantalapedra, término municipal de la provincia de Salamanca, decidieron en la fecha histórica del primero de febrero de 1953 poner fin al estado de cosas que venían padeciendo generación tras generación. Los 330 propietarios de la localidad tenían sus tierras divididas en 6.600 parcelas. Algunas de ellas eran tan diminutas que «cuando caía una gota de lluvia, caía a la vez sobre dos fincas de distinto propietario».

Aquel día de febrero se reunieron la mayoría de los cam-

tierra de labor. Lo peor no es sólo que las fincas sean pequeñas, sino que unas de otras, pertenecientes a un mismo propietario, distan a veces más de 20 kilómetros. Hay algunos terrenos de viñas situados a unos dos kilómetros y medio de los pueblos y que están contiguos únicamente por una hilera de cepas cuya extensión no llega a los 50 metros cuadrados. Para atender las distintas labores de cultivo y faenas de recolección es preciso recorrer aquella distancia diez veces al año. Esto quiere decir que es preciso andar 50 kilómetros, empleando diez horas en tales viajes para obtener una producción de diez litros de vino por finca.

Esta excesiva parcelación encarece los productos del campo e impide todo progreso y perfeccionamiento de los métodos de explotación. Con fincas de un palmo de extensión no se puede em-

La máquina niveladora trabajando en Cantalapedra (Salamanca)

Parcelitas y parcelitas dividen el campo inexplicablemente

Este campesino gallego contempla su «finca». Un metro de tierra

Si se mide la extensión superficial de todas las fincas prober que de cada cuatro parcelas españolas se puede comer tres de ellas tienen menos de una hectárea. Y una hectárea es, aproximadamente, la superficie de la madrileña plazuela de las Cortes, entre el edificio del hotel Palace y la Carrera de San Jerónimo. Provincias como las de Soria, Segovia y Guadalupe tienen el 90 por 100 de sus fincas de una extensión inferior a la de esa plaza. Hay una multitud de millares y millares de campesinos con sus minúsculas propiedades de tierra parceladas en más de cien microscópicas porciones, en las que no puede dar la vuelta una yunta.

Es el minifundio uno de los grandes problemas de la agricultura española; sin contar el territorio cultivable perdido en lindes y divisorias de parcelas tan reducidas, que cabrían con holgura en una espuerta, se pierden anualmente más de cuatro millones de pesetas en jornales invertidos en ir y venir de acá para allá en busca del puñadito de

pesinos para redactar un documento solemne:

«Ilustrísimo señor: Los abajos firmantes, propietarios - agricultores que representan más del 60 por 100 en número de propietarios y en superficie, en el término municipal de Cantalapedra (Salamanca), con el debido respeto tienen el honor de exponer que promulgada la ley de Concentración Parcelaria y convencidos de la necesidad de su aplicación, suplican se digna dar las órdenes de que se lleve a efecto...»

Hoy Cantalapedra y sus hombres han cambiado de fisonomía. Las 6.600 parcelas han quedado reducidas a 475, con extensión media cada una de ellas de 14 hectáreas.

—Yo tenía antes mis tierras divididas en 314 fincas, que han quedado agrupadas en 16, inscritas a mi nombre, Teodoro Cabrera Rodríguez, en el Registro de la Propiedad.

Félix Benito Helguera era un honrado agricultor poseedor de 93 parcelas, distribuidas a lo largo y a lo ancho del término municipal.

—Mis 81 hectáreas se han transformado en ocho fincas que da gloria verlas... Si antes me valía cada hectárea unas 8.000 pesetas, no las vendo ahora ni por el doble del precio. Con esta distribución nueva se puede pensar en emplear maquinaria agrícola moderna y en implantar otros cultivos, que aumentarán la producción.

—Al principio teníamos nuestras dudas y andábamos algo retraídos —asegura Félix Porres—; pero a medida que los trabajos han ido avanzando fué aumentando también nuestra satisfacción... El beneficio ha sido para todos, pues el mismo labrador Bernabé Iglesias Carrasco tenía 200 parcelas, que se han convertido en dos...

—No es sólo eso —afirma Francisco Cebrián Alcaraz—; el agricultor ha encontrado grandes beneficios para sus acarrees por la construcción de carreteras y, en general, por haberse instalado abrevaderos...

Al mismo tiempo que se trabajaba en la concentración parcelaria se han construido en el término de Cantalapedra 36 kilómetros de colectores, diez kilómetros de caminos principales y más de 91 de caminos de servicio. También una red de abrevaderos, y se han electrificado los huertos familiares, con mejora general de los regadíos.

De la misma manera que Cantalapedra resolvió no trabajar ni un día más sobre un palmo de terreno y se acogió a los beneficios del Servicio de Concentración Parcelaria del Ministerio de Agricultura tan pronto como tuvo ocasión, de igual manera las localidades de Torrebeña (Guadalajara), Frechilla de Almazán (Soria) y La Miñosa (Soria) han visto recientemente terminadas las operaciones de concentración de sus tierras.

DOSCIENTOS ONCE PUEBLOS PIDEN LA VARA DE MEDIR

La característica de la propiedad rústica en España es que apenas hay fincas de media extensión. O son muy grandes, señoriales, y éstas casi siempre en «coto redondo», o son muy pequeñas y, aun a más de pequeñas, muy diseminadas en fragmentos minúsculos. En Caldas de Reyes, de la provincia de Pontevedra, hay en cultivo 217 hectáreas por 1.336 agricultores, a los que corresponde una superficie media de 32 áreas. En la zona húmeda de la Península, en el Noroeste sobre todo, son innumerables las explotaciones cuyas parcelas poseen de diez a treinta metros cuadrados. El tamaño casi de una habitación. En Coomonte (Zamora), el propietario Aniano Rebordinos Martínez posee unas 27 hectáreas distribuidas en 394 parcelas, y Adelino Bécares Rodríguez, vecino de la misma localidad, 358 parcelas, con una superficie de 35 hectáreas. Retazos de tierra tan reducidos que prácticamente pueden ser trasladados de un lugar a otro en un carro arrastrado por una caballería.

Muy de tarde en tarde, los Gobiernos prestaban atención a ese estampido que iba pulverizando la propiedad. Proyectos y estudios los ha habido hasta hacer difícil la cuenta: Colmeiro, Eduardo Chao, Diego Pazos García, Villanueva, Pérez Porto, Paz Novoa... Mientras tanto, la finca que medía cuatro se convertía en dos, y éstas, a su vez, se subdividían. A las voces aisladas se sumaba el clamor colectivo para atajar ese cáncer; en el Congreso Regional del Duero, de mayo de 1945, se aprobó una conclusión para pedir una enérgica política de parcelación y concentración. Lo mismo se solicitó en el I Congreso Nacional de Ingeniería Agronómica y en el Congreso Sindical de la Tierra. El 20 de diciembre de 1952, se aprobaba la ley sobre Concentración Parcelaria, fruto de un meditado estudio.

Desde entonces a hoy se ha trabajado a un ritmo ágil, sin perjuicio de que las realizaciones logradas adquirieran el valor de toda obra serena y ponderada. Son 18 provincias las afectadas por las tareas de concentración, con un total de 48 partidos judiciales y 211 pueblos. Una cifra por sí sola basta para poner de relieve el trabajo que se realiza: son 340.000 el número de hectáreas sobre las que gira la concentración. Tierras de cereal y tierras de pastos; huertos de frutales y de leguminosas son esas 340.000 hectáreas que están rompiendo el «puzz-ler», el verdadero rompecabezas de lindes y divisorias que las asfixiaban hasta hacerlas baldías o de explotación antieconómica. Son tierras de Cogolludo (Guadalajara), de Alegría (Alava), de Moraleja de Enmedio (Madrid) o de Olivares del Júcar (Cuenca), o de Madrigal de las Altas Torres por campos de Avila... Una lista a la que cada día se suman nuevos términos.

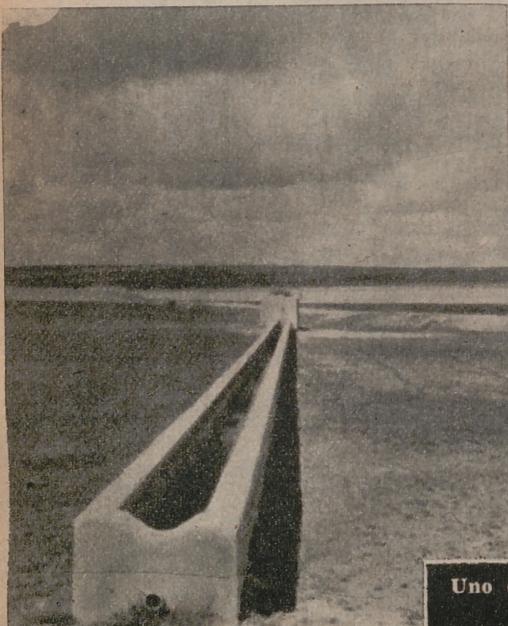
VIAJAR PARA VER Y CREER

En estos últimos meses, por los senderos de las dos Castillas o por las «cortadoiras» gallegas transitan nutridos grupos de labriegos que van de viaje, procedentes de las más apartadas aldeas o villorrios. Este tipo de desplazamiento era desconocido en las tierras de España. Pueden ser agricultores de Loranca de Tajuña, de Langa de Duero, de Torresmenudas, de Huérmeces del Cerro, que van a ver por sus propios ojos si son verdad las ventajas que se cuentan de la concentración parcelaria que se realiza en Eguileta, Alea, en Gauna o en Chillarón.

Cuando el 16 de febrero de 1953 se crea el Servicio de Concentración Parcelaria, dependiente del Ministerio de Agricultura una de las tareas más difíciles que se le asignan es la de ganar la confianza y la adhesión de los agricultores. Y de igual forma que ya el mes siguiente están organizados y trabajando equipos por campos de Valladolid, Guadalajara, Soria y Salamanca, desde el mismo día de su constitución, el Servicio inicia una amplia campaña de divulgación adaptada a la mentalidad campesina. Cientos de reuniones en los más apartados lugares, con la colaboración de los Organismos Sindicales Agrarios; el contacto con los propios agricultores, el diálogo con ellos en los medios rurales han puesto la obra en marcha. Vencida esta etapa, el mejor y más eficaz medio de divulgación es una visita a La Miñosa o a Torrebeña.

A Cantalapedra acaban de llegar dos automóviles que vienen de tierras de Orense, de Verín. Descienden de ellos quince agricultores de Vilela y de Tintores con el Alcalde de este último Municipio. Recaredo Romero Nieto. En la plaza del pueblo empiezan muy pronto las indagaciones, y el labrador de Verín Manuel Fernández Sánchez interroga al primero que encuentra:

—Buenos días, paisano. ¿Usted es de Cantalapedra?



Uno de los abrevaderos nuevos en el campo de Cantalapedra

—Soy, sí, señor.

—¿Es usted propietario o arrendatario?

—Ni lo uno ni lo otro; me dedico a guardar ganado y a bracerero.

—Hemos venido aquí porque nos han dicho que la concentración parcelaria ha dejado a muchos descontentos...

—¡Quite usted allá! No hay una persona descontenta porque no puede haberla. Al rico le han dado de tantas fincas unas cuantas más grandes, y al pobre, las pequeñas que tenía también se las hicieron mayores, le han hecho caminos y le han dado riego. ¿Qué más se podía pedir? El ingeniero, el señor Garrido, lo ha hecho todo inmejorable...

Inmejorables son también las impresiones de los cultivadores de Fuencemillán:

—Nuestras tierras van a producir un 20 por 100 más que antes de la concentración; vamos a economizar una cuarta parte de los jornales que antes pagábamos, y el valor de la propiedad subirán un 30 por 100. Todas las parcelas nuevas tienen acceso directo a una red de caminos y es mayor la zona de regadío por la captación de aguas en la Vega de Ojuelo...

En Peñaflor de Hornija, en Santa Espina, en Torrelobatón corren las mismas nuevas. Ricardo Izquierdo García es el Alcalde de Barruelo y propietario «fuerte»; tiene una fe absoluta en la concentración.

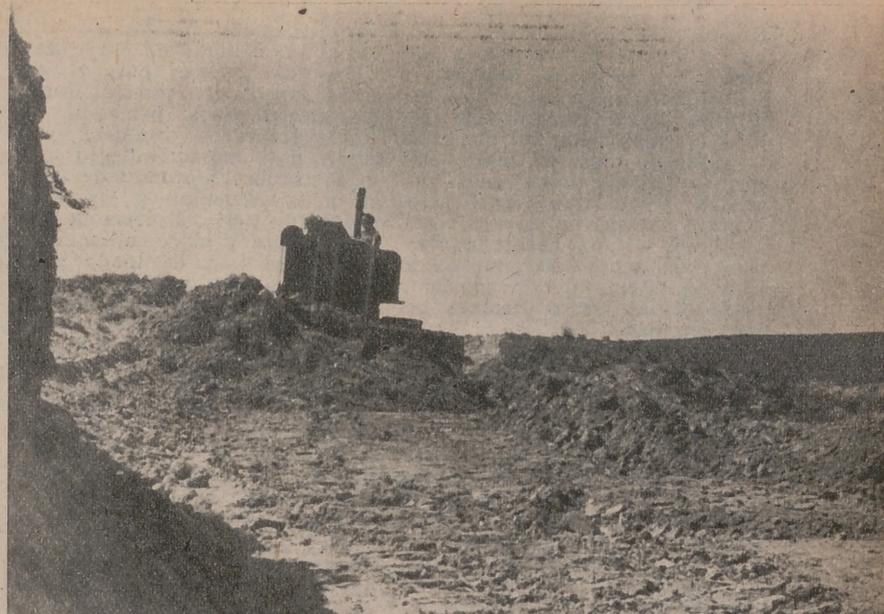
—Y el 90 por 100 de los del pueblo, también. Los otros se convencerán cuando la vean hecha realidad. Yo no sé todavía qué tierras me darán a cambio de las que ahora tengo, que son muy buenas y cerca del pueblo. Ahora bien; aunque pierda algo en cercanía y calidad, ganaré en tener las parcelas agrupadas.

El campesino español se ha convencido o se está convenciendo de los beneficios de la concentración parcelaria. Recientemente han sido los agricultores de Nava de la Asunción (Segovia), de Olmedo (Valladolid), de Meco (Madrid), de Fuente de San Esteban (Salamanca), de Tejado (Soria) y de otras muchas localidades los que voluntariamente han solicitado la concentración de sus propiedades.

PROPIEDAD EN HARAPOS

A vista de pájaro, el campo español ofrece el aspecto de un complicado tejido constituido por infinidad de linderos, sendas, cárcavas, setos, cerramientos y veredas. Si se midiera esta superficie desaprovechada se hallarían cifras aterradoras. La propiedad agraria, puede decirse en este sentido, que es una «propiedad en harapos». Así, el cultivo en muchas comarcas es un tormento y, además, un absurdo. Los grandes inconvenientes de este fabuloso gallimatías han sido resumidos por el Ministro de Agricultura:

Pérdida de terrenos prácticamente abandonados por hallarse a distancias antieconómicas y de las superficies dedicadas a linderos;



El Servicio de Concentración Parcelaria abre nuevos caminos para acceso a las nuevas fincas



El campo, racionalmente explotado, producirá más; los nuevos caminos facilitarán el acarreo

por pérdidas de cultivos por la imposibilidad de emplear los más adecuados o de introducir maquinaria. Gasto inútil de tiempo y de esfuerzo laboral impuesto por los traslados de una parcela a otra. Disminución de las cosechas al no ser económicamente posible el empleo de medios de combate contra las plagas del campo. Pérdida de posibilidades crediticias por falta de una base idónea para establecer garantías. Inquietud social por la querrela constante de los muchos linderos, de los repartos familiares y de la distribución de frutos.

A estos males hay que sumar uno de los más graves e irreparables que no es otro sino la pérdida del espíritu agrario, puesto que el campesino al ver una tierra tan empequeñecida, tan descuartizada, tan difícil de domi-

nar y de querer tan minúsculamente suya, acaba por abandonarla sin nostalgia y va a nutrir el ejército suburbano, del que rara vez regresa.

Para llevar a cabo la urgente reforma se ha cuidado, ante todo, respetar la libre disposición del propietario sobre sus tierras, sin obligarle imperativamente a romper, no con su cariño abstracto a la tierra, sino con el amor físico, sensual, que liga al labrador con su terruño. La petición para que sea declarada afectada a la concentración parcelaria una determinada zona, deberá hacerse por los propios agricultores interesados en la mejora. Y la práctica ha demostrado que los campesinos, convencidos de la necesidad de la reforma, sin necesidad de imposiciones, solicitan voluntariamente la concentra-

ción de sus tierras. Así, el cambiar el huerto de sus padres por otra tierra no es tan doloroso.

—Ahí era nada tener que renunciar a La Marañana, que viene a nosotros desde mis abuelos... Al principio hubo sus más y sus menos... Todos somos seres humanos y cada uno barria para adentro. Ahora no hay ya descontentos. Se ha hecho la concentración sobre 2.500 parcelas, y sólo ha habido tres reclamaciones —afirma Pedro Jiménez, de Puencemillán.

—Todos los labradores estamos escuchando siempre noticias que llegaban aquí de los trabajos de concentración en Frechilla de Almazán, pero ninguno decía nada. Alguien propuso visitar aquel pueblo, y fuimos allá labradores de 20 localidades de la provincia de Soria y nos quedamos convencidos de que saldríamos ganando. Echamos la instancia al Ministerio, la aprobaron y hemos constituido la Comisión local, integrada por el juez, el notario, el registrador, dos representantes de nosotros, el jefe de la Hermandad y técnicos. Hay, además, una Subcomisión de Trabajo, en la que tenemos también nuestros representantes. En esos organismos discutimos todo... y se hace justicia. Podemos hacer reclamaciones y se rectifica lo que sea de razón.

Castrillo de Matajuáños (Burgos). Beriain-Galar (Navarra). Ibarraza (Alava). Arbenzosa (León). Islares (Santander). Alcózar (Soria) han cursado recientemente sus instancias para tener menos parcelas, pero de mayor superficie y mejor situadas en relación con la casa de labor de cada propietario. Los beneficios de la concentración han calado hondo en el corazón del campesino español, reflexivo, ponderado e inteligente. Se podría continuar indefinidamente la lista de las nuevas peticiones: Ullivarri Iria-Flavia de Padrón. Iruña. Vega de Vitarrera. Zamajón. Armentia...

El Servicio de Concentración Parcelaria dispone en la actualidad de ocho Equipos de Trabajo y un Sub-equipo en Ponferrada, que, en contacto cordial con los interesados, devolverán a las tierras de cultivo las proporciones equitativas y adecuadas para el mejor rendimiento.

CON LA CONCENTRACION, EL PLAN DE MEJORAS

Al mismo tiempo que el Servicio de Concentración Parcelaria va tejiendo la propiedad deshilachada que va uniendo unos a otros los retales de las viejas parcelas, el Instituto Nacional de Colonización aprovecha la coyuntura para realizar toda clase de obras que beneficien las fincas de reciente creación.

—En mi pueblo de Frechilla de Almazán mientras se reducen las 2.013 parcelas que había a 243 fincas, se han ido construyendo abrevaderos, la red de abastecimiento de agua potable, fuentes y caminos... Se han gastado tres millones de pesetas en esas obras.

—Pues en Peñafiel de Hornija

van invertidos más de seis millones en mejoras de esa clase.

Puentes, apriscos para el ganado, repoblación forestal, huertos electrificados, poblados, terrenos roturados, caminos... van surgiendo como un milagro junto a las nuevas propiedades, que en nada recuerdan a los menudros de tierra dispersa de antes. Treinta y cinco millones de pesetas se han destinado para las mejoras de los términos municipales sobre los que gira la concentración. Se ha previsto también la posibilidad de que el Instituto Nacional de Colonización adquiera fincas con el fin de completar, mediante una redistribución de la propiedad, las fincas de los agricultores que no reúnan la unidad mínima de cultivo, según los planes de concentración parcelaria.

Así, gracias a ese Plan de Obras y Mejoras Territoriales que acompaña a la distribución de la tierra, se han limpiado los cauces del río Badajoz, en Castromonte; se han alumbrado aguas subterráneas para el riego de la vega del Ojuelo (Guadalajara), instalándose dos grupos de electrobomba y se han construido pozos y galerías; se han acondicionado los caminos de Cañada de Villanueva y de Prado Real... Se hacen kilómetros de carretera con buen firme, se hacen caminos amplios, se hacen canales de riego y se sanean terrenos pantanosos.

Los Equipos de Trabajo del Servicio de Concentración Parcelaria instalados en Valladolid, en Soria, en Alava, en Orense... multiplican su actividad para cambiar la fisonomía del agro español; su labor es ingente. Desde que se inicia un expediente de concentración hasta que se dan fin a todas las operaciones, y eso sin haber oposición por parte de ninguno de los interesados, hay que realizar unos trescientos actos o diligencias.

El Equipo de Trabajo de la villa de Almazán se enfrenta por sí sólo con la tarea de concentrar unas 60.000 parcelas entre unos 600 propietarios. Todas sus intervenciones son objeto de una matemática confirmación a través de fichas, registros de propiedad por superficies, valoración anterior y posterior, clases de cultivos... No es labor de un día romper el complejo entramado de trochas y lindes que han ido pulverizando el campo español desde hace siglos y, sobre todo, a raíz de la desamortización.

ARAR EN UN PALMO DE TERRENO

Todo ese trabajo sería inútil si lo que se va tejiendo con tanto esfuerzo se pudiese luego destejer en un momento, si las tierras agrupadas fueran susceptibles de sufrir una nueva parcelación por la voluntad o el capricho del propietario, a impulsos de un individualismo atomizante y disgregador.

Para evitar ese peligro, se fijan unidades mínimas de cultivo; es decir, las menores extensiones de cada explotación para que ésta reporte beneficios. Este límite inferior, y el superior también, varía según las comarcas y la naturaleza de las tierras. En seca,

no, el límite mínimo para Santa Cruz de Tenerife es de media hectárea y para las provincias andaluzas es de cuatro. En terrenos de regadío la extensión de la unidad mínima queda comprendida dentro de los límites de veinte áreas y una hectárea.

Pues bien, una vez realizada la concentración parcelaria las fincas de superficie igual o inferior a la fijada para la unidad mínima de cultivo son indivisibles.

El agricultor de Torrebeñena, donde se ha llevado a feliz término la concentración, que sea propietario de fincas de mayor extensión a la unidad mínima vigente, puede parcelarla siempre y cuando no dé origen a fincas de superficie inferior a aquella unidad.

Es así, con prudencia y moderación, como se hace frente al problema de la atomización de nuestras tierras, que ha constituido un obstáculo insuperable para el desenvolvimiento racional de la agricultura española. Problema, por otra parte, que no es exclusivo de nuestros campos, aunque sea propio de los políticos liberales de España su indiferencia ante él.

Un vistazo a la situación de otros países permite apreciar mejor el abandono de nuestros Póderes públicos. En Suiza se venía prestando atención a la excesiva parcelación del suelo desde la época feudal y antes de la creación de la Confederación, es decir, antes de 1848, se dieron ya en varios cantones disposiciones limitadoras. Si de Francia se trata, en 1918 dicta su primera ley sobre concentración parcelaria y en 1950 llevaba ya agrupadas dos millones de hectáreas, con un presupuesto anual para tales fines de cerca de dos mil millones de francos. Cuando Hitler sube al Poder, existían ya unas cincuenta leyes que se ocupaban de la concentración. Bulgaria, antes de 1938, había reagrupado cerca del 10 por 100 de sus tierras cultivadas.

Sin embargo, se puede recuperar el tiempo perdido y promesa de ello es la colaboración que prestan a diario los hombres del campo. Puede hablar por ellos Teógenes Puerta Santamaría, Alcalde de Torrelobatón:

—Los 400 propietarios del pueblo están conformes con la concentración y desean con toda su alma verla terminada en seguida.

—El entusiasmo del primer día no es nada ante la satisfacción de ver realizada la concentración —asegura Urbano Gutiérrez, vecino de Frechilla.

Como ellos, tienen fe en la empresa los vecinos de los 211 pueblos que voluntariamente han solicitado la concentración de sus tierras. Son los vecinos de esos pueblos como Moraleja del Vino, Valverdón, Cilleruelo de Abajo, Madridanos, Concejo de Galar... desilusionados de arar en un palmo de terreno.

Alfonso BARRA

(Fotografías del Servicio de Concentración Parcelaria.)

¡¡SOLTEROS DE ESTE MUNDO: A CIUDADELA!!

Más de 200 célibes con buen humor se han reunido en la más aristocrática ciudad de las islas Baleares convocados por la R. I. S. que acaba de constituirse



Arriba: Los solteros participan en una prueba de habilidad. No es tan fácil coser un botón. Abajo: Las solteras tienen que demostrar que saben liar cigarrillos

EL TITULO DE SOLTERA DE HONOR, A "LA CODORNIZ"

SE FUNDA EL "CLUB DEL SOLTERO PREHISTORICO" EN MEMORIA DEL "HOMBRE DE CROMAGNON"

ES muy probable que usted haya leído la noticia: en Ciudadela se ha celebrado la Primera Reunión Internacional de Solteros (R. I. S.). A tal primera reunión se ha debido mi salto de isla en isla, de extremo a extremo de las Baleares. Recibí un telegrama del director de EL ESPAÑOL con una orden. Calvo de mí, a poco de esta orden me hallaba en Ciudadela, rodeado de solteros por todas partes. El señor don Antonio Bosch Bagur y el señor don Miguel Florit Anglada, presidente y secretario del nuevo anagrama R. I. S. acudieron a saludarme.

—Ustedes me dirán lo que hace falta para ser tan soltero como un niño—pregunté.

—Todo hombre normal es un soltero mientras no se demuestre lo contrario...—repuso Bosch Bagur, un cuarentón de aire moruno, que sabe pasar con agilidad circense de la más dura circunspección a una alegría explosiva, contagiosa.

Sentía sueño, y dije:

—¿Qué debo hacer, señores, para ambientarme?

—Piense en sus novias antiguas. Sea usted corsario de sus amores. Cada vez que en su vida usted haya logrado huir del matrimonio, representa un botín para su vida...

—¿Desde cuándo huye usted, señor corsario?

—Desde los catorce años...

Me tomé un baño, y dormí bien, muy bien. Desperté por la tarde, sin apetito. En el hall del hotel Alfonso III me esperaban montañas de solteros y solteras.



Me recibieron con un extraño grito:

—¡Viva el hombre prehistórico!

—¡Viva!...—chillé, sin convicción.

Florit Anglada me vino a decir que para el R. I. S., el hombre prehistórico es el «summun» del célibe perfecto.

—Nuestro primer orgullo—adujo un congresista—, consiste en la seguridad de descender del hombre de las cavernas.

—¡Viva el hombre prehistórico!...—según ululando los solteros del R. I. S., cada vez que un adicto a su reunión aparecía en el hotel. Creo que los cráneos del Paleolítico y del Megalítico, en sus urnas de museo, recibirían el eco del homenaje. La tarde era lluviosa. Sonaba una radiogramola. Se hablaba en varios idiomas a la vez.

—¿Qué quiere usted tomar?

—me invitó un congresista suizo.

—Un «coca-cola».



La señorita Pilarín Recondo recibe la banda de «Miss R. I. S. 1955»



Las señoritas del Jurado peritan la labor de los solteros en el concurso de los botones

—Está prohibido.
Y comencé a sentirme ruborosamente orate...

HISTORIA DE UN BANA-DOR Y DE UN DESGRA-CIADO AMOR

Santandria es el nombre de una caleta cercana a Ciudadela. Se trata de un lugar muy recogido, de aguas claras y mansas, donde existe un hotel, creo que el hotel Bahía.

En este hotel se inició el primer acto organizado por el R. I. S. Unos ciento setenta congresistas aparecimos hacia el atardecer en la terraza del establecimiento. Había superabundancia de hombres. Calculo que por cada soltera hubo—en este primer día—algo más de soltero y medio. Luego, las cifras aumentaron y se arregló la proporción.

Seguía lloviendo cuando el presidente abrió, en la playa, el desfile del «Concurso de Bañadores 1900». Se presentaron unos treinta modelos, todos interesantes y anacrónicos. Una soltera austriaca exhibió un bañador blanco, larguísimo de perneras, ideal para la atracción del pulpo. Como el premio debía de otorgarse teniendo en cuenta el conjunto formado entre pieza y usuario, los miembros del Jurado lo cedieron, por unanimidad, al soltero Juan Salvadó, de cincuenta y nueve años, natural y vecino de Ciudadela. Ese Juan Salvadó es un hombre de aire arrobador. Parece enormemente tímido, y—sin embargo—, es todo lo contrario. Le hablé en la playa, bajo la llovizna. Parecía él muy triste:

—¿Malos recuerdos, Salvador?...
—pedí.
—Muy malos. Hasta ahora, este traje sólo me dió disgustos.
—¿Qué clase de disgustos?
—Amorosos.
—¿Amó usted a una sirena?
—Se llamaba Paquita.
—¿Tenía láminas bancarias?
—No lo sé. Nos amamos, pero ella me dejó plantado.
—¿Amor playero?
—Un poco. Ya ve usted lo que son las cosas. Cuando ella me dejó, yo usaba este mismo bañador.
—¿Huyó por tierra o por mar?
—Por tierra.
—¿Le ha costado ponerse el chisme ese?

—Muy poco, porque estoy delgado como antes. Pero he vuelto a acordarme de mi viejo desengaño.

—¿Qué hará usted si le sale una rica americana «con su inmenso caudal»?

—¡No estoy para tafetanes!...

—¡Ah!...

El desfile acabó como el rosario de la aurora. Luego, los congresistas empezamos a hacer esa cosa tan linda que se llama «vida de sociedad». Nunca he sabido yo hacer eso y me puse en aparte con el alcalde, el secretario municipal y el fabricante señor Vivó, hombres casados. Se nos unía, a poco, el escritor local Mascaró Pasarius, eminente cartógrafo balear, y, además, corresponsal de la agencia Cifra en Ciudadela. Pongo ese «además» porque, debido al cargo periodístico de Mascaró, ha tenido lugar el Congreso, o Reunión, o lo que sea.

ASI SE ESCRIBE LA HISTORIA...

Mascaró Pasarius es un señor muy periodista nato, dotado de sentido de lo que debe ser la información. En cuanto una gallina cacarea en Ciudadela, Mascaró ya prepara la balanza para pesarle el huevo; en cuanto un perro muerde a un caballero, Mascaró ya desea que el caballero devuelva el mordisco. Mascaró es un ansioso de la noticia. Destaca entre los corresponsales de la agencia Cifra. Es un buen periodista, muy activo, capaz de hinchar cualquier mediana información convirtiéndola en algo destacadísimo.

En un café de Ciudadela se reunieron hace algunas meses unos cuantos solteros de la localidad. Mascaró no es soltero, pero estaba con ellos. Se hablaba, por lo visto, de organizar una cena exclusiva para célibes. Hacia las tantas de la madrugada—madrugada sabática—, uno de esos solteros propuso redactar unos impresos de invitación para todos aquellos que quisieran sumarse a la fiestecita. Como sea que en Menorca existe también algo de turismo extranjero, se habló de extender esa invitación al turismo de origen ultrafronterizo. Muy tarde ya, entre la euforia general, brotó la idea de prolongar las fiestas durante tres días. Más tarde aún, corrió la fantasía general

imaginando actos, y discursos...

Al día siguiente, nadie—excepto el periodista Mascaró—, se acordaba de lo que había sucedido en la noche pasada. Pero el corresponsal ya había enviado su noticia a la agencia, y la Prensa española recogía la iniciativa. A las cuarenta y ocho horas, la información había dado la vuelta al mundo. A los diez días de eso, la Reunión Internacional de Solteros inventada en una noche de euforia, había recibido más de trescientas cartas procedentes de las cinco partes del globo.

—Tendremos que hacer algo...
—comentó Bosch Bagur, en la tertulia de todos los sábados.

—El cartero no sabe a quién debe entregar la correspondencia...
—agregó Miguel Florit Anglada.

—Eso se ha de arreglar constituyendo el Club de los Solteros...

Un nuevo telegrama partió de Ciudadela, camino de la agencia Cifra. Mascaró, por su cuenta había fundado una Junta, y un Club, y unas fechas para una reunión, y una reunión. Cartas, cientos de cartas... El Gobierno Civil de Palma de Mallorca aprobaba, de forma provisional, las bases de esa reunión. Mascaró Pasarius—casado y con familia—, había organizado, a base de noticias optimistas, una Reunión Internacional de Solteros por cuyo desarrollo se interesaban blancos y negros, feos y guapos. ¡Eso es periodismo!...

DISCURSOS EN CUATRO IDIOMAS

Cenamos. La cena empezó muy correctamente, con aparente falta de apetito. Pese a la intimidad de las fogatas encendidas en la playa, y sobre el calmo mar, aún no se había formado ambiente. Las congresistas eran generalmente hermosas. Había algunas bellezas de efecto tumultuoso y algún hombre extranjero (por lo que aseguraban mis vecinas de apetito), francamente guapísimo. Bellezas y «bellezos» se hablaban, sin embargo, de usted, Faltaba la presencia del champán.

Cuando el champán nadó sobre la mesa, todos los congresistas empezamos a sentirnos dominados por una poderosa sensación de intimidad amistosa. Y se impuso el tuteo. Parecíamos todos navegantes de un barco sin capitán, sin cura, sin hisopo. (La cena había comenzando, hay que decirlo todo, con un padrenuestro...). El presidente, que es técnico en idiomas, se levantó—a la hora fatal del helado—y dió las gracias en cuatro idiomas. Después, en español, inició su discurso, muy simpático, del que entresaco, para usted, algunos párrafos:

«La idea fundacional del R. I. S. fué un anhelo, una ansia quijotesca: reivindicar la soltería tantas veces criticada y tantas veces difamada. Nuestro deseo es exaltarla, empezando por nosotros mismos con la perfecta obediencia de las leyes divinas y humanas para que llegue un día a ser enaltecida y considerada por el mundo entero...»

«Deseamos lograr un amigo en cada soltero. Deseamos unir a los solteros de la Tierra, de momento. Más adelante, nos uniremos con los de la Luna...»

«La Reunión Internacional de Solteros ha tomado la determinación de nombrar dos presidentes

honorarios: «Presidente de Honor» y «Presidente de Horror». «Presidente de Honor» es Don Quijote de la Mancha, caballero español cuya única desgracia consistió en no haber nacido. «Presidente de Horror» es el hombre prehistórico, nuestro amigo y colega en las ventajas y desventajas del celibato...».

«Nos cabe proponer a esta Asamblea la fundación de los Clubs de Solteros en todas las localidades del Universo, con intercambio de socios, expulsiones universales, premios asimismo universales, traslados y destierros de solteros, etc. Y, además, propongo la fundación de un órgano de Prensa y portavoz de nuestros anhelos...»

El señor Bosch Bagur — como se dice en las buenas gacetillas — fué entusiastamente aplaudido. A su lado, las señoritas de Codina y Nieves Ruiz fueron objeto de una ovación de gala en nombre de las guapas españolas que no habían podido asistir a la fiesta inaugural, Babette Salisbury, escritora británica, recibió otra ovación en nombre de las guapas de las razas sajonas. Annie Pierrault, parisiense, fué objeto de un aplauso dedicado por a mujer latina ausente. A mí, en este turno, me tocó recibir una ovación en nombre de los periodistas nacionales y extranjeros que se habían perdido la ocasión de asistir. «y que eran millones». A una ovación de tal carácter, tan densamente mayoritaria — a lo que creo —, correspondió con una lágrima prehistórica prestada por el secretario.

«YO SOY SOLTERA POR NECESIDAD.»

En tal primera noche hubo lectura de ponencias. Se presentaron siete hombres y seis mujeres. Le diré a usted, con gran respeto, que una de las ponencias (a cargo de una «miss» americana, cuyo nombre he de omitir por deferencia suplicada) tuvo un dramático carácter filosófico y realista. Esa «miss» tendrá unos cuarenta y tantos años. Es una dama solterona muy agradable e inteligente. Comenzó exponiendo a la Reunión que ella deseaba matrimoniar. «Yo soy soltera por necesidad — dijo —; no encuentro más que a hombres frívolos. He llegado a la conclusión de que al hombre soltero le falta espíritu de sacrificio. ¿Por qué? ¿Por qué ha de ser sólo la mujer, en el hogar, la que afronte las tareas humillantes?...» «La mujer — continuó — es mucho más inteligente que el hombre. ¿Quién engañó primero a quién? ¿Adán a Eva o Eva a Adán? ¿Quién, en los matrimonios, inspira las ideas generales, la línea de conducta? ¿Quién educa a los hijos?...»

Según iba diciendo esas cosas, las «miss» americana, de cuyo nombre no puedo acordarme, los congresistas contestábamos a coro: «¡La mujer, la mujer, la mujer, la mujer!...» Resultaba fantástico presenciar el aspecto embobado, alhelado, de algunos camareros ante la gesticulación rápida de la oradora. Se truncó el manantial de buen champañ. Se fundieron definitivamente los helados. Esa «miss» — rubia,



Sobre la mesa, los cigarrillos liados por las señoritas participantes en la Reunión de Solteros

alta, elegantísima — blandía serias amenazas contra el sexo contrario. «Propongo que se dé a la Prensa una única conclusión, una propuesta resumida de mi ponencia», dijo. «Propongo que todas las mujeres célibes del mundo civilizado determinen unirse en una huelga antimatrimonial de un año, como prueba.» Que la mujer exija durante un año las garantías de igualdad que se le deben. Que la mujer exija al hombre la firma de un contrato especial, que deberá estudiarse cuando sea momento; es decir, en la próxima Reunión Internacional de Solteros. Propongo...»

La «miss» propuso otras muchas cosas. Terminó con lágrimas en los ojos. Se le aplaudió muchísimo, pero sin convicción. A mí me ha impresionado siempre la sinceridad. No sé qué pasa con la sinceridad. Siempre aparece aureolada de un trasfondo trágico.

El señor Mark Fentlow, inglés, de origen al parecer sueco, leyó unas páginas muy buenas (lo mejor de la noche) sobre el sentido de la soltería en el Lejano Oriente.

Destacó entre las demás ponencias la presentada por un re-

caudador de Hacienda español, cuyo nombre también debo omitir: «Nosotros, los solteros, constituimos desde ahora un pueblo feliz y dichoso, que ha renunciado a las indudables ventajas proporcionadas por la sociedad actual al ciudadano casado. Tan intenso es nuestro amor por la sociedad, que consideramos un crimen dedicarnos a hacer la felicidad de una única persona.» Entresaco este párrafo de su ponencia, muy amena.

Rosina Binda, italiana, de Capri (que había ya asistido a un acto análogo celebrado no hace mucho en aquella isla), leyó un sentido elogio del hombre prehistórico. «Si se casó nuestro amado hombre de las cavernas — dijo la señorita Binda — fué a causa de las incomodidades de su tiempo. Con nevera, con radio, con camisas de nylon, el hombre y la mujer de la Prehistoria vivirían estupendamente, etcétera...»

En una atmósfera caldeada y simpática terminó la primera reunión. Yo estaba cansadísimo. Pero Cupido anduvo entre las mesas y algunos empezaron a no sentir fatiga.

— ¡Qué bello es el amor cuando aun es ciego!... — me dijo, cuando regresábamos al hotel, la



El «Soltero Mayor», señor Osorio Samaniego, impone el brazalete de «Soltera Mayor» a María de Salort



Con un banquete de confraternidad se clausura la R. I. S.

«miss» anónima de la ponencia número 1. Me imaginé a esa «miss» pagando una factura o tomando un purgante...

ZURCIENDO, QUE ES GERUNDIO

Los actos del segundo día no empezaron comiendo—como era de esperar—, sino zurciendo, que es gerundio. En el hotel Alfonso III se reunieron casi doscientos congresistas, la mitad de los cuales eran menorquines. Nombres ilustres de la aristocracia del país se sumaron al Congreso. Las hijas del marqués de Menasalbas, por ejemplo, tomaron parte activa en la reunión. Quiero decir con esto que todas las personas asistentes eran personas educadas en colegios de pago, lo cual resulta siempre consolador.

La reunión de este segundo día dió principio con el llamado «Concurso del Botón». La bandera del R. I. S. (un sol naciente sobre fondo blanco) fué el estandarte, en cuyos bordes los solteros congresistas cosieron los botones. Se actuó por eliminatorias de cuatro congresistas. Como sea que a mí me cupo en suerte cronometrar algunas fases eliminatorias, puedo decir que el simple cosido de un pequeño botón no pudo casi nunca realizarse en menos de un minuto y medio. El récord de lentitud corrió a cargo de un alemán, Theodor Hasse, que invirtió tres minutos cincuenta segundos para lograr un trabajo admirable. Como representante de la Prensa peninsular, he de notificar a mis colegas que, al llegarme mi turno, realicé un trabajo regular—tirando a malo—, en un minuto cincuenta segundos. Joaquín Comella Pons, de Ciudadela, consiguió el récord de velocidad, en cuarenta segundos; no obstante, su trabajo fué muy flojo. En cincuenta y cinco segundos justos, el doctor don Luis Osorio Samaniego, de Barcelona, mereció los honores del primer premio. Cosió mejor que una modista profesional. El Jurado

de solteras, por nueve votos contra uno, le otorgó el título de «Soltero Mayor del R. I. S.» Parece que, en efecto, el doctor Luis Osorio es soltero. La «miss» de la ponencia trágica le felicitó efusivamente:

—Usted es un hombre que puede casarse cuando quiera. Está preparadísimo—adujo.

El «Concurso del Botón» fué muy gracioso. Comprobar cómo hombres de pelo en pecho sudan de angustia al enhebrar la aguja, y se pinchan los dedos, y se muerden la lengua, es un asunto impreciso pero divertidísimo.

Después, en los jardines del hotel, dió principio la tanda de eliminatorias para el «Concurso femenino del Cigarrillo». Setenta y cuatro concursantes iniciaron su lucha contra el papel de fumar. Doce de ellas llegaron a la final. También en esta ocasión se quedó el título entre los congresistas nacionales. La señorita María de Salort, de la nobleza menorquina, presentó un cigarrillo completísimo, admirable, de vitrina.

María de Salort, de la casa condal de Torre Saura, aprendió a liar pitillos en época de guerra. Lo hacía entonces por necesidad. Su triunfo, por tanto, tiene un pequeño fondo de profesionalismo. Pero eso no empaña su habilidad. No hay funcionario de Clases Pasivas que pueda competir con María de Salort a la hora de apretar el tabaco con los dedos pulgares. Enhorabuena, y que sea para bien... Por la noche hubo cena. Ya se habían formado algunas parejas. La Reunión del próximo año amenaza-ba con venirse abajo...

EXCURSION Y CENA AMERICANA

Guardo para otra carta mi personal descubrimiento de la isla de Menorca. Le puedo anticipar que esto es un paraíso, y no exagero casi. Menorca aun no conoce el placer doloroso del turismo. Menorca sigue siendo una isla de veraneantes. El término «turista» es aún algo lejano. Sorprende comprobar la diferencia



«Por culpa de un desengaño llevo este traje de baños», dice el vencedor del concurso «Playa 1900»

entre Ibiza y Menorca en este aspecto. Menorca está por invadir. Claro que esa invasión parece ya inminente...

El tercer día—el día final—principió en excursión y acabó en cena americana. A primera hora nos reunimos para ir en autocar a visitar diversos puntos típicos de la isla. Hacia las doce de la mañana los autocares de los congresistas llegaron al pueblito de Fornells, que se baña en el mar. Fornells es un lugar encajado, blanquísimo, con pocas casas. El mar entra en Fornells por un recodo abierto hacia la izquierda. La bahía semeja un vasto lago canadiense. Hay un islote en medio con una fortificación inglesa derruida.

La excursión de este tercer día fué las parejas definitiva. Personalmente olvidé la observación de esas parejas para ir—con un grupo de amigos submarinistas—a conocer las cuevas interiores de «Na Polida». No le hablo de submarinismo por no soltarle el rollo. Cada cual tiene sus manías personales. Usted, señor, también...

Al filo de la una de la tarde—cuando volví a la playa en donde se bañaban los solteros—observé la presencia continuada, intermitente, de barquitas solitarias flotando sobre el mar. Eran barcas de amor, barcas de diálogos tontuelos. El inglés y la sueca, el chico menorquín y la inglesa, el italiano de las muchas ondas y la joven francesa de los ojos azules... ¿Quiere usted que me ponga sentimental? ¿Dejémoslo?... Mil gracias.

En la fonda Bultó (nombre del propietario, eso es magnífico) nos pusieron a tono con una caldereta menorquina de langosta: langosta hecha papilla entre vinillo dulce y chocolate, y un sofrito suavísimo, de una picante y tibia frondosidad. Comiendo ese plato anterior a la guerra del catorce, ese plato feliz, insustituible, usted, señor, no hubiera sentido la menor necesidad de estar casado. No es posible que exista en el mundo un Romeo capaz de suspirar ausencias o desdenes ante una tan perfecta felicidad prosaica y generosa. Nada tan envidiable como comer despacio, sin trenes a la espalda, sin tranvías delante, y vivir el milagro repetido del paisaje marítimo y escuchar algún diálogo ligeramente estúpido entre un «él» y una «ella». Nada tan formidable como oler fuertemente aroma de café y de tabaco habano, bajo un lecho nupcial vuelto al revés; un lecho de palmeras como toldo, en donde se podía descabezar el legítimo sueño de la vieja Penélope, que tantas horas tuvo de infinito cansancio. Los mejores momentos de aquella hermosa tarde tuvieron sus resabios de paraíso robado. El cielo, el mar, nosotros, descantábamos. Luego llegó el momento de proponer las leyes de la soltería universal y las leyes del Club. Y así salieron ellas...

BATIBURRILLO DE ACOTOS

En la noche del tercer día hubo elección de «Señorita R. I. S. 1955». Una soltera guapa, joven-

cita, de San Sebastián, mereció los honores. Esa joven se llama Pilarín Recondo y desciende de ferros guerrilleros carlistas. Es simpática, culta y muy amena. No tiene novio. Veranea en Ciudadela. Si usted desea escribirle una cartita, estoy seguro de que ella le contestará. También puede escribir al R. I. S. de Ciudadela. Ese Club de Solteros ha recibido ya mil cuatrocientas cartas, una de ellas redactada en caracteres chinos. Hace falta un soltero que entienda el chino. (O una soltera...)

Después de premiar a la señorita Recondo, y de bailar con ella, y de hacerse retratos a su lado, los miembros de la Junta y el «soltero mayor» procedieron a armar «caballeros de la Orden del Fémur Megalítico» a todos los congresistas varones. El presidente dió a cada varón el espaldarazo correspondiente utilizando un fémur de origen megalítico fetén, como se dice en la plaza del Callao. Después se impuso a todos los asistentes la obligación de estudiar a conciencia, para el año venidero, cuatro cuestiones fundamentales: Primera. ¿Por qué motivo todos los casados se empeñan en que los solteros contraigan matrimonio? Segunda. ¿Por qué se ha criticado tanto a las señoritas solteras cuando la mayor parte de los escándalos históricos han sido originados por señoras casadas? Tercera. Si los solteros son despreciados en sociedad, ¿por qué motivo los casados pretenden hacerse pasar siempre por solteros? Cuarta. Conocidos los tres estados de soltería—voluntario, forzoso y de previsión—, ¿por qué la mayor parte de los solteros pertenecen a este último grupo?

La Reunión tomó después, entre otros menos serios, el acuerdo de nombrar «Solterona de Honor» a la revista madrileña «La Codorniz». «Solterona de Horror» es, desde ahora, la inglesa Beatrice Milwauke, autora de una carta violentísima contra el R. I. S. A Perico Chicote y a don Pío Baroja se les nombra «Solteros Sietemesinos». Chicote había enviado una carta adhiriéndose al R. I. S.

¿REGLAMENTO?

Me doy cuenta, señor, de que esto se prolonga demasiado para su buena voluntad lectora. Pero tenga paciencia, por favor...

Si usted es soltero y pretende asociarse al R. I. S., debe enviar a Ciudadela tres duros en metálico o en sellos, su dirección, su ficha biográfica y sentimental, los nombres de las damas (o de los caballeros, distinguida señora que lee estos papeles) en cuyos corazones ha dejado usted mella. Luego, el R. I. S. exigirá de usted certificado de normalidad mental y de moralidad. Le pedirá, además, el envío de una foto carnet, tomada de frente, riendo; otra foto carnet, tomada de perfil, llorando, y una foto tamaño 6 por 9 centímetros, de espaldas, a fin de conocerle las salidas de tono. Usted, al hacerse socio de la entidad, se compromete a defender a todos sus consocios; a pegarle patadas en la espinilla al maldito enemigo que, sin ser aso-



Pilar Recondo, «Miss R. I. S. 1955», rodeada de solteros veteranos. Al fondo, el timón llamado «de la dulce soltería»...

ciado, pretenda enamorar a algún «riseante»; a no enamorarse con premeditación y alevosía; a casarse tan tarde como pueda; a huir de esos caseros que ofrecen pisos con descuento; a no pedir jamás un presupuesto de mobiliario; a ser, en cuestiones de formación de hogar, elemento pasivo, tonto y perverso. Se obliga usted, además, a cartearse con socios del sexo contrario, por si es verdad aquello de las almas gemelas a distancia; a asistir, por lo menos una vez en su vida, a una reunión anual del R. I. S. en Ciudadela, población que, desde ahora, ha de ser la sagrada Meca del solterismo universal.

Para entrar en el R. I. S. se necesita ser mayor de veinticinco años, soltero. Pueden también entrar viudos y viudas sin hijos. Si es usted demasiado guapo, a juicio del R. I. S., pagará un plus en concepto de signos externos de belleza. Si es usted demasiado feo pagará por conceptos diametralmente opuestos. Si es usted extranjero, tiene necesidad de presentar certificados de complejos de guerra, de amenidad verbal, etc. Los hermanos gemelos pagarán como un solo asociado. Usted se compromete a aportar una idea cada año a la suma de ideas del R. I. S. universal. Y a pagar sus cuotas. Con el importe de esas cuotas el R. I. S. se compromete a regalar bonitas vajillas prehistóricas a los socios

que incurran en pecado de rebeldiva, lo cual quiere decir en boda.

LA ÚNICA DESERCIÓN

Ya no le cuento más porque no queda sitio. Terminaré contándole una anécdota: la historia de la única desertión que ha habido en el Congreso. El desertor se llama Salvador Raich, y es un ingeniero de Barcelona, solterón, que posee una industria. Entre su socio y su secretaria le «colaron», a la hora de la firma, una carta dirigida al R. I. S. de Ciudadela en la que formulaban su inscripción para el Congreso. El hombre firmó sin darse cuenta. La víspera de iniciarse el Congreso, el socio y la secretaria indicaron a Raich que en Ciudadela le esperaba un tal señor Vilar, en el hotel Alfonso III. Para hacerle un encargo valiosísimo. Raich se subió al avión, llegó a Menorca, corrió hacia Ciudadela y en el hotel Alfonso III pidió por el señor Vilar, que aun no ha nacido. En el hotel, cuando supieron el nombre del recién llegado, le dijeron que tenía reservada habitación como congresista. De este modo—por cosa de una broma amable—, el solitario y tímido Salvador Raich se vió metido en el Congreso de Solteros. Finalista en la prueba del «botón», no pudo resistir las emociones dulcemente estéticas del R. I. S. y, al iniciarse la tercera jornada, desertó. El R. I. S., en nombre del señor de Cromagnón y del señor de Neandhertal (congresistas ausentes por razones históricas), ha jurado vengarse del tal Salvador Raich con un golpe de fémur a traición...

ULTIMO PARRAFO

Esta reunión del R. I. S. me ha parecido muy simpática. Que tengan suerte. Y que se casen poco. Aunque—a a mi entender—sucederán catástrofes antes de un año. Catástrofes; es decir, bodas...

Jaime POL GIRBAL
(Enviado especial.)

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

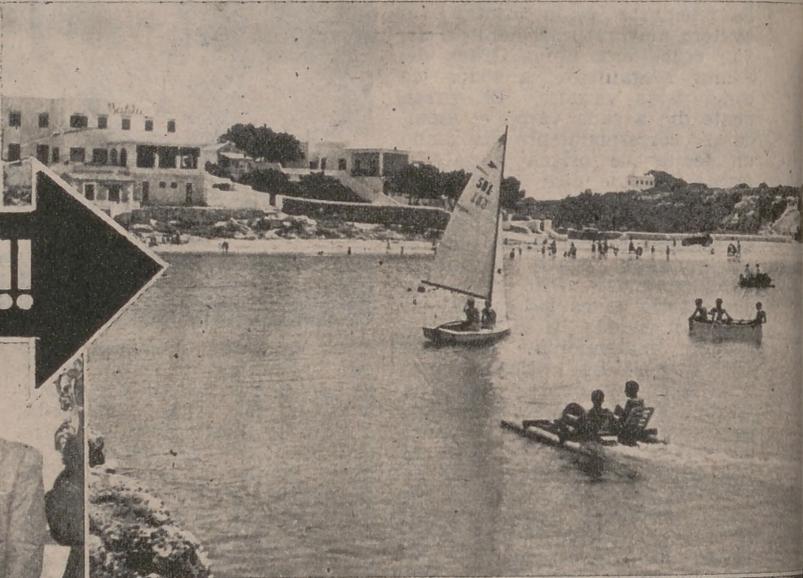
EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

¡SOLTEROS DE
ESTE MUNDO:

A CIUDADELA!!



Más de 200 célibes con buen humor se han reunido en la más aristocrática ciudad de las islas Baleares, convocados por la R. I. S., que acaba de constituirse



Se funda el "Club del Soltero Prehistórico" en memoria del "Hombre de Cromagnon"

EL TITULO DE SOLTERA DE HONOR, A "LA CODORNIZ"

(Información en la página 59)

